

12910
Diseño interior y cubierta
RAG

Traducción:
Cristina Piña Aldao

Espacios del capital

Hacia una geografía crítica

David Harvey

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica
fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original:

Spaces of Capital. Towards a Critical Geography

Publicado originalmente por Edinburgh University Press, Ltd en 2001

© David Harvey, 2001

© Ediciones Akal, S. A., 2007
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN-10: 84-460-2064-5
ISBN-13: 978-84-460-2064-6
Depósito legal: M. 483-2007

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

akal

 UNIVERSIDAD
ICESI
BIBLIOTECA

 UNIVERSIDAD
ICESI BIBLIOTECA

083281

¿Pueden los geógrafos contribuir de manera adecuada, significativa y eficaz a la formación de la política pública?

El general Pinochet es geógrafo de formación, y en todos los sentidos está introduciendo con éxito la geografía en la política pública. Como presidente de la Junta militar que el 11 de septiembre de 1973 depuso al gobierno elegido de Salvador Allende, el general Pinochet desaprueba especialidades académicas «subversivas» como la sociología, la política y hasta la filosofía. Ha pedido que en las escuelas y en las universidades chilenas se den «clases de patriotismo» y se sabe que ve con muy buenos ojos la enseñanza de la geografía; dicha materia es, dice, ideal para instruir al pueblo chileno en las virtudes del patriotismo y transmitirle el sentido de su verdadero destino histórico. Dado que el ejército ha asumido el pleno mando de las universidades y frecuentemente supervisa la enseñanza en los colegios, parece que la geografía se convertirá en una materia muy significativa en el sistema educativo chileno.

El general Pinochet está asimismo cambiando la geografía humana de Chile. A este respecto hay un ejemplo claro. El sistema sanitario de Chile comprendía, desde hace un tiempo, tres componentes claros: los ricos pagaban los servicios en un régimen de «libre mercado»; las clases medias usaban la medicina hospitalaria financiada por aseguradoras privadas; mientras que las clases más bajas y los pobres (aproximadamente el 60 por 100 de la población) recibían atención médica gratuita en centros sanitarios comunitarios pagados por el Servicio Nacional de Salud (Navarro, 1974). Durante el gobierno de Allende, se trasladaron recursos de los dos

* Publicado por primera vez en *Transactions of the Institute of British Geographers*, 1974.

primeros sectores a los servicios de salud comunitarios, antes mal financiados y en gran medida olvidados. La geografía del sistema sanitario empezó a transformarse de un sistema centralizado, controlado por los proveedores y hospitalario, que atendía exclusivamente a las clases medias y altas, en un sistema de salud descentralizado, controlado por la comunidad y gratuito que atendía principalmente las necesidades de las clases bajas y de los pobres. Esta transformación no se produjo sin resistencia: los proveedores de medicina hospitalaria organizaron huelgas para proteger la antigua geografía social del sistema sanitario contra la emergencia de la nueva. Pero durante los años de Allende crecieron y florecieron los centros de salud comunitarios. Además, el control ejercido por la comunidad mediante la creación de consejos de salud comunitarios tuvo un impacto político profundo, y muchos aspectos de la vida empezaron a organizarse en torno a los centros de salud comunitarios. El énfasis se trasladó también de la medicina curativa (con todo su encanto y su cara parafernalia) a la medicina preventiva, que intentaba considerar la atención médica como parte integrante de una amplia gama de cuestiones medioambientales (suministro de agua, sistemas de alcantarillado, y similares). La geografía humana del contacto social, el poder político y la distribución cambiaron como nunca antes, a medida que las clases bajas y los pobres empezaban a captar la posibilidad de controlar las condiciones sociales de su propia existencia.

Pero el poder militar y el general Pinochet han cambiado todo eso. Los consejos de salud comunitarios han sido disueltos y muchos de los que participaban en ellos han sido encarcelados o ejecutados. El funcionamiento de los centros de salud comunitarios se ha reducido fuertemente. La administración del sistema sanitario ha vuelto a los proveedores de medicina y está retornando a un sistema centralizado y basado en los hospitales, que atiende a las clases medias y altas. La medicina curativa está nuevamente a la orden del día y la cirugía a corazón abierto para unos pocos sustituye al saneamiento para muchos como objetivo primordial de la medicina. La vieja geografía se ha restablecido y la nueva ha sido eficazmente desmantelada. De esa forma, la intervención del geógrafo, el general Pinochet, se ha convertido en una fuerza determinante en la geografía humana del sistema sanitario de Chile.

Chile tal vez parezca muy alejado de Reino Unido. Mi propósito al citar este ejemplo no es, sin embargo, buscar paralelos con Reino Unido (aunque es desconcertante señalar que el gobierno de un país que tan activamente resistió el avance del fascismo en 1939-1945 haya tendido con tanta rapidez una mano amistosa al general Pinochet, y que la reorganización del Servicio Nacional de Salud británico en el verano de 1973 eliminara todo vestigio de control comunitario y situara firmemente la provisión de servicios de salud en manos de los proveedores partidarios de un sistema sanitario centralizado y hospitalario). Me interesa, por el contrario, usar

este ejemplo de la inyección con éxito de la geografía en la política pública para plantear dos cuestiones muy básicas que deben preguntarse antes de cualquier tipo de implicación de la geografía en la política pública: «qué tipo de geografía» y «en qué tipo de política pública».

Se trata de cuestiones profundamente difíciles de responder. Quizá resulte útil empezar preguntando por que podríamos sentir el impulso de insertar cualquier tipo de geografía en cualquier tipo de política pública. Si reflexionamos por un momento sobre nuestras motivaciones, parece que este impulso surge de una extraña mezcla de ambición personal, imperialismo disciplinario, necesidad social y obligación moral. Algunos de nosotros podríamos dejarnos guiar (o pensar que nos dejamos guiar) más por un factor que por otro, pero ninguno, seguramente, puede jactarse de una inmunidad total a cualquiera de estas motivaciones.

La ambición personal es muy significativa para todos, ya que nos educamos en un sistema económico y social inherentemente individualista y competitivo. Dado que en la sociedad buena parte del poder (tanto económico como político) reside en el ámbito público, es natural que los académicos se sientan atraídos por el locus de ese poder. Probablemente la ambición personal jactanciosa probablemente sea el factor motivador más significativo para explicar el comportamiento individual. Pero no explica demasiado bien el comportamiento distintivo del geógrafo respecto al de cualquier otro académico, y es dudoso que un académico dotado de enorme ambición personal escogiera empezar por algo que, al menos en Reino Unido, es con seguridad una base desventajosa en la jerarquía de las disciplinas académicas.

La reputación y la categoría de la disciplina son, en cierto sentido, ambición personal mediada por la conciencia de grupo. Las especialidades sirven inevitablemente para socializar a los individuos hasta el punto de que lleguen a situar su identidad en función de la «geografía», la «economía», la «biología», etcétera. En respuesta a la pregunta de «¿qué eres?» normalmente contestamos «soy geógrafo (economista, biólogo, etc.)». Las disciplinas son importantes para ayudarnos a entender nuestra función y sentirnos seguros. Pero la geografía es una entre las múltiples especialidades que compiten por categoría y prestigio ante el público. Las disciplinas también compiten por los fondos públicos. La seguridad de quienes se identifican como «geógrafos» está, en consecuencia, incluida en la posición de la geografía con respecto a otras disciplinas. De tal forma que llegamos a pensar: «lo que es bueno para la geografía es bueno para mí» y a reconocer que «una amenaza para la geografía es una amenaza para mí». Al promocionar la geografía, nos promocionamos a nosotros mismos, y nos defendemos a nosotros mismos al defender la geografía.

La ambición personal y el imperialismo disciplinario ayudan en buena medida a explicar comportamientos individuales y profesionales. Pero como explicaciones son, creo, demasiado simplistas. Por consiguiente, en este artículo pasaré por alto

la cuestión de la ambición personal y me centraré en problemas más profundos de la necesidad social (mediada por el imperialismo de las disciplinas) y de la obligación moral.

La geografía y la necesidad social

La evolución de la geografía como disciplina debe entenderse sobre el telón de fondo de las cambiantes necesidades sociales. Dado que estas necesidades varían ligeramente de una sociedad a otra, centraré mi atención, principalmente, en la historia reciente de la geografía en Reino Unido.

Hacia 1945 se produjo en Reino Unido una «ruptura epistemológica» en el pensamiento y en la actividad geográficos. Esta ruptura quizá la simbolizara mejor la influyente invocación por parte del profesor Wooldridge del lema «los ojos del tonto se encuentran en los extremos de la Tierra», y, en segundo lugar, por la fundación Instituto de Geógrafos Británicos como organización desgajada de la Royal Geographical Society. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la geografía había sido más una actividad práctica y no académica que una disciplina académica fuerte. Estaba orientada, a través de las actividades de la Royal Geographical Society, hacia lo que podríamos denominar «las técnicas y la mecánica de la gestión del imperio». El componente universitario de la geografía era relativamente débil, mientras que buena parte de lo que había (el vínculo con la Inspección Colonial era un buen ejemplo) estaba relacionado con el interés por el imperio. Esta situación ha cambiado muy notablemente. La geografía profesional universitaria, que aspira firmemente a la categoría de disciplina intelectual específica, se encuentra en ascenso. Ahora los geógrafos intentan, en general, contribuir a lo que podríamos denominar «la técnica y la mecánica de la gestión urbana, regional y medioambiental». Como todos los cambios epistemológicos, en lo antiguo se pueden distinguir elementos de lo nuevo (seguramente el Land Use Survey [Estudio sobre el uso del territorio] realizado en la década de 1930 por Dudley Stamp fuera el ejemplo más sobresaliente) y restos de lo antiguo continúan todavía con nosotros hoy. Pero no cabe duda de que se ha producido un cambio drástico de estilo y enfoque.

¿Cómo y por qué ocurrió este cambio? Ciertamente no podemos atribuirlo a una lucha interna dentro de la tradición intelectual de la propia geografía (a modo de, digamos, los diversos cambios acaecidos en los paradigmas de las matemáticas). Hay que verlo, por el contrario, como una adaptación de la geografía a las condiciones externas. El final del imperio basta en sí para explicar la desaparición de la geografía a la antigua usanza practicada por la Royal Geographical Society (y el final de esta época era lo que Wooldridge anunciaba). ¿Pero cómo vamos a explicar

la transformación del nuevo estilo de la geografía? ¿Cuáles fueron las necesidades sociales que nos empujaron a preocuparnos por la técnica y la mecánica de la gestión urbana, regional y medioambiental? ¿Y por qué nos pasamos a una actitud profesional y a una base universitaria? Para responder a estas cuestiones debemos decir algo sobre nuestra historia contemporánea.

Si pudiéramos volver a la Tierra en algún siglo futuro y si a los habitantes de ese tiempo aún les gustase (o aún pudieran) escribir sobre historia ¿qué dirían los libros de texto del periodo 1930-1970? Sospecho que el capítulo pertinente se titularía: «Los dolores de parto del Estado corporativo». El prototipo del Estado corporativo empezó a diseñarlo Bismarck. La Italia de Mussolini (especialmente en los primeros años) desarrolló el modelo, si bien los espantosos excesos de la Alemania de Hitler tienden a ocultarnos el verdadero significado de la forma fascista. Hoy nos sentamos tranquilamente a observar a España, Uruguay, Grecia, Brasil, Guatemala, Chile... y en Reino Unido aceptamos un creciente intervencionismo estatal en nombre de la estabilidad económica (lord Keynes) y de la justicia distributiva (lord Beveridge). Debería quedarnos claro que el capitalismo occidental está experimentando una especie de transformación radical. Cada uno de los países capitalistas avanzados se ha movido a tientas hacia alguna versión de Estado corporativo (Miliband, 1969). La manifestación exacta de dicho Estado en un país concreto depende del marco constitucional del que disponga, de sus tradiciones políticas, la ideología dominante y las oportunidades de crecimiento económico y desarrollo.

¿Cómo podemos caracterizar la forma general del Estado corporativo en cuanto modo de organización sociopolítica? Parece una estructura relativamente firme y jerárquicamente ordenada de instituciones interrelacionadas –políticas, administrativas, judiciales, financieras, militares y demás– que transmite información de manera descendente y da a los individuos y a los grupos situados en niveles jerárquicos inferiores «instrucciones» sobre qué comportamientos son adecuados para la supervivencia de la sociedad en conjunto. El lema de dicho funcionamiento es el «interés nacional». El Estado corporativo está dominado por la ética de la «racionalidad» y la «eficacia» (dos conceptos considerados intercambiables). Dado que ni la eficacia ni la racionalidad se pueden definir sin un objetivo, el interés nacional –la supervivencia del Estado corporativo– se convierte en el «propósito» *de facto*. Dentro del Estado corporativo emerge una clase gobernante que, en los países capitalistas avanzados, sale casi exclusivamente de las filas de los intereses industriales y financieros. En los países comunistas, muchos de los cuales han asumido la forma del Estado corporativo, la elite gobernante se obtiene del partido.

En Reino Unido, buena parte de la infraestructura del Estado corporativo la estableció el Partido Laborista en nombre de la justicia distributiva. Pero pronto quedó claro que «el bien social» no podía alcanzarse si no se incluía en «el interés na-

cional». Ha hecho falta el **conservadurismo** burocrático y tecnológico de Edward Heath para demostrar cuánto **hemos** avanzado desde 1945 y con qué facilidad la estructura creada en nombre de la justicia distributiva se puede convertir en instrumento de la guerra de clases. **Hay**, por supuesto, resistencia. El capitalismo de libre mercado promovido por **Enoch** Powell coincide en los profundos recelos que provoca tanto en la izquierda **como** en la derecha, ya que las leyes, la educación, la investigación y los servicios **sociales** quedaron subordinados a las necesidades del Estado corporativo. Hasta el *Financial Times* (14 de enero de 1974) sostiene que:

Ahora estamos sólo a **una década** del Estado moderno, con sus capacidades tecnológicas y burocráticas, que **puede** establecer y sostener un control orwelliano sobre la vida de los ciudadanos. Si **queremos** evitar los sistemas totalitarios, tan escalofriantemente descritos en *Un mundo feliz* de Huxley y en 1984 de Orwell, será necesario desplegar cada vez más la **jurisprudencia** establecida por los tribunales para proteger los derechos individuales.

Las sentencias judiciales, **en las** que se centraba la preocupación del *Financial Times*, favorecieron a la **Administración** pública en contra de los derechos individuales.

De manera consecuente **con esta** tendencia a una forma de organización social y política de Estado corporativo, la educación se considera cada vez más una pura inversión en mano de obra. El **interés** por la salud individual, el bienestar social y la cordura se han excluido **claramente** de nuestros cálculos. Nos hemos visto obligados, en consecuencia, a **comercializar** al licenciado en geografía como una mercancía. Para funcionar, el Estado corporativo necesita una burocracia técnicamente diestra. La mercancía que **ahora** producimos está en parte adaptada a las necesidades de este mercado, además **del** mercado de profesores. También teníamos que garantizar los mecanismos **adecuados** para el control de calidad sobre la producción de esta mercancía; de ahí el **aumento** de las exigencias profesionales de la disciplina. La investigación tiene **igualmente** que convertirse en una mercancía. Las prioridades y las necesidades **nacionales** (nuevamente el generalizado interés nacional) condicionan el mercado, y **nos vemos** progresivamente empujados a vender investigación a un cliente que tiene **una** necesidad específica; y el cliente es, cada vez más, la propia administración pública.

¿Y cuáles son estas «necesidades y prioridades nacionales»? Dentro de la preocupación general por la **supervivencia** en sí del Estado corporativo, podemos distinguir la necesidad de diseñar y **aplicar** una variedad de técnicas de manipulación, control y absorción, tales como: (1) preservar y realzar el crecimiento económico, la tasa de acumulación de capital y la posición competitiva del Estado en los mercados mundiales; (2) poder **manejar** las crisis cíclicas de la economía; y (3) poder con-

tener y desactivar el descontento. Los geógrafos han intentado responder a estas necesidades contribuyendo, en la investigación y en la educación, al descubrimiento y a la difusión de dichas técnicas en la esfera de la gestión urbana, regional y medioambiental. La estructura hermética del Estado corporativo durante la década de 1960 nos presiona cada vez más en estas direcciones. Ahora en Reino Unido estamos mucho más subordinados al Estado que nunca antes. En resumen, hemos sido absorbidos. Pero prácticamente no se han producido signos de resistencia por nuestra parte. De hecho, parece que estuviéramos ansiosos de participar en dicho proceso. Ciertamente hemos dedicado poco tiempo a preocuparnos por las posibles consecuencias.

Las razones por las que no nos hemos preocupado son complejas. En primer lugar, la absorción del académico por la estructura del Estado corporativo proporcionó ciertos canales a través de los cuales el académico podía acercarse al *locus* del poder en la sociedad. Si el geógrafo podría, en tanto que académico, ejercer o no verdadero poder, carece de importancia; la ilusión bastó para obtener la aquiescencia de esa parte de nosotros que responde a la ambición personal jactanciosa. Más crucial, sin embargo, es el poder mediador del imperialismo disciplinario. Los geógrafos debían demostrar que la geografía tenía verdaderamente algo que aportar a la satisfacción de las necesidades y de las prioridades nacionales. Buena parte del debate sobre la naturaleza de la geografía que se produjo en la década de 1960 trató, de hecho, de cómo cumplir mejor ese compromiso tácito. Se trataba de una cuestión de supervivencia, porque las universidades no estaban en absoluto convencidas de la necesidad de invertir en geografía. Teníamos que competir con otras disciplinas y en el proceso nos vimos obligados, si queríamos sobrevivir como colectividad, a abrir un nicho, a establecer un «territorio» específicamente nuestro.

Y era por supuesto tarea de la profesión (y del Instituto de Geógrafos Británicos en particular) establecer tal nicho. Se produjeron muchos enfrentamientos y algunas discusiones interminables sobre cuál debería ser la especialización. Para demostrar que la geografía era una disciplina académica que ocupaba un cierto territorio dentro del conocimiento académico, teníamos que hacer ver que sabíamos qué era la geografía y presentar un frente unido sobre el tema. Las consecuencias fueron muchísimas. Había que establecer fuertes restricciones sobre qué podía o no hacerse dentro de la disciplina. La concepción kantiana de «síntesis del espacio» era demasiado amplia e inespecífica y así se empezó la tortuosa búsqueda de una metodología analítica que pudiéramos considerar propia. Había que controlar la tendencia de los geógrafos a extenderse en todas las direcciones y la profesión buscó medios de suprimir a sus propios disidentes. Surgió dentro de la disciplina una estructura corporativa, un mini Estado corporativo dentro de la geografía que reproducía fielmente la estructura corporativa del Estado. Nos equipamos de in-

termediarios de poder dentro de la disciplina, árbitros del buen gusto autodesignados, y, en último término, del poder laxamente hegemónico del propio Instituto.

Mediante dichas adaptaciones nos hemos dotado de un nicho que facilita nuestra propia supervivencia en un mundo de necesidades sociales cambiantes. En el proceso hemos aprendido a ser buenos ciudadanos, a postrarnos y a prostituir nuestra disciplina ante las «prioridades nacionales» y el «interés nacional». Hemos sobrevivido, en resumen, adoptando una mentalidad Eichmann. El único consuelo que se puede obtener, aparte de nuestra supervivencia, es que esta mentalidad está en claro curso de colisión con nuestro sentido de la obligación moral.

La geografía y la obligación moral

La mayoría de los geógrafos parecen abordar su trabajo con la conciencia tranquila. La imagen que el geógrafo tiene de sí mismo parece ser la de que está haciendo el bien. Sintonícese cualquier conversación entre geógrafos y lo más probable es que se desarrolle desde el punto de vista del burócrata benévolo, una persona que sabe más que los demás y que por lo tanto tomará en nombre de otros decisiones mejores que las que esos otros tomarían. La imagen de benevolencia que tienen de sí mismos parece contradecirse con el verdadero comportamiento del geógrafo que combate las necesidades sociales indicadas en el apartado anterior. ¿Cómo podemos interpretar esa imagen propia?

En cierta medida, tiene su origen en la amplia tradición de erudición creativa humanista que ha empapado el pensamiento occidental desde el Renacimiento. El dinamismo del orden económico capitalista exigía una innovación tecnológica y social que lo sostuviera. La tradición de individualismo creativo que creció con la evolución del capitalismo (obstaculizada aquí y artificialmente potenciada allá) era funcional para el mantenimiento del orden capitalista y tan aplicable a la erudición como a la invención práctica. Y esta tradición se consideraba ingrediente esencial para el progreso de la humanidad (expresión que a veces se considera eufemismo de acumulación de capital). Sin duda esa tradición nos ha afectado; más aún a medida que establecíamos una base dentro de las universidades. El humanismo occidental en cuanto tradición cultural se mantiene muy fuerte. Tiene, por supuesto, sus rasgos negativos; es fuertemente elitista y por consiguiente paternalista. Pero en esta tradición radican buena parte de los estudios creativos verdaderamente no alienados.

La fuente del humanismo dentro de la tradición geográfica es más problemática. Si bien es posible señalar algunos escritos de corte humanista, la bibliografía geográfica más tradicional está dominada por el racismo, el etnocentrismo y, en el mejor de los casos, un fuerte paternalismo. Incluso alguien tan loado como Humboldt

sostenía sobre «los nativos» una asombrosa perspectiva que Malthus citó con júbilo en las ediciones posteriores de su celebrado *Ensayo sobre la población*. Los actuales libros de texto de geografía mantienen esta tónica y son algo de lo que no podemos estar orgullosos. Todavía hay que expurgar de nuestros textos escolares actitudes heredadas de muchos años dedicados a la técnica y a la mecánica de la gestión del imperio. Aunque hay muchas más razones para avergonzarse que para enorgullecerse, existe un hilo en el pensamiento geográfico que, en el mejor de los casos, produce una aguda sensibilidad respecto al lugar y a la comunidad, a las relaciones simbióticas entre individuos, comunidades y entornos. Esta sensibilidad a lo local y a la interacción produce una especie de humanismo provinciano; un humanismo, en ciertos sentidos, profundo y penetrante, pero encerrado en los espacios absolutos generados por el concepto regional.

Pero el alejamiento del interés por el imperio y el acercamiento a la técnica y a la mecánica de la gestión urbana, regional y medioambiental nos ha puesto en contacto con otra tradición que posee firmes raíces humanistas. La tradición de Edwin Chadwick y Ebenezer Howard es fuerte en Reino Unido. Está impregnada de benevolencia y reformismo. El contacto con esta bibliografía tuvo sus consecuencias, de forma que existe dentro de la propia geografía una tradición reformista emergente que introduce la enseñanza de Chadwick y Howard en el ámbito contemporáneo.

En todo caso, el humanismo y su sentimiento asociado de obligación moral han aumentado en el trabajo y en el pensamiento geográficos desde 1945. Esto parece contradictorio con el creciente poder e influencia del Estado corporativo. Dado que los especialistas (occidentales) aborrecen una contradicción de la misma manera que la naturaleza aborrece el vacío, intentaré resolverla. El humanismo de la geografía contemporánea es regionalista y elitista (en general) y de esta forma no plantea una gran amenaza para el funcionamiento del Estado corporativo. De hecho, se puede sostener que esa forma de humanismo es una verdadera ventaja, porque es funcional que quienes trabajan para idear y aplicar técnicas de manipulación, control y anejección desempeñen su tarea teniendo de sí mismos una imagen de benevolencia. Cuando hace falta asimilar a una comunidad y desactivar su descontento, por ejemplo, es útil tener alguien que lo haga con una sonrisa.

Pero sería injusto para los puntos positivos de la tradición humanista y para el potencial de estudiosos individualistas pero creativos, rechazarlos por considerarlos siervos fácilmente asimilados por el Estado corporativo y rendidos a sus necesidades. No cabe duda de que la tradición de humanismo creativo, activo e intelectual es fundamentalmente ajena al funcionamiento del Estado corporativo. Esta tradición intelectual trabaja, por supuesto, con ciertas desventajas. La profesionalización de la geografía y la capacidad de la profesión para reprimir a sus propios disidentes son una barrera que debe superarse, pero esta barrera no es irrompible, y de hecho

su ruptura lleva aneja una peculiar gloria. Y el Estado corporativo no puede permitirse sellar todas esas barreras, porque se encuentra atrapado en una posición contradictoria: por una parte, necesita un sistema educativo flexible y una fuerza de trabajo adaptable que cubra las cambiantes necesidades sociales, y por otra, no puede tolerar el libre individualismo creativo (Gorz, 1973).

Estas tensiones se han resuelto en parte mediante una estratagema sencilla. Si podemos aceptar que los «hechos» y los «valores» están separados y son distintos entre sí, y que los primeros son el tema de la investigación científica mientras que los segundos son una mera opinión personal (subjetiva), podemos superar la tensión mediante un impecable dispositivo metodológico. Si la geografía es una «ciencia» y, por consiguiente, se ocupa de hechos, modelos y teorías abstractas, podemos relegar nuestro humanismo a la opinión personal que debe expresarse fuera de la geografía, no dentro de ella. El avance que se dio en la década de 1960 hacia una geografía más «científica» fue congruente con la profesionalización y la necesidad de producir una mercancía con técnicas y habilidades específicas. Pero también tuvo el efecto más profundo de resolver la tensión creciente entre la mentalidad Eichmann necesaria para nuestra adecuada adaptación social y el humanismo al que cada vez tendíamos más. Tal solución parecía estable en la década de 1960, pero no tanto hoy. Porque los especialistas críticos exponen la artificiosidad de la separación entre hecho y valor, y demuestran que la afirmación de que la ciencia está libre de ideología es en sí, una afirmación ideológica. El debate sobre la importancia de la geografía no analizaba realmente la importancia (¿quién ha oído hablar de una actividad humana irrelevante?), sino para quién era importante nuestra investigación y por qué esa investigación hecha en nombre de la ciencia (que supuestamente debía estar libre de ideología) tenía consecuencias aparentemente un poco sesgadas a favor del *statu quo* y de la clase dominante del Estado corporativo. En otras palabras, la reflexión sobre nuestra práctica nos llevaba a las preguntas que yo empecé planteando: «¿Qué tipo de geografía?» «¿En qué tipo de política pública?».

La obligación moral de los geógrafos

Para cambiar el mundo, tenemos primero que entenderlo. Para cambiar el mundo, tenemos que crear nuevas prácticas humanas con respecto a las realidades que nos rodean. ¿Adónde nos lleva esto? Vivimos en un Estado corporativo que está fijando su organización. Opera en nombre del interés nacional. Pero si aceptamos que el único significado que se puede asignar a la vida y la existencia de un individuo es el que deriva de este interés nacional, nos falta poco para asumir la ideología del fascismo. El Estado corporativo es profascista. Quizá esto explica por qué

los gobiernos «democráticos» son tan amigos de regímenes abiertamente represivos y autoritarios, y por qué el general Pinochet fue tan bien recibido.

Marx adoptó el punto de vista de que para la humanidad había dos posibles estados futuros: el comunismo o la barbarie. Necesitamos aclarar urgentemente qué queremos decir con estos términos. Con el primero no hacemos referencia ciertamente a lo que ocurre en Rusia, Polonia o incluso Cuba y China. Por el segundo no hacemos referencia a la vuelta al Neolítico. Creo que en un futuro (tal vez no muy lejano) habrá que optar entre un «Estado incorporado» que refleje las necesidades creativas de personas que luchan por controlar las condiciones sociales de su propia existencia de una forma esencialmente humana (que es lo que Marx quería decir con la expresión «dictadura del proletariado») y un Estado corporativo que dé instrucciones desde arriba en interés del capitalismo financiero (las naciones capitalistas avanzadas) o de la burocracia del partido (Rusia y Europa Oriental). El Estado corporativo parece ser la forma transitoria hacia la barbarie del 1984 orwelliano, y el Estado incorporado la forma transitoria hacia el comunismo. El Estado corporativo está ascendiendo y su sustitución por el Estado incorporado exige una organización bastante masiva, con control de los trabajadores y control de la comunidad, sólo dos pequeños pasos en una senda larga y tortuosa.

Es, por supuesto, tarea del pensamiento crítico y reflexivo entender nuestra condición y revelar qué potencialidad de futuro inminente hay en el presente. Como geógrafos, podemos realizar ciertas contribuciones limitadas; en cuanto académicos e intelectuales que abarcamos sintéticamente una amplia gama de cuestiones, tenemos mucho más que aportar. Vivimos en un Estado corporativo, necesitamos trabajo y tenemos que conformarnos en cierta medida, meramente para sobrevivir. Pero somos inteligentes y podemos vivir de nuestro ingenio; podemos intentar subvertir desde el interior los valores del Estado corporativo. De hecho, las universidades proporcionan una base de resistencia bastante fuerte; la tradición esencialmente retrógrada del estudio creativo libre enfrenta al académico contra el Estado corporativo en igual medida que la tradición progresista que busca medios para evadir el poder de dicho Estado. Para empezar, nos topamos con la tradición de racismo, etnocentrismo y paternalismo condescendiente —un residuo de la era imperial— que hay que expurgar de nuestros libros de texto. Está la tarea de elaborar una bibliografía verdaderamente humanista que eche abajo los dualismos artificiales (casi esquizofrénicos) entre hecho y valor, sujeto y objeto, hombre y naturaleza, ciencia e intereses humanos. La obligación moral del geógrafo, en tanto que tal geógrafo, es afrontar directamente la tensión entre la tradición humanista y las necesidades acuciantes del Estado corporativo, aumentar nuestra conciencia de la contradicción y con ello aprender a explotar la contradicción existente en la propia estructura del Estado corporativo.

La obligación moral del geógrafo se convierte en necesidad social cuando se compara con un fondo más amplio. Después de todo, ninguno de nosotros puede considerarse a sí mismo meramente geógrafo, estudioso o incluso británico. Somos seres humanos que luchamos, como todos los demás seres humanos, por controlar y mejorar las condiciones sociales de nuestra propia existencia. Las luchas efectuadas desde una perspectiva provinciana –sin importar si el provincianismo emana del territorio (la comunidad, la nación) o de la división paratécnica del trabajo en la sociedad– son contraproducentes y están condenadas desde el principio. Sólo las luchas que superan el provincianismo inherente a la geografía de nuestra situación y a la situación de la geografía albergan posibilidades de éxito.

La historia de las ciudades y del pensamiento sobre las mismas ha estado marcada periódicamente por un intenso interés por la función transformadora de los movimientos sociales urbanos y de la acción comunal. Dichos movimientos se interpretan de diferentes maneras, sin embargo, dependiendo de las condiciones históricas y geográficas. El reformismo cristiano que culminó en los argumentos de control social planteados por Robert Park y la Escuela de Chicago de Sociología Urbana (creada durante los años de entreguerras en Estados Unidos y exportada a todo el mundo en el periodo de posguerra como método indiscutible para los sociólogos urbanos) contrasta, por ejemplo, con el modelo pluralista de gobernación urbana mediante «grupos de intereses» planteado por Robert Dahl, y con las interpretaciones más radicales y revolucionarias alcanzadas (principalmente en Europa y América Latina) durante las décadas de 1960 y 1970 (que culminaron en la obra magna de Castells, *La ciudad y las masas*).

En sus encarnaciones más recientes, el interés se ha centrado diversamente en los ideales de ciudadanía (Douglass y Friedmann, 1998), en la función de las identidades religiosas y étnicas (comunalismo) o en el comunitarismo político laico, en la evidente creencia de que los recursos reales del cambio urbano (sin importar si proyectan una luz positiva o negativa) radican (o deberían radicar) en la sociedad civil más que en las es-

* Presentado en el congreso sobre ciudades modelo celebrado en Singapur en abril de 1999 y publicado por la Autoridad para la Remodelación Urbana de Singapur en las actas del congreso, *Model Cities: Urban Best Practices in 2000*; la versión revisada que se publica aquí se presentó en el congreso sobre «El hombre y la ciudad: hacia un desarrollo más humano y sostenible», celebrado en Nápoles en septiembre de 2000.

feras «oficiales» del aparato estatal (véase Sandercock, 1998). En algunos casos y lugares, la pérdida de confianza en el aparato estatal y en los partidos políticos ha provocado la fusión del pensamiento político en torno a ideales de acción social, basada en las personas, como principal medio para humanizar, mejorar y transformar o en algunos casos incluso revolucionar la calidad de la vida urbana. Una fe profunda y duradera en esta senda hacia el cambio social apuntala incluso la más penetrante de las estrategias de cambio urbano, la denominada «alianza sector público-sector privado».

No es mi intención realizar aquí una intensiva revisión crítica o comparativa de esta extensa bibliografía. Pero lo que me parece curioso es la manera en que las interpretaciones académicas, intelectuales y políticas del activismo de base han decaído, fluido y divergido sin una relación clara u obvia de las propias actividades reales. Aunque la intensidad y las formas de éstas varían, la atención que se les presta en la teoría urbana varía de acuerdo con otra lógica. Sólo en momentos de intensa turbulencia o alteración tienden ambas corrientes a fluir juntas. Pero incluso entonces, acontecimientos como el malestar de Los Angeles, los levantamientos de Yakarta, la violencia entre comunidades en India o Sri Lanka, las revueltas en los suburbios de París y Lyon o incluso los extraordinarios acontecimientos de Praga y Berlín que pusieron fin a la Guerra Fría toman con demasiada frecuencia por sorpresa a los teóricos urbanos. O, por el contrario, observadores atentos de la vida urbana se sorprenden perpetuamente por las extrañas formas y manifestaciones de la política localizada en los escenarios que se molestan en estudiar con detalle (véase, por ejemplo, Seabrook, 1996).

Un punto de partida tosco pero fértil para entender las raíces de esta disyunción radica en el flujo y reflujo del *sentido de posibilidad* y el *deseo* de cambio en círculos políticos e intelectuales (a menudo expresados a modo de sueños utópicos o formas de ciudad alternativas) por una parte, y la necesidad de identificar agentes políticos —como un proletariado o los movimientos sociales urbanos— capaces de realizar dichos sueños, por otra. La relación dialéctica entre estas dos corrientes de pensamiento y acción es por supuesto importante. La afluencia masiva de estudiantes y activistas creyentes a los barrios de Chicago y París a finales de la década de 1960 y 1970 sirvió indudablemente para infundir ambiciones políticas mundiales a los movimientos sociales locales. La posterior retirada de dichos movimientos a lo que los idealistas interpretaron como un localismo bastante innoble y egoísta (que degeneró en lo que muchos considerarían una reaccionaria política del «a mí no», o incluso una política comunal activamente excluyente) desempeñaron una función importante en la posterior desilusión política y el abandono del utopismo de izquierdas que siguieron. Por otra parte, los interesados por movilizar el poder —por ejemplo, el renacimiento hindú— lo han hecho en gran medida organizando y orquestando los movimientos comunales en ámbitos urbanos determinados, impe-

liendo un giro completamente distinto a transformaciones urbanas que a la izquierda laica le parecerían saludables.

Pero este último ejemplo difícilmente parece un ejemplo simple de un afloramiento de sentimientos de base. Existe mucha orquestación desde arriba. Y esto suscita entonces la cuestión de la eficacia de las actividades de base en sí mismas para cambiar algo que no sean sus propias condiciones inmediatas. Los escépticos, armados de mucha información histórica y geográfica comparativa, podrían concluir razonablemente que, abandonados a su sino, tales movimientos no equivalen más que a perturbaciones menores en las corrientes más profundas de cambio socio-ecológico. Pero hasta el analista más escéptico se vería obligado a preguntarse por qué una y otra vez políticos y teóricos sociales recurren a los movimientos de base locales como especie de semillero del cual pueden surgir grandes cambios sociales. ¿Hay, entonces, una manera más general de entender el papel de los movimientos sociales urbanos, que supere las interpretaciones meramente episódicas y particulares? Aquí exploro un marco teórico provisional para responder a dicha pregunta.

El particularismo militante y la política de las colectividades

La tesis del particularismo militante a la que me adhiero firmemente (véase Harvey, 1996; 2000) sostiene que todas las políticas (no importa de qué tipo ni si su objetivo es local, urbano, regional, nacional o planetario) tienen su origen en el desarrollo colectivo de una visión política determinada, por parte de personas determinadas, en lugares y momentos determinados. Supongo que hay una corriente de fermento de base presente en todos los lugares y localidades, aunque sus intereses, objetivos y formas organizativas son normalmente fragmentarios, múltiples y de intensidad variada. La única pregunta interesante bajo esta formulación es cómo y cuándo se vuelven dichos particularismos suficientemente coherentes internamente, y en última medida integrados o metamorfoseados en una política más amplia.

Las políticas colectivas de base fluyen a menudo, por supuesto, por canales restringidos y predecibles. Como tales, a menudo pasan desapercibidas precisamente porque parecen tratar más de una situación normal que de un cambio social. En Estados Unidos, por ejemplo, son las asociaciones de propietarios de viviendas, dedicadas a proteger el valor de los inmuebles, los privilegios y los estilos de vida, las que dominan en la escena urbana/suburbana (Davis, 1990). La violencia y la ira con que se recibe cualquier amenaza contra los derechos y los valores de la propiedad individualizada –ya sea por parte del Estado o incluso de agentes de acumulación de capital como los promotores inmobiliarios– son una fuerza política pode-

rosa. Impregna las instituciones religiosas (sospecho que en Estados Unidos cimenta buena parte del trabajo de la Coalición Cristiana, por ejemplo) así como buena parte de lo que se hace pasar por política activa a escala local, estatal y federal.

Más que promoverla, dichos movimientos colectivos impiden la búsqueda de alternativas (sin importar que sean ecológicamente sensatas o socialmente justas). Tienen a conservar el sistema existente, e incluso profundizan sus contradicciones internas en el plano ecológico, político y económico. Por ejemplo, el separatismo suburbano en Estados Unidos –basado en antagonismos de clase y raciales– aumenta la dependencia del coche, genera gases invernadero, disminuye la calidad del aire y fomenta el uso despilfarrador del suelo, los combustibles fósiles y otros recursos agrícolas y minerales. El particularismo militante funciona aquí como fuerza conservadora aparentemente inamovible que garantiza el mantenimiento del orden existente. Incluso cuando tal política adopta un disfraz democrático o radical, tiende a utilizar prácticas excluyentes y autoritarias. Etzioni (1997), uno de los principales partidarios del nuevo comunitarismo en Estados Unidos (un movimiento que en gran medida se presenta a sí mismo como progresista y contrario a los valores mercantiles), respalda activamente el principio de comunidades cerradas, excluyentes y valladas. Las instituciones colectivas también pueden acabar mejorando meramente la fuerza competitiva de los territorios en el juego de grandes apuestas que supone el desarrollo geográfico desigual del capitalismo, como Putnam (1993) se propone demostrar en el caso de patrones de desarrollo económico opuestos en Italia. Para los ricos, por consiguiente, la «comunidad» significa a menudo garantizar y aumentar los privilegios ya obtenidos. Para los marginados, significa demasiado a menudo «controlar su propio barrio pobre». Las desigualdades se multiplican en lugar de disminuir. Lo que parece un procedimiento justo, produce consecuencias injustas (una manifestación del antiguo adagio de que «nada hay más desigual que dar igual trato a los desiguales»).

Cito estos ejemplos porque niveles elevados de activismo local señalan a menudo fuertes obstáculos a las formas progresistas y más justas de cambio social. En Estados Unidos, los reformadores interesados incluso por objetivos tan levemente transgresores como el «crecimiento inteligente» y la conservación de recursos tienen que enfrentarse o eludir a fuertes poderes comunitarios si quieren avanzar lo más mínimo en las políticas que preconizan. El intento de aumentar la equiparación del bienestar mediante la reorganización espacial se enfrenta a formidables obstáculos localistas. Pero el particularismo militante no es *inherentemente* conservador. Hay muchos casos que demuestran que no siempre ni necesariamente es así. Los movimientos milicianos o neofascistas de la derecha (una forma fascinante de política insurgente), el movimiento hacia el comunismo religioso, las formas activas de particularismo militante que conducen a la violencia intercomunal y a la limpieza

étrica, ilustran cómo las formas insurgentes de la política pueden conectar con movimientos de base. Aunque estos ejemplos podrían tacharse de reaccionarios, la izquierda también dispone de su propio panteón de ejemplos (la Comuna de París, el ataque al Palacio de Invierno en San Petersburgo, etcétera). Estas pruebas sugieren que la política insurgente y transformadora se mezcla constantemente con las movilizaciones locales. Entender cómo se construyen o se pueden construir las solidaridades locales y las cohesiones políticas (en especial en los indisciplinados escenarios urbanos de hoy) es esencial para pensar cómo podrían hacerse realidad las propuestas de cambio social (especialmente las que emanan de círculos ideológicos, políticos e intelectuales).

Todos los movimientos políticos tienen que enfrentarse de alguna manera, por lo tanto, a la cuestión de «localidad» y «comunidad». Y en algunos casos, como el recurso al comunitarismo (o incluso a una forma de comunalismo inspirada por creencias religiosas o ecológicas), dichos conceptos se han vuelto más fundacionales que instrumentales en la búsqueda de formas alternativas de cambio social. Articular el lugar y evaluar la importancia del particularismo militante —la reunión de individuos en patrones de solidaridad locales— dentro de un marco político más amplio se convierte, como han señalado muchos observadores, en una tarea crucial para la teoría y la práctica urbanas.

La «comunidad» debe, sin embargo, considerarse como un proceso de reunión, no como un objeto. Es por consiguiente importante entender los procesos que producen, sostienen y disuelven los patrones contingentes de solidaridad que radican en la base de este «objeto» que denominamos «comunidad». Pero es también importante reconocer las cualidades «objetuales» de lo que se crea. La dialéctica de la relación «proceso-objeto» (véase Harvey, 1996, capítulo 2) se pasa por alto o se olvida con demasiada frecuencia en los estudios urbanos. Merece cuidadosa atención el modo exacto en que una estructura de algo llamado comunidad se precipita fuera del proceso social. Se da, por ejemplo, la lucha tangible para definir sus límites y su alcance (a veces incluso su territorio específico) y sus normas y condicionamientos para la participación y la pertenencia (tan cruciales para la formación de identidad). La lucha social por crear y sostener sus instituciones (mediante redes sociales y fuerzas colectivas como las iglesias y otras instituciones religiosas, los sindicatos, las organizaciones vecinales, los gobiernos locales, y similares) es a menudo implacable. Tales luchas modelan simultáneamente la comunidad, la percepción de cuál es la forma de vivir adecuada, y las identidades de quienes se encuentran dentro de su esfera de influencia. Precisamente dentro de estas luchas debemos buscar indicios y posibilidades de formas insurgentes de cambio y el intento de alcanzar una justicia social y medioambiental.

Pero la reconstrucción y la reimaginación de la «comunidad» sólo funcionan en direcciones más generales si conectan y se integran en una política de base más am-

plia que se enfrente de una manera u otra a la situación imperante. La cristalización de una forma relativamente permanente y coherente de organización local, aunque insuficiente, es una condición necesaria para acciones políticas más amplias. Esto significa que deben establecerse sistemas de autoridad, formación de consenso y «reglas de pertenencia», y que éstos se vuelven inevitablemente excluyentes en ciertos aspectos e incluso controlan los procesos sociales que cimentaron en un principio las solidaridades. La dialéctica entre un flujo libre de procesos implicados en la imaginación y en la construcción de algo denominado «comunidad», por un lado, y la permanencia impasible de una presencia política institucionalizada, por otro, radica en el contradictorio núcleo de aquello en lo que se basa el particularismo militante.

Esto apunta a una conclusión singular e importante: aunque la comunidad «en sí misma» tiene significado como parte de una política más amplia, la comunidad «para sí misma» degenera casi invariablemente en exclusiones y fragmentaciones regresivas. Existe entonces el peligro de que el objeto institucionalizado que denominamos comunidad sofoque los procesos vivos que la hicieron nacer. Las organizaciones de comunidad pueden volverse huecas en el núcleo y susceptibles de experimentar un colapso fácil y casi instantáneo cuando son puestas en tela de juicio, o de ser fácilmente manipuladas por fuerzas políticas externas. Para funcionar como agentes de cambio significativos, por lo tanto, dichos movimientos deben mantenerse fuertemente alimentados por procesos de formación y reafirmación de la solidaridad. Pero uno de los principales medios por los que una comunidad puede mantenerse viva para sus partes constitutivas y resistir el efecto mortal de convertirse en algo «para sí mismo» es estar integrada en procesos más amplios de cambio social. Los movimientos particularistas militantes deben alargarse en el espacio y en el tiempo para formar procesos político-económicos más amplios o, como las asociaciones de propietarios de casas, insertarse en un proceso de cambio histórico-geográfico más integrado y de base más amplia. El particularismo militante y las solidaridades locales deben entenderse, por lo tanto, como *mediadores* cruciales entre cada persona y una política más general. Su vitalidad e influencia depende crucialmente de cómo desempeñen esa función mediadora. Entender su emplazamiento de esta manera, localiza su importancia en función de las relaciones establecidas hacia dentro con los individuos que las componen y hacia fuera con el mundo más amplio de la política económica.

La dialéctica de la particularidad y la universalidad

Considérese primeramente la relación dialéctica entre los movimientos de base y los procesos sociales más generales. El problema crítico de la enorme gama existente de luchas localizadas y particularistas es trascender la particularidad y alcanzar

una concepción más global, si no universal, de la política. Para los movimientos de oposición (opuestos a aquellos fundamentalmente dedicados a reforzar la situación existente) esto significa definir una alternativa a ese sistema social que es la fuente de sus dificultades. Los movimientos de base sólo adquieren interés para el teórico o el partidario del cambio social en la medida en que trasciendan a dichas particularidades. Luego es importante entender cómo se puede dar esa trascendencia.

Hay mucho que aprender a este respecto del estudio del registro histórico y geográfico de los movimientos de base en general y de los movimientos sociales urbanos en particular, así como de las declaraciones sintéticas a las que llegan estudiosos como Raymond Williams (que acuñó la expresión «particularismo militante» y ayudó mucho a desentrañar su problemática) o Manuel Castells. Pero yo busco una forma más general y teórica de situar el problema.

La dialéctica es aquí útil. Enseña que siempre existe la universalidad *en relación* con la particularidad: no pueden separarse una de la otra aunque sean momentos distintivos de nuestras operaciones conceptuales y de nuestros compromisos prácticos. La idea de justicia social, por ejemplo, adquiere universalidad mediante un proceso de abstracción de ejemplos y circunstancias particulares; pero, una vez establecida como principio o norma aceptados, vuelve a hacerse particular al actualizarse mediante acciones particulares en circunstancias particulares. Pero la orquestación de este proceso depende de instituciones mediadoras (por ejemplo, la lengua, las leyes y las costumbres en territorios dados y entre grupos sociales específicos). Estas instituciones mediadoras «traducen» entre particularidades y universales, y (como el Tribunal Supremo estadounidense) se convierten en guardianes de los principios universales y árbitros de su aplicación. También se convierten en centros de poder por derecho propio. Es, en general, la estructura establecida bajo el capitalismo, en la que el Estado y todas sus instituciones son fundamentales como «comités ejecutivos» de los intereses sistémicos del capitalismo. El capitalismo está repleto de mecanismos para pasar de la forma particular (incluso personal) a la universal y viceversa de un modo dinámico e iterativo. Históricamente, por supuesto, el principal mediador ha sido el Estado-nación y todas sus instituciones, incluidas las que gestionan la circulación del dinero. Y, como ya he indicado, la comunidad y los movimientos de base también desempeñan esa función mediadora. Pero esta línea de análisis apunta una conclusión singular. Ningún orden social puede evadir la cuestión de los universales. La crítica «radical» contemporánea al universalismo está tristemente extraviada. Debería centrarse, por el contrario, en las instituciones de poder específicas que traducen entre particularidad y universalidad, en lugar de atacar al universalismo en sí. Claramente, dichas instituciones favorecen ciertas particularidades (como los derechos de los propietarios de los medios de producción) sobre otras (como los derechos de los productores directos) y promueven un tipo

específico de universal. Pero existe otra dificultad. El movimiento de la particularidad a la universalidad implica una «traducción» de lo concreto a lo abstracto. Dado que la abstracción conlleva una violencia, siempre existe en política una tensión entre la particularidad y la universalidad. Puede considerarse una tensión creativa o, más a menudo, una fuerza destructiva e inmovilizadora en la que instituciones mediadoras inflexibles acaban dominando las particularidades en nombre de un principio universal.

Pero siempre existe una tensión creativa dentro de la dialéctica de particularidad-universalidad que es difícil reprimir, en especial bajo un sistema social como el capitalismo, que exige el cambio como condición para su propia supervivencia. En tales condiciones, las instituciones mediadoras no pueden permitirse la osificación. Lo que emerge es una configuración óptima de permanencia suficiente de las formas institucionales y espaciales (por ejemplo, gobernación urbana e infraestructuras físicas) para proporcionar seguridad y continuidad, unidas a una negociación dinámica entre las particularidades y los universales para obligar a las instituciones mediadoras y a sus estructuras espaciales asociadas a ser lo más abiertas posible. A veces, el capitalismo ha funcionado de esa manera (considérese, por ejemplo, de qué manera se reinterpreta la ley para afrontar nuevas condiciones socioeconómicas y cómo se han construido las nuevas estructuras espaciales y especialidades).

Cualquier alternativa, para tener éxito, debe seguir el ejemplo del capitalismo a este respecto. Debe encontrar formas de negociar entre la seguridad transmitida por las instituciones y las formas espaciales fijas, por un lado, y la necesidad de ser abierto y flexible en relación con las nuevas posibilidades socio espaciales, por otro. Ese proceso exige que los movimientos de base sean parte integrante de cualquier proceso de negociación de futuras trayectorias de desarrollo. Sin ellos, los universales se mantendrán vacíos y remotos en el mejor de los casos, y se convertirán en imposición autoritaria en el peor. Permitir que funcione la dialéctica entre las bases y las autoridades mediadoras se convierte en una estrategia fundamental para buscar el cambio social de cualquier tipo (incluido el exigido para mantener en movimiento la dinámica capitalista). Si no existieran los movimientos de base, las estructuras de poder de orden más elevado tendrían que inventarlos, darles forma e implantarlos (como a menudo ha ocurrido cuando los partidos políticos crearon organizaciones de vecinos o las instituciones religiosas colonizaron espacios mediante las conversiones y la formación de congregaciones). La dialéctica entre particularidad y universalidad es un vago pretexto para las relaciones entre diferentes fuentes de poder: locales y más generales. Y a menudo es una relación sesgada la que contemplamos, en el sentido de que el poder no está necesariamente distribuido de manera uniforme en las diferentes escalas. La política de base se convierte en centro de interés cuando empieza a asumir sus propias competencias (mediante su

propio esfuerzo o, como en las actuales circunstancias, más por defecto) en lugar de simplemente derivarlas instrumentalmente de un poder de orden más elevado, como el Estado-nación.

Instituciones y mediaciones

La creación de instituciones que puedan mediar la dialéctica entre particularidad y universalidad es, por consiguiente, de importancia fundamental. Muchas de estas instituciones se convierten en centros de formación del discurso dominante además de centros para el ejercicio del poder. En las áreas metropolitanas, las oficinas de economía, las comisiones presupuestarias, las comisiones de redes viarias y transportes, los departamentos de obras públicas, una amplia gama de organizaciones no gubernamentales y cívicas, así como individuos poderosos con intereses particulares, participan activamente en el gobierno urbano y operan en efecto como mediadores entre los intereses particulares localizados y las relaciones sociales y político-económicas mundiales.

A menudo tales instituciones se organizan territorialmente y definen una esfera de acción en una escala espacial determinada. Las instituciones intermedias toman normalmente el particularismo militante activo en el nivel de base local y lo usan o lo traducen, tanto teóricamente como en lo referente a la acción material, para construir un orden espacial factible que facilite ciertos procesos sociales que operan en una escala espacial muy distinta (por ejemplo, la de la metrópolis en su totalidad). En el proceso, formulan necesariamente principios universales (tales como la zonificación jurídicamente vinculante y los controles del uso de terrenos o, de manera más informal, las políticas de crecimiento inteligente, las filosofías en pro de la alianza sector público/sector privado o el empresarismo urbano) como guías para la acción. Es necesario tomar decisiones, por supuesto, y la autoridad y el poder arbitrarios están invariablemente implicados en el proceso. Los principios universales (de, pongamos, planeamiento y control urbano y de organización de los vecindarios) pueden imponerse desde arriba. Si la organización en la base está fragmentada, mal articulada y parcialmente instrumentalizada por un poder superior, ese poder no tiene dificultades para imponerse. Pero existe entonces el peligro de vaciar de contenido las instituciones locales, por la desaparición gradual de los procesos de formación de solidaridad en su base.

Ninguna institución mediadora, sin embargo, surge de la nada o está situada fuera de la dialéctica proceso-objeto del proceso social considerado en su totalidad. En consecuencia, lo que identificamos son capas de instituciones mediadoras, a menudo organizadas en una jerarquía aproximada, que operan como centros de transmisión a través

de los cuales fluyen desigualmente los procesos sociales. Los gobiernos metropolitanos, que operan en una compleja relación de movimientos de base, por ejemplo, pueden verse obligados a competir económicamente entre sí por inversiones o por el apoyo de una autoridad más elevada (tales como el Estado-nación u organismos internacionales como el Banco Mundial o la Unión Europea). El gobierno metropolitano «se precipita hacia fuera» como capa institucional específica caracterizada por las formas de organización corporativas y los modos de conducta empresariales. Puede entonces actuar predominantemente como mediador para imponer a los movimientos de base una lógica derivada, pongamos, de la globalización competitiva. Que éste haya sido predominantemente el caso en tiempos recientes no significa, sin embargo, que el gobierno metropolitano no pueda organizarse también como fuerza opositora, no acatadora, en relación con, digamos, las fuerzas del mercado neoliberales. Puede servir de «protector» de las localidades frente a los estragos del neoliberalismo o, en casos como el de Porto Alegre (véase Abers, 1998), convertirse en semillero activo de alternativas de base.

Se deducen entonces dos conclusiones. La primera, que el contexto en el que se han de estudiar los movimientos sociales locales está creado por una fluida pero altamente compleja interacción entre procesos e instituciones que operan en una variedad de escalas espaciales muy diferentes (tales como la nacional, la regional, la metropolitana y la local). Si, como creo que es el caso, contamos con un conocimiento muy pobre de cómo funcionan las relaciones y los procesos en esas escalas diferentes, ello significa que tenemos un contexto muy pobre en el que situar nuestro conocimiento y nuestra interpretación de la dinámica de los movimientos militantes particularistas. Existe entonces el peligro de que éstos sean fetichizados como forma de salvación política o rechazados por carecer totalmente de importancia en relación con poderes e influencias que operan en una escala totalmente diferente (por ejemplo, nacional o planetaria). En segundo lugar, dado que todos los principios universales se filtran por estas múltiples escalas y capas de discursos institucionalizados, la dialéctica de la universalidad y la particularidad puede volverse refractaria, distorsionada o incluso completamente opaca. Estas dos conclusiones difícilmente resultan asombrosas en sí, pero lo sorprendente es con qué facilidad se deja de pensar en ellas en nuestros marcos analíticos.

La formulación de principios universales –como la justicia social y medioambiental– es en consecuencia tensa y frecuentemente impugnada (como lógicamente se debería esperar) pero aduciendo fundamentos que no siempre se entienden bien. Esta condición se refleja frecuentemente en discusiones que se dan dentro de la teoría del planeamiento así como dentro de la extraordinaria diversidad de formulaciones disponibles en referencia a la función de los movimientos sociales en la vida urbana. Nuevamente, no podemos esperar resumir, mucho menos resolver, esos conflictos aquí. Pero hay una dificultad especial a la que sí quiero prestar cierta

atención. Hace referencia a cómo se pueden introducir los múltiples particularismos militantes en una especie de relación constructiva mutua.

Las traducciones

La heterogeneidad fragmentada de los movimientos de base requiere un lenguaje común, un discurso politizado y coherente, si no quiere anexarse a un movimiento más amplio de impacto más universal. Por supuesto, éste es el ámbito en el que, como Foucault ha señalado repetidamente, normalmente los discursos de poder, vinculados a instituciones mediadoras específicas (como el aparato estatal o, de modo más informal, dentro del mundo de la educación, de la religión, de la producción de conocimientos y de los medios de comunicación) desempeñan su función abrumadoramente disciplinaria y autoritaria. La hegemonía se convierte en el centro de la lucha política. Imponer concepciones del mundo y así limitar la capacidad para construir alternativas es siempre una tarea fundamental de las instituciones de poder dominantes (considérese cuánto y con qué profundidad ha penetrado la ideología del individualismo y el liberalismo del libre mercado en tiempos recientes).

Más para que las alianzas de base se conviertan en fuerza política alternativa (como hacen periódicamente), hay que afrontar el problema de cómo construir un discurso hegemónico alternativo a partir de múltiples particularismos militantes. El dictador benévolo que desea adquirir un aura mínima de legitimidad y consentimiento debe igualmente negociar un lenguaje mediante el cual gobernar porque, como advierte Italo Calvino, el único medio de comunicación que ningún emperador –no importa lo poderoso que sea– no puede controlar es el lenguaje en sí. Y en este punto es donde la cuestión de la traducción sale a primer plano como medio de codificar una agenda política común.

Para James Boyd-White (1990, pp. 257-264), la traducción significa

afrontar discontinuidades insalvables entre textos, entre lenguas y entre personas. Como tal tiene una dimensión ética e intelectual. Reconoce al otro –el creador del texto original– como centro de significado diferente de uno mismo. Requiere que uno descubra el valor de la lengua del otro y los límites de la propia. La buena traducción no procede en consecuencia mediante los motivos de dominio y adquisición, sino mediante el respeto. Es una palabra que hace referencia a un conjunto de prácticas por las cuales aprendemos a vivir con la diferencia, con la fluidez de la cultura y con la inestabilidad del yo.

No deberíamos sentir que el respeto por el otro nos obliga a borrarlos a nosotros mismos, o a nuestra cultura, como si allí radicara todo el valor y aquí ninguno. De la misma

forma que las tradiciones del otro tienen derecho al respeto, a pesar de lo extrañas que nos resulten, y a veces a pesar de sus inhumanidades, también nuestra propia tradición tiene derecho al respeto. Nuestra tarea es ser específicamente nosotros mismos en un mundo de otros: crear un marco que incluya el yo y el otro, en el que ninguno de ellos domine, en una imagen de la igualdad fundamental.

Esto suena, por supuesto, un tanto utópico y no es difícil encontrarle problemas, como tan brillantemente hizo Said en *Orientalismo* (1979), ya que el poder que detenta el traductor (normalmente varón y burgués) para representar al «otro» de una determinada manera que los sujetos dominados (orientales, negros, mujeres y similares) se vean obligados a interiorizar y aceptar. De modo realmente sutil, la traducción puede alterar los significados y los mensajes políticos (a veces incluso sin saberlo) y de esa forma alterar toda la dinámica de las creencias y la acción política. Benedict Anderson (1998) muestra, por ejemplo, cómo la traducción al inglés de la obra del poeta nacional filipino ejecutado José Rizal (originalmente escrita en español a finales del siglo XIX, antes de la ocupación estadounidense) destruye una parte tan importante del significado original que introduce una inmensa distancia entre el concepto fundador de identidad nacional y sus manifestaciones contemporáneas.

Tales interpretaciones históricas proporcionan en sí mismo una protección contra las represiones y las distorsiones representativas registradas por muchos escritores feministas y poscoloniales. Además, como señala White, «intentar “traducir” es experimentar un fracaso a un tiempo radical y feliz: radical, porque cuestiona la percepción que tenemos de nosotros mismos, de nuestra lengua, de los otros; feliz, porque nos libera momentáneamente de la prisión de nuestras formas de pensar y de ser». El acto de la traducción nos ofrece un momento liberador además de una posibilidad represiva.

La importancia de la traducción se hace incluso más obvia en los escenarios multiculturales (y cada vez más fragmentados lingüísticamente) que ahora prevalecen en muchas de las mayores áreas metropolitanas del mundo. Porque la traducción ofrece un modo de crear entendimientos comunes sin borrar las diferencias. Y hay dos razones atractivas para avanzar en esta dirección. En primer lugar, como señala Zeldin (1994, p. 16), sabemos mucho sobre qué divide a las personas, pero bastante poco sobre lo que tenemos en común (los universales que nos unen como especie). En segundo lugar, sin la traducción y sin la construcción de un lenguaje común, se hace imposible colectivizar la acción de base. Armados con un lenguaje común que respeta las diferencias, los movimientos de base pueden unirse para reimaginar y reconstruir su mundo social. La traducción es el trabajo difícil que hay que realizar para llevar el particularismo militante y el activismo de base a un terreno más amplio de lucha y movilizar las fuerzas de base para un propósito más elevado.

La traducción, sin embargo, no implica meramente explorar los elementos comunes radicados en las diversas estructuras de sentimiento que caracterizan la esencia de las relaciones sociales y de la pertenencia social, porque el lenguaje es en sí mismo un sistema de capas múltiples en el que influyen poderosas abstracciones. Tenemos acceso, por ejemplo, a un importante legado histórico de principios universales: libertad, justicia, recompensas a los esfuerzos creativos, sensibilidad a las necesidades, y otros. Y parte de la función de la traducción es dar un significado tangible a dichas abstracciones (tales como la justicia medioambiental o social, los derechos humanos, la libertad y la compasión) en ámbitos concretos y, al hacerlo, reafirmar la importancia, el poder y el significado de tales principios universales. Los principios y las verdades universales no se mantienen por sí solos; no se mantienen y no pueden mantenerse fuera de nosotros como principios abstractos y absolutos que descienden de un éter de moral para regular los asuntos humanos en todos los tiempos y lugares. Nuevamente, vemos que los procesos de traducción y conversión dependen de prácticas institucionalizadas e instituciones mediadoras (tales como la educación, la religión, los medios de comunicación, las leyes, los gobiernos, etcétera). Pero que también, en último término, ningún principio universal se mantiene si no está relacionado con los individuos y las personas que actúan como portadores conscientes de dichos principios. Y en este punto nos vemos obligados a reflexionar sobre los procesos que alimentan primeramente el particularismo militante y los movimientos de base.

Lo personal es político

Si miramos desde el otro extremo del telescopio analítico, vemos el particularismo militante y el activismo de base como una especie determinada de expresión colectiva de las necesidades, los anhelos y los deseos personales e individuales. En este nivel percibimos el funcionamiento de un tipo diferente de dialéctica que ayuda a entender sus limitaciones y potencialidades.

El punto de partida es entender de qué forma lo personal siempre es político. Al cambiar nuestro mundo nos cambiamos a nosotros mismos. No podemos hablar, por lo tanto, de cambio social sin estar dispuestos al mismo tiempo a cambiarnos a nosotros mismos, tanto mental como físicamente. A la inversa, no podemos cambiarnos a nosotros mismos sin cambiar nuestro mundo. Esa relación no es fácil de tratar. Encontramos todo tipo de consecuencias inescindibles de nuestras acciones. Y asumir luchas contra un poder externo mejor organizado en una escala superior (como el aparato estatal) es una tarea de tales proporciones que resulta desalentadora en sí misma.

Pero hay un problema más sutil que afrontar. A Foucault (1984), por ejemplo, le preocupaba que el «fascismo que reina en nuestra cabeza» sea mucho más insidioso que todo lo construido fuera. Y es importante entender qué podría haber querido decir con eso y cómo se relaciona con las capacidades y las limitaciones del activismo de base.

Considérese entonces la cuestión de «la persona» como el momento irreducible para cimentar todas las políticas y la acción social. Esa persona no es una entidad absoluta e inmutable, fija en cemento, sino en ciertos aspectos un ser social abierto a la influencia y al control. Una concepción relacional de la persona, por ejemplo, resalta nuestra porosidad en relación con el mundo. Pero entonces plantea la cuestión clave. ¿Modela la colectividad a la persona o la persona a la colectividad? Esta dialéctica merece cierta atención.

En Estados Unidos, por tomar el caso con el que estoy más familiarizado, la propiedad privada y la herencia, el intercambio mercantil, la mercantilización y la monetarización, la organización de la seguridad económica y el poder social, priman a la propiedad privada personalizada investida en el yo (considerado con una entidad definida, un individuo no poroso), así como en la casa, el terreno, el dinero, los medios de producción y similares, como las formas socioespaciales elementales de la vida política y económica. La organización de la producción y del consumo fragua en nosotros divisiones de trabajo y de función y crea personas profesionalizadas (el planificador, el profesor y el poeta así como el proletario, todos los cuales, como señalan Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*, «han perdido su halo» y se convierten de una manera u otra en agentes pagados por el poder burgués). Vivimos, de acuerdo con este argumento, en un mundo social que nos convierte a todos en fragmentos de personas con determinados apegos, habilidades y capacidades; integradas en esas poderosas y dinámicas estructuras que denominamos «modo de producción». Además, las feroces espaciotemporalidades de la vida diaria contemporánea –provocadas por tecnologías que hacen hincapié en la velocidad y en la rápida reducción de la fricción de la distancia y de los tiempos de circulación– impiden que el tiempo imagine o cree alternativas distintas de las forzadas irreflexivamente sobre nosotros cuando nos apresuramos a desempeñar nuestras respectivas tareas profesionales en nombre del progreso tecnológico y de la infinita acumulación de capital. La organización material de la producción, del intercambio y del consumo descansa en nociones específicas de derechos y obligaciones, a las que refuerza, y afecta a nuestros sentimientos de alienación y subordinación, a nuestras concepciones de poder e impotencia. Incluso sendas de expresión propia aparentemente nuevas (el multiculturalismo es uno de los ejemplos recientes más importantes) están cautivas de las fuerzas de acumulación de capital y del mercado (por ejemplo, el amor a la naturaleza se equipara al ecoturismo, la etnicidad se reduce a una cuestión de restaurantes o mercancías auténticas para el mercado).

La consecuencia neta es limitar nuestra visión de lo posible. Nuestra «posicionalidad» o «situación» en cuanto seres es un constructo social, de igual manera que el modo de producción es una creación social. Y esta «posicionalidad» define quién o qué somos (al menos por ahora). «El punto desde el que miramos» dentro de ese proceso proporciona buena parte del material para nuestra conciencia y nuestro imaginario. Del fondo de nuestra experiencia situada sacamos ciertas conclusiones respecto a las posibilidades, y en esa relación radica una limitación: no podemos ver más allá del horizonte dictado en general por el lugar en el que ya estamos.

Hasta Adam Smith consideraba que «los conocimientos de la mayoría de los hombres están necesariamente formados por sus empleos ordinarios» y que «la uniformidad de la vida (del trabajador) corrompe de manera natural el ánimo de su mente». Aunque esto fuera sólo parcialmente cierto —y estoy seguro de que así es— resalta que la lucha por pensar alternativas —y pensar y actuar de manera distinta— se enfrenta inevitablemente a las circunstancias de una vida diaria localizada, a la conciencia que deriva de dicha vida, y a la manera en que se construye la persona política. ¿De dónde podrá proceder entonces el coraje de nuestra mente? La inserción de las personas en colectividades mayores (tales como el barrio o la comunidad) se convierte en un problema precisamente porque las normas de conducta y de pertenencia que, definen las solidaridades sociales operan como restricciones que, como nuestros empleos ordinarios, pueden con igual facilidad tener el efecto de limitar el coraje de nuestra mente en lugar de liberarla para que adopte estilos de acción más radicales. Los feroces controles sociales impuestos por las asociaciones de propietarios de viviendas, que toleran muy poca desviación de las normas sociales interiorizadas en general, aceptadas e incluso bien recibidas por la mayoría de los residentes, es un caso aplicable. Es difícil no concluir, como Paul Knox (1994, en contra de Foucault), que tales asociaciones constituyen «una red de regímenes de servidumbre que regulan el uso de la tierra y median los asuntos de la comunidad en lo que a menudo equivale a una forma de fascismo comprimido».

Pero todos nosotros podemos individualmente desear la diferencia, pensar en ella y soñar con ella. Y disponemos de una gama amplia de recursos de crítica a partir de los cuales generar visiones alternativas respecto a qué es posible. Los planes utópicos, por ejemplo, imaginan por lo general sistemas completamente distintos de derechos de propiedad, soluciones de vida y trabajo, todos manifiestos como formas espaciales y ritmos temporales completamente distintos. Esta reorganización propuesta (incluidas sus relaciones sociales, formas de trabajo reproductivo, sus tecnologías, sus formas de provisión social) posibilita una conciencia radicalmente distinta (de las relaciones sociales, de las relaciones entre los sexos, de la relación con la naturaleza, según sea el caso) junto con la expresión de derechos, deberes y obligaciones completamente distintos, basados en formas de vida colectivas. «De

dónde lo aprendemos» puede ser tan importante como «desde dónde miramos». Las comunidades y los barrios son ámbitos clave dentro de los cuales se producen las exploraciones, tanto en lo referente al aprendizaje y la construcción de nuevos imaginarios de la vida social como de sus realizaciones tangibles mediante prácticas materiales y sociales. La tensión entre el conformismo y la desviación es patente en la geografía histórica de la vida comunitaria.

Pero las desviaciones que forman ese rico semillero de cambio social, y que a menudo se enfrentan a la situación dada dentro de los intersticios de la vida urbana, tampoco carecen de contradicciones internas. Una cosa son las uniones y las asociaciones voluntarias para realizar sueños comunes, y otra la presión y la fuerza sociales que a menudo se producen a medida que se forman las solidaridades, y que pueden a veces convertirse en coerciones a medida que los liderazgos carismáticos y jerárquicos forjan estructuras de poder, influencia y control que pueden centralizarse enormemente dentro de las comunidades. Y cuando tales estructuras se integran profundamente en la ciudad, tienen su propio efecto fragmentador cuando los líderes locales (aunque no estén directamente comprados por instancias superiores), dependiendo crucialmente de dónde sitúen su sentido de la identidad, se niegan a fusionar o subfusionar sus intereses particulares en el marco de un movimiento más amplio. Estados Unidos está lleno de activismo comunitario precisamente de este tipo, cuyo efecto es combinar una política militante de base con una camisa de fuerza de restricciones autoimpuestas respecto a las transformaciones sociales más amplias. También aquí los fascismos que reinan en nuestra cabeza así como en nuestras prácticas políticas merman la capacidad de los movimientos de base para alterar radicalmente el mundo.

Observar las cosas desde este micronivel nos enseña, sin embargo, lo difícil que será el trabajo práctico de llegar desde donde estamos a cualquier otro sitio. Para empezar, la relación circular de cómo cambiarnos a nosotros mismos cambiando el mundo puede en el mejor de los casos ponerse lenta pero persistentemente en movimiento como proyecto para alterar las fuerzas que componen la persona política. Esto no se puede producir como una ruptura revolucionaria radical (aunque los acontecimientos traumáticos y los resquebrajamientos sociales —crisis económicas, levantamientos, guerras— han abierto a menudo una senda a concepciones radicalmente distintas). Es necesaria la perspectiva de una revolución larga. Para construir dicha revolución hace falta una especie de colectivización del impulso y del deseo de cambio. Nadie puede efectuarlo solo. Y hay muchos pensadores, armados con recursos de, por ejemplo, tradiciones políticas o utópicas, que pueden actuar de agentes subversivos, quintacolumnistas dentro de los movimientos de base, a pesar de todas sus limitaciones, tienen los pies firmemente plantados en la senda hacia posibilidades alternativas.

No podemos presumir que *todo* lo personal contribuye a la *buena* política. Y tampoco es posible aceptar la tesis preferida por algunos movimientos alternativos radicales (como la ecología radical y algunas áreas del feminismo) de que las transformaciones de las actitudes y los comportamientos personales son suficientes (en lugar de simplemente necesarios) para que se produzca el cambio social. Aunque el cambio social puede empezar y terminar en lo personal, hay mucho más en juego que el crecimiento personal individualizado o las manifestaciones de compromiso personal. Al reflexionar sobre cómo se forman las solidaridades locales, es por supuesto vital dejar espacio para lo íntimo y lo personal (un espacio en el que pueden florecer tanto la duda, la ira, la ansiedad y la desesperación como la certidumbre, el altruismo, la esperanza y el júbilo). Y al reunir a personas en patrones de solidaridades sociales y políticas, hay tantas trampas y recovecos como caminos abiertos al cambio.

No obstante, la construcción de solidaridades locales y la definición de las colectividades y las afinidades locales es un medio crucial por el que la persona se vuelve más ampliamente política. La negociación que siempre radica en el fondo del particularismo militante y el activismo de base se da, por lo tanto, entre personas políticas que buscan cambiarse unas a otras y al mundo además de a sí mismas. ¿Pero en qué pretenden cambiarse a sí mismas y por qué? Aquí es donde hay que desarrollar la perspectiva de toda «revolución larga» que se produzca en la larga historia de la urbanización.

Ser especie en la ciudad

El sociólogo urbano Robert Park (1967, p. 3) escribió en una ocasión (en un pasaje que recuerda las observaciones de Marx sobre el proceso de trabajo):

la ciudad y el entorno urbano representan el intento más coherente y, en conjunto, más logrado del ser humano de rehacer más a su gusto el mundo en el que vive. Pero si la ciudad es el mundo creado por el hombre, es el mundo en el que a partir de entonces está condenado a vivir. Así, indirectamente, y sin una percepción clara de la naturaleza de su tarea, al hacer la ciudad el hombre se ha rehecho a sí mismo.

Muchas especies, como señala Lewóntin (1982, p. 162), se adaptan al entorno que alteran y de esa forma dan comienzo a un largo proceso evolutivo de transformaciones dialécticas de sí mismas y de otros. Los seres humanos se han mostrado especialmente adeptos a tal proceso, y la idea de que «el hombre se hace a sí mismo» (por usar el viejo título de Gordon Childe) también ha tenido una historia larga y fértil.

Nos transformamos mediante la transformación de nuestro mundo (como insistía Marx). Transformamos la capacidad y las fuerzas de nuestra especie mediante las innovaciones culturales, tecnológicas, políticas y sociales que han tenido amplias ramificaciones en los tipos de entornos a los que después tenemos que adaptarnos. Y cada vez más es el entorno definido por la urbanización el que se convierte en el medio central en el que ocurre este proceso adaptativo y transformador.

Aunque es convincente sostener que a largo plazo se da cierta coevolución dialéctica entre las características biológicas y las formas culturales de los humanos, la explosión de soluciones y prácticas culturales en los últimos siglos no ha dejado tiempo para la adaptación biológica. No obstante, del carácter de nuestra especie derivan posibilidades y restricciones básicas. En otra parte las he considerado bajo los epígrafes de (1) competencia y lucha por la existencia, (2) diversificación y diferenciación, (3) colaboración, cooperación y ayuda mutua, (4) transformaciones medioambientales (por ejemplo, urbanización), (5) producción y reconfiguración del espacio, y (6) la transformación de las temporalidades (véase Harvey, 2000, p. 209). Si éstas forman un repertorio básico de capacidades y fuerzas, entonces la cuestión a largo plazo es cómo movilizar una mezcla particular de ellas para modelar formas urbanas alternativas, con consecuencias más humanas para la vida social. Después de todo, las ciudades son empresas colaborativas a gran escala que incorporan procesos competitivos, diversificaciones (divisiones del trabajo, divisiones en función de los estilos de vida y los valores), la producción de entornos construidos, de temporalidades divergentes y de espacios.

¿Podemos aspirar razonablemente a intervenir conscientemente en este proceso de «rehacernos a nosotros mismos» mediante la urbanización, incluso, quizá, adquirir una «percepción clara de la naturaleza de esta (nuestra) tarea»? En este punto es donde vuelven a entrar en la imagen los elementos comunes y los valores universales, porque sin análisis y debate sobre ellos, no nos quedan más que los efectos acumulativos de las microacciones, las contingencias y el azar como elementos fundamentales para la evolución humana. De esa manera, la consideración de «ser especie en la ciudad» parece tan importante para el argumento como cualquier análisis sobre cómo podría lo personal ser político. De hecho, la dialéctica entre particularidad y universalidad parece aquí fundamental para los asuntos humanos.

La dialéctica de la base

¿Puede, en consecuencia, esta exploración teórica y un tanto abstracta aplicarse para entender las limitaciones y posibilidades de los movimientos de base y el particularismo militante en relación con procesos urbanos más amplios?

Para empezar, de inmediato se hace evidente que los movimientos sociales urbanos interiorizan los efectos (políticos, económicos e ideológicos) del contexto social más amplio (incluido el ser especie) del que forman parte, y que su carácter depende fuertemente de esta interiorización. Pero los movimientos no son simples mediadores neutrales entre, pongamos, lo personal por una parte y las fuerzas político-económicas e ideológicas más amplias (tales como las incluidas, por ejemplo, en la globalización o a algún proyecto de desarrollo nacionalista) por otra. Mediante este posicionamiento es como debemos interpretar buena parte de la compleja geografía histórica de dichos movimientos en relación con corrientes más amplias de cambio, y entender sus futuras potencialidades.

Desde la perspectiva teórica que he creado, es completamente posible entender los movimientos sociales urbanos como reflexiones predominantemente sociopolíticas, si no constructos manifiestos, de una política más amplia o incluso de imperativos biológicos. Esto implica mecanismos para procurar a los líderes de base bienes tangibles (materiales y psíquicos) que puedan traspasarse en forma de beneficios personales a suficientes elementos de la población como para garantizar la adhesión a una política colectiva. Hay, de hecho, muchas versiones de esto. La política de la «maquinaria política» de muchas ciudades estadounidenses —un sistema de gobierno muy calumniado que a menudo funcionaba bien para los inmigrantes, los pobres e incluso para ciertos elementos empresariales (convirtiendo el Chicago del alcalde Daley en la década de 1960 en «la ciudad que funcionaba»)— es una versión predominantemente política de ello. Aunque no se hace referencia a ella como «movimiento social urbano», forma, por así decirlo, un extremo polar de la acción colectiva localizada en la esfera urbana. Carece abiertamente de ese aspecto de autonomía y voluntarismo que más a menudo se usa para caracterizar los movimientos sociales urbanos, pero hay en cualquier caso fuertes argumentos teóricos para cuestionar los ideales de voluntarismo y autonomía como valores vitales más en general. Las asociaciones de propietarios de viviendas en Estados Unidos no están orquestadas políticamente desde arriba, pero en su aceptación del modo predominante de economía de mercado caracterizado por el individualismo por una parte, y los intereses de clase, raciales o étnicos por otra, caen exactamente en una línea ideológica políticamente tan represiva y homogeneizadora como cualquier sistema político pudiera construir. Y lo mismo se podría decir de buena parte de la estructuración de los espacios urbanos que se produce mediante la fuerza de la etnia, la religión o las formas culturales. Calificar los movimientos comunales religiosos de autónomos y voluntaristas parece exagerar mucho, del mismo modo que los enclaves étnicos organizados (como los barrios chinos que caracterizan a muchas ciudades occidentales) difícilmente se pueden separar de las actividades diaspóricas de las élites empresariales de base étnica que usan tales enclaves con fines más generales.

La cuestión fundamental que esto señala es determinar las relaciones reales interiorizadas en *todos* estos movimientos sociales urbanos de cualquier índole (y por muy autónomos o voluntaristas que puedan afirmar que son o incluso que parezcan ser). Sólo mediante tales determinaciones es posible entender lealtades y potencialidades más amplias para la acción política a escalas espaciales tanto locales como más generales. El verdadero «cómo» de la interiorización es de interés más que pasajero, sin embargo, porque define modos tanto directos como sutiles de que una relativa autonomía y formas de asociación relativamente voluntaristas puedan formar parte de un proceso de construcción del poder político. Ya he aludido al problema de las formas comunitarias de organización que se vuelven huecas y, por consiguiente, vulnerables, y éste es exactamente el punto en el que el «cómo» de la interiorización de influencias y fuerzas externas se convierte en indicador de niveles, puntos fuertes y persistencia de las solidaridades locales.

Hago hincapié en la importancia de estas relaciones externas para los movimientos sociales urbanos, porque éstos florecen más y con mayores consecuencias si se alimentan de recursos más amplios (políticos, económicos, ideológicos, religiosos, étnicos, culturales). Sin tales formas de alimentación (a menudo estructuradas por las ONG u otras formas de organización tales como la religión o las estructuras de afinidad étnica) se desintegran o desvanecen con rapidez. Pero poner tales estructuras/recursos al frente como condición a largo plazo para la supervivencia de tales movimientos también indica algo sobre sus cualidades potencialmente insurgentes. En resumen, si surgen organizaciones locales y no encuentran un campo de recursos más amplio del que alimentarse, tienen que crear dicho campo de recursos mediante una política insurgente de base amplia, o bien hacer que los poderes existentes las admitan mediante la pura fuerza y la influencia (del modo que el movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos a comienzos de la década de 1960 obligó a la Administración pública federal primero y a la estatal después a adoptar modalidades de apoyo a sus acciones y programas).

Aunque pueda parecer que todo esto propone un punto de vista un tanto amargo o incluso negativo de los movimientos sociales urbanos y del particularismo militante como fuentes de cambio social o incluso de vida urbana, quiero sugerir que ponerlos adecuadamente en contexto de este modo proporciona un medio para evaluar sus extraordinarias ventajas y su importancia como agentes mediadores en el proceso urbano. Para empezar, garantizar la vitalidad de dichos movimientos se convierte en elemento crucial de participación política más en general, y la vitalidad no puede garantizarse mediante formas de gobierno represivas y jerárquicamente estructuradas. Si el Partido de los Trabajadores en Porto Alegre busca una participación política y económica más activa de las poblaciones marginadas, debe establecer estructuras (como el proceso de participación presupuestaria) para garantizar una autonomía

relativa y la vitalidad en las bases, y aprender por sí mismo a adaptarse a aquello que son las bases. Las relaciones dialécticas de este tipo son vitales para la construcción de cualquier tipo de democracia viable en los ámbitos urbanos contemporáneos. Todavía más importante es el modo en el que los problemas generales (de desarrollo económico, calidades del entorno y de vida) se reconocen en los ámbitos de base y se convierten en asuntos políticamente percibidos que hay que abordar necesariamente mediante una política más amplia. Interiorizar a escala local las fuerzas externas implica con frecuencia intensas contradicciones que exigen soluciones a escala local que a su vez presionan a los poderes externos para que cambien su modo de actuar (considérese el caso clásico de los promotores capitalistas a los que se resisten intensamente los residentes burgueses). Las cuestiones de justicia medioambiental, de discriminación en los mercados del suelo y de la vivienda, de violencia policial discriminatoria, de integración social y educación, han surgido de esta manera y se han propagado por círculos cada vez más amplios a partir de las necesidades sentidas por individuos dispuestos y capaces de dar expresión a esas necesidades mediante modos de acción colectiva en ámbitos locales. La manera en la que lo personal se vuelve político y se traduce nuevamente en ámbitos políticos más amplios es, en último término, tan importante como la interiorización de poderes más amplios en los movimientos locales colectivos.

Lo esencial es ver los movimientos sociales urbanos como mediadores, y el particularismo militante como traducción de lo personal a un terreno político más amplio. Simple y llanamente, los procedimientos y el gobierno democráticos en general, así como en ámbitos urbanos, ya se basan y seguirán basándose en el futuro predecible en instituciones mediadoras de acción local y en la formación de solidaridades locales. El que dichas instituciones mediadoras desempeñen una función positiva o negativa en relación con la democratización del gobierno urbano es algo que, por supuesto, aún está por ver. Pero las fuerzas político-económicas más amplias corren un riesgo si pasan por alto esta dimensión de la acción humana. Las instituciones locales vaciadas de contenido suponen una amenaza aún mayor que un particularismo militante caracterizado por la autonomía relativa y por una vitalidad carismática que busca reformas a escala más amplia. La dialéctica de los movimientos de base y los poderes del particularismo militante son fuerzas vibrantes en la vida urbana en particular y en la vida sociopolítica en general.

Observaciones preliminares

El proceso político-económico generalizado que en años recientes hemos dado en llamar «globalización» depende fuertemente de la acumulación de ciertos tipos de conocimientos geográficos (de hecho ha dependido desde su mismo comienzo, que data de mucho antes de 1492, en el caso del capitalismo occidental). La continuación del desarrollo de este sistema político-económico influirá indudablemente en la Geografía en cuanto disciplina específica así como en la geografía en cuanto modo específico de conocimiento que impregna el pensamiento social y las prácticas políticas. De manera recíproca, las interpretaciones geográficas pueden afectar a futuras trayectorias de desarrollo político-económico (mediante, por ejemplo, el reconocimiento de las restricciones medioambientales, la detección de nuevos recursos y oportunidades comerciales o la búsqueda de formas más justas de desarrollo geográfico desigual). Una geografía crítica podría llegar a poner en duda las formas contemporáneas de poder político-económico, marcadas por el hiperdesarrollo, las crecientes desigualdades sociales y las múltiples señales de grave degradación medioambiental.

Lo que me interesa es observar esta relación dialéctica entre el cambio político-económico y socio-ecológico por una parte, y los conocimientos geográficos por la otra. Empiezo con tres observaciones básicas.

* Presentado primeramente en el congreso «Ciencias Sociales en el Milenio» patrocinado por la Universidad Baptista de Hong Kong en junio de 2000; la versión revisada, publicada aquí, se presentó en el 29 Congreso Geográfico Internacional de Seúl en agosto de 2000.

En primer lugar, aunque la historia de esta relación dialéctica es un área de investigación fascinante (como, por ejemplo, la relación existente entre los conocimientos geográficos, la formación del Estado, la colonización, las operaciones militares, la geopolítica y la perpetua búsqueda de ventajas comerciales y económicas), en este artículo pasaré en buena medida por alto cualquier análisis explícito de este registro histórico. No obstante, reconozco que este legado del pasado pesa fuertemente en los conocimientos geográficos contemporáneos, y que cualquier intento amplio de transformarlos debe, en algún punto, afrontar las particularidades de los logros pasados.

En segundo lugar, uso la palabra «conocimientos» en plural porque me parece peligroso suponer que existe una forma establecida de entender o un campo unificado de conocimiento llamado «geografía» incluso dentro de la especialidad académica. Una «disciplina que varía desde la paleoecología y la morfología de los desiertos hasta la geografía posmoderna y homosexual» tiene obviamente un problema de identidad. La suposición de que existe una definición «esencialista» aún por descubrir sobre el tema de la geografía, sus métodos y su «punto de vista» debe ponerse en duda, aunque hace mucho tiempo que nadie se atreve a escribir un libro tan lleno de confianza como *Nature of Geography* de Hartshorne.

Esta posición estratégica adquiere mayor importancia en relación con mi tercer argumento: hay una diferencia significativa entre los conocimientos geográficos sostenidos (a menudo de manera instrumental) en diferentes escenarios institucionales (por ejemplo, aparatos estatales, el Banco Mundial, el Pentágono y la CIA, el Vaticano, los medios de comunicación, el público en general, las ONG, el sector turístico, las empresas multinacionales, las instituciones financieras, etcétera) y la geografía enseñada y estudiada en los departamentos que funcionan bajo dicho nombre. La tensión entre la Geografía como disciplina específica y la geografía como forma de reunir, usar y entender cierta información en una variedad de ámbitos institucionales es importante. Los conocimientos geográficos de este segundo tipo están ampliamente dispersos entre la sociedad. Merecen ser entendidos por sí mismos (por ejemplo, cómo el sector turístico o la televisión por cable han creado y promovido un cierto sentido geográfico en la sociedad). Diferentes instituciones, además, crean una demanda de diferentes tipos de conocimientos geográficos (al sector turístico no le interesa resaltar la geografía de la tensión social). Si la geografía académica no cubre o no puede cubrir estas demandas diversas, seguramente alguien lo hará.

De estos comentarios preliminares deduzco algunas conclusiones inmediatas:

1. Necesitamos estudios generales en escenarios históricos y geográficos comparativos para entender mejor cómo se produce la relación dialéctica entre las formas de conocimiento geográfico y el desarrollo socioeconómico y ecológico.

2. Necesitamos estudios cuidadosos sobre cómo se formula, usa y aplica la geografía en cuanto modo de interpretación en diferentes ámbitos institucionales (por ejemplo, el ejército, Greenpeace, el aparato estatal, empresas multinacionales, etcétera).
3. Debemos estudiar mejor los vínculos existentes entre los discursos geográficos que emanan de instituciones particulares y la forma en la que se crean y enseñan los conocimientos institucionales tanto dentro como fuera de la disciplina específica de la Geografía.
4. Necesitamos considerar detenidamente qué principios podrían regir la aplicación «adecuada» de conocimientos geográficos «sensatos» en ámbitos específicos. A este respecto, la disciplina de la geografía tiene una función potencial de considerable importancia, como árbitro y juez de cuáles son usos adecuados de los conocimientos geográficos propiamente formulados.

El cosmopolitismo y su geografía

En un artículo publicado recientemente en *Public Culture*, observé cómo se están movilizandohora las alegaciones sobre la gobernación, la gestión y la actividad reguladora mundiales a través de ideales de «cosmopolitismo». Escritores como David Held han sostenido con elocuencia que tal perspectiva cosmopolita es esencial para la evolución de las instituciones democráticas de gobernación mundial que regulan el neoliberalismo. ¿Pero qué tipo de conocimiento geográfico se presupone en dicho argumento?

Nussbaum, uno de los principales partidarios del ideal cosmopolita en Estados Unidos, se queja de que «Estados Unidos es incapaz de observarse a sí mismo a través de la lente del otro y, en consecuencia, [es] igualmente ignorante de sí mismo» precisamente porque la población es «asombrosamente ignorante del resto del mundo». Para establecer un diálogo mundial adecuado, continúa,

necesitamos no sólo el conocimiento de la geografía y la ecología de otros países —algo que ya supondría una gran revisión de nuestro programa de estudios—, sino también saber mucho sobre su gente, de forma que al hablar con ellos seamos capaces de respetar sus tradiciones e intereses. La educación cosmopolita proporcionaría el trasfondo necesario para esta deliberación.

El cosmopolitismo sin un conocimiento «sensato» y «adecuado» de la geografía y la antropología es, da a entender ella, un ideal vacío.

Al hacer esta afirmación, Nussbaum sigue nada menos que a una figura como Kant, a cuyos argumentos fundamentales sobre la ética cosmopolita se apela fre-

cuentemente en la bibliografía general. Kant reconocía que los estudios geográficos y antropológicos eran «condiciones previas necesarias» para el descubrimiento y la aplicación de cualquier otra forma de conocimiento, incluida la ética cosmopolita. Nussbaum (junto con todos los demás que escriben sobre cosmopolitismo) dejan sin especificar la naturaleza del conocimiento geográfico necesario. Pero Kant dio su curso de Geografía no menos que cuarenta y nueve veces (fue el segundo curso más importante que él enseñó). Un estudio de la Geografía de Kant revela un problema serio. Porque la explicación que da no sólo es asistemática e incoherente (en marcado contraste con el rigor de las obras filosóficas), sino también perjudicial en extremo. La «humanidad —dice— alcanza su mayor perfección con la raza blanca. Los indios amarillos tienen algo menos de talento. Los negros son muy inferiores y algunos de los pueblos de América están muy por debajo de ellos». Los hotentotes son sucios y se les huele desde lejos, los javaneses son ladrones, maquinadores y serviles, a veces llenos de ira y otras cobardes y atemorizados, los samoyedos son tímidos, perezosos y supersticiosos, las mujeres birmanas llevan ropas indecentes y les gusta quedarse preñadas de europeos... y continúa de esta guisa.

Este tipo de conocimiento geográfico resulta profundamente incoherente con la ética universal y los principios cosmopolitas de Kant. Inmediatamente plantea el problema: qué ocurre cuando los ideales éticos universales se insertan como principios de gobernanación mundial en un mundo en el que algunos son considerados inferiores y de otros se piensa que son indolentes, malolientes o simplemente indignos de confianza. O bien los hotentotes malolientes, los samoyedos perezosos, los javaneses ladrones y las birmanas indecentes tienen que reformarse por consideración al código ético universal (eliminando así todo tipo de diferencia geográfica), o bien los principios geográficos operan en diferentes condiciones geográficas como un código intensamente discriminatorio disfrazado de bien universal.

Lo que se percibe de manera tan drástica en Kant tiene, por desgracia, ramificaciones generalizadas en la política contemporánea. Si, como es el caso, el conocimiento geográfico en la vida y la opinión pública de, por ejemplo, Estados Unidos es tan carente de calidad o adolece de una calidad tan llena de prejuicios como los retratados por Kant, a Estados Unidos le resultará muy fácil retratarse como el portador de los principios universales de justicia, democracia y bondad, y al mismo tiempo operar en la práctica de una manera intensamente discriminatoria. La forma fácil en la que se pueden «demonizar» en la opinión pública ciertos espacios de la economía planetaria (Cuba, China, Libia, Irán, Iraq, por no decir nada del «imperio del mal» de la ex Unión Soviética, por usar la expresión favorita de Ronald Reagan) ilustra demasiado bien que ciertos conocimientos geográficos se movilizan con fines políticos, al tiempo que sostienen la creencia de que Estados Unidos es el portador de la ética mundial.

¿Qué tipo de conocimiento geográfico es entonces adecuado para una ética cosmopolita? La cuestión es tan profunda como amplia. Pero hay abundantes indicios de lo significativa que podría resultar la relación. Una encuesta realizada recientemente en Estados Unidos demostró que cuanto más sabían las personas sobre las condiciones y las circunstancias de vida en determinado país, menores eran las probabilidades de que apoyaran las intervenciones militares o las sanciones económicas del gobierno estadounidense. Al contrario, se deduce que ciertos tipos de poder económico y político podrían tener un interés especial por mantener a la masa de la población en un estado crónico de ignorancia geográfica (o al menos no sentir el impulso de curar los actuales estados de ignorancia). Los conocimientos geográficos sesgados o «vacíos», deliberadamente creados y mantenidos, proporcionan una licencia para perseguir intereses particulares en nombre del bien y la razón universales.

El cosmopolitismo privado de especificidad geográfica sigue siendo una razón abstracta y alienada, responsable, cuando baja a la tierra, de producir todo tipo de consecuencias inesperadas y a veces explosivamente malignas (que pueden hacer que poblaciones enteras se levanten contra los principios universales que se espera que acepten). Una fuerte dosis de ilustración geográfica es, por lo tanto, un requisito previo para cualquier ejercicio razonado del control planetario. ¿Pero qué tipo de conocimiento geográfico podría incluirse aquí? Los geógrafos tienden a recelar de los ideales cosmopolitas (en parte por buenas razones). Pero la geografía no inspirada por una visión cosmopolita se convierte en un asunto de mera descripción o en una herramienta pasiva de los poderes existentes (militares, administrativos, económicos). Liberar la dialéctica entre el cosmopolitismo y la geografía parece un prerrequisito fundamental para alcanzar un orden socio-ecológico más justo y cuerdo para el siglo XXI. ¿Cómo pueden los conocimientos geográficos reconstituirse para cubrir las necesidades de la gobernanación planetaria democrática, inspirada por una ética cosmopolita de, por ejemplo, justicia, equidad y razón?

Son grandes preguntas, pero es esencial contemplarlas no sólo desde el punto de vista estricto de la Geografía en cuanto disciplina, sino más importante, desde el punto de vista de la influencia de los conocimientos geográficos (sin importar dónde se produzcan) en la trayectoria futura del orden socio-ecológico mundial y sus patrones asociados de poder socioeconómico. ¿Entonces, qué conocimientos geográficos tenemos disponibles en la actualidad mientras contemplamos esa cuestión?

Ámbitos de producción de los conocimientos geográficos

Los geógrafos profesionales, como los economistas, los sociólogos y los especialistas en ciencias políticas, generan periódicamente sus propios conjuntos de datos y

producen nueva información para alimentar sus investigaciones. Pero buena parte de su trabajo descansa en análisis de datos, información y perspectivas elaborados en otras partes. Dentro de la Geografía hay, curiosamente, muy poco reconocimiento formal de que los conocimientos geográficos reunidos en diferentes ámbitos institucionales varían de acuerdo con las necesidades, las culturas y las normas institucionales específicas. Si la Geografía en cuanto disciplina aspira a ser juez y árbitro de la aplicación adecuada de conocimientos geográficos sensatos, uno de los primeros pasos que debe dar es el de proporcionar principios para evaluar la producción de conocimientos geográficos en diferentes escenarios institucionales. Muchos geógrafos se unen a instituciones externas. Pero a menudo esto se considera un asunto privado o personal. Rara vez nos sentamos a reflexionar sobre las consecuencias de tales vinculaciones para la disciplina en su conjunto. Considérense, por ejemplo, algunos de los principales ámbitos de producción de conocimientos geográficos y cómo varía la calidad de dichos conocimientos de un ámbito a otro.

El aparato estatal

Con su interés por la gobernabilidad, la administración, la tributación, el planeamiento y el control social, el aparato estatal se ha ido estableciendo permanentemente desde el siglo XVIII en adelante como ámbito primordial para la recopilación y el análisis de información geográfica. El proceso de formación estatal dependía, y sigue dependiendo, de la creación de ciertos tipos de interpretaciones geográficas (desde la cartografía de límites hasta el cultivo de un sentimiento de identidad nacional dentro de dichos límites). Durante los pasados dos siglos, el Estado ha sido quizá el ámbito fundamental de producción de los conocimientos geográficos necesarios para la creación, el mantenimiento y la ampliación de sus competencias. La gobernabilidad descansa, sin embargo, en un cierto conjunto de preceptos referentes a la individualidad y la objetividad (individualización, cómputo y localización—de ahí la importancia de la cartografía— son operaciones fundamentales en todo, desde los censos a la administración de la seguridad social). Los «datos concretos» se generan mediante una diversidad de medios y se analizan en consecuencia. Además, los diferentes departamentos del aparato estatal desarrollan experiencias especializadas en, pongamos, agricultura, silvicultura, transportes, pesca, industria, y otras áreas. En la medida en que el Estado en sí está organizado jerárquicamente, produce en general conocimientos geográficos de diferentes escalas espaciales (local, regional, nacional). La consecuencia es la fragmentación de los conocimientos geográficos que se mantienen en el aparato estatal, a pesar de preservar cierta actitud hegemónica (de objetividad y «factualidad») respecto a cómo se recopila, ana-

liza e interpreta la información. El Estado, mediante los mecanismos de planificación, instituye igualmente programas normativos para la producción de nuevas configuraciones geográficas, y al hacerlo se convierte en uno de los principales ámbitos para orquestar la producción de espacio, la definición de la territorialidad, la distribución geográfica de la población, la actividad económica, los servicios sociales, la riqueza y el bienestar. Mediante su influencia en la educación, el Estado puede producir activamente identidades nacionales y locales como medio para garantizar su poder. Cuando los geógrafos se sitúan dentro de estos marcos de producción de conocimiento geográfico se convierten, a veces sin reconocerlo, en agentes tácitos del poder estatal. Al mismo tiempo, los intereses de Estados particulares conducen a tipos específicos de conocimientos geográficos (produciendo «escuelas nacionales» de geografía identificables) relacionados, de manera interesante, con situaciones geográficas y geopolíticas. La «geografía oculta» de los conocimientos geográficos raramente se ha abordado, excepto de manera elíptica y ocasional.

El poder militar

Aunque lógicamente forma parte del aparato estatal, el poder militar merece categoría aparte, porque en este campo es más obvia la conexión entre los conocimientos geográficos privilegiados y el ansia de poder. A menudo el conocimiento geográfico se mantiene aquí en secreto. El acceso a él es una cuestión de seguridad nacional. Disponer de buenos mapas o de un buen sistema de información geográfica es crucial para alcanzar la superioridad militar, mientras que interpretarlos mal (como en el bombardeo de la embajada china en Belgrado en 1999) puede tener graves consecuencias. La relación entre los conocimientos geográficos y el ejército siempre ha sido extremadamente fuerte (se retrotrae a los romanos, si no antes). Las convenciones y las normas anexas a las necesidades militares afectan a la naturaleza del conocimiento geográfico producido. Las perspectivas de ingeniería, como la evaluación de las condiciones del terreno que afectan al movimiento de vehículos, tienden a ser prioritarias sobre la evaluación de las condiciones culturales de la población, por ejemplo. Sólo cuando se trata de diseñar programas de contrainsurgencia o de control de civiles encontramos normalmente una apelación a las interpretaciones antropológicas o de geografía humana.

Las instituciones supranacionales

Se han convertido cada vez más en fuentes importantes de nuevos conocimientos geográficos, en especial desde 1950. El Banco Mundial, el Programa de Nacio-

nes Unidas para el Desarrollo, la OIT, la OMS, la OMC, la UNESCO, la FAO y otras organizaciones similares forman un ámbito enorme y en rápido crecimiento para la producción de una variedad de conocimientos geográficos (a menudo especializados en temas tales como la salud, la agricultura, el trabajo y el medio ambiente mundiales). Las tradiciones de gobernabilidad iniciadas en el aparato estatal tienden a pervivir en estas instituciones, dando cierta objetividad e individualidad a las formas de los datos y a los marcos de análisis. La principal consecuencia es producir una información cualitativamente similar a la recopilada dentro del aparato estatal pero a escala supranacional y planetaria. Otras instituciones supranacionales como la Unión Europea y la OCDE adoptan una perspectiva menos planetaria, pero no obstante también sirven de ámbitos clave para la producción de conocimientos geográficos particulares a esa escala geográfica. Un vistazo rápido, por ejemplo, a los informes del Banco Mundial muestra que las estructuras del conocimiento geográfico dentro del banco han cambiado significativamente a lo largo del tiempo, a medida que arraigaban diferentes direcciones políticas (la información medioambiental es ahora mucho más destacada, mientras que el interés por la descentralización y las instituciones de la sociedad civil como vehículos para promover el desarrollo económico ha introducido una sensibilidad mucho mayor hacia las culturas y las condiciones geográficas locales en dichos informes). Esta observación se puede generalizar: los conocimientos geográficos producidos en escenarios institucionales pueden cambiar y cambian significativamente a lo largo del tiempo.

Las organizaciones no gubernamentales

En décadas recientes han proliferado las ONG, complicando la producción de conocimientos geográficos sobre la sociedad civil en general, en parte porque los objetivos de dichas organizaciones varían enormemente. Organizaciones como OXFAM o CARE incorporan enormes cantidades de conocimiento geográfico, al igual que grupos en pro de los derechos humanos como Amnistía Internacional, grupos ecologistas como World Wildlife Fund o Greenpeace, y la enorme gama de organizaciones dedicadas a temas específicos (violencia, la situación de mujeres y niños, educación, pobreza, salud, refugiados, etcétera). Aunque pueda parecer inadecuado en algunos aspectos, pienso que deberíamos incluir también en este apartado a la enorme gama de organizaciones religiosas (desde la Iglesia católica a los grupos islámicos, hindúes y protestantes), organizaciones comunitarias y étnicas (por ejemplo, diásporas de diferentes tipos), y partidos políticos. Todos ellos constituyen elementos de la sociedad civil que contribuyen a la gobernación, y todos ellos producen conocimientos geográficos de maneras determinadas (la Iglesia católica, por

ejemplo, no sólo fue precursora de las formas de administración territoriales en la Alta Edad Media, sino que también ha desarrollado desde entonces fuertes estrategias geopolíticas de proselitismo y control social). En la medida en que dichas organizaciones pretendan unirse al Estado o a organizaciones internacionales, deben obligatoriamente producir conocimientos geográficos que sean ampliamente compatibles con los mantenidos en estas instituciones más dominantes, simplemente con fines de discusión y negociación.

Los intereses empresariales y comerciales

Tienen sus propios modos de reunir y analizar el conocimiento geográfico para sus propios fines. El enorme negocio de la asesoría (a veces interna pero principalmente externa) funciona hoy con particular fuerza, ya que los intereses empresariales y comerciales piden la opinión de expertos en posibilidades de comercialización, preferencias de ubicación, disponibilidad de recursos (tanto naturales como humanos), restricciones medioambientales, seguridad de la inversión, clima empresarial, comodidades para el personal, y otros. Por lo mismo, tales instituciones producen una amplia gama de conocimientos geográficos sometidos a cierto estilo de análisis geográfico (desde el análisis de la propiedad inmobiliaria hasta información sobre investigación de mercados o la calificación de bonos estatales o pasando por el control remoto de campos de cultivo como ayuda especulativa en los mercados de futuros agrícolas).

Los sectores de los medios de comunicación, del ocio y del turismo

Estos sectores son una fuente prolífica de conocimientos geográficos. A este respecto, sin embargo, nos interesa principalmente la proyección de imágenes y representaciones a un público en general, y los efectos predominantes de esas imágenes y representaciones en la población sometida a ellas. El impacto es primordialmente estético y emotivo más que «objetivo». La selectividad anexa a la elección de imágenes es a menudo problemática. Las exigencias comerciales introducen un sesgo hacia lo inmediato, lo espectacular, lo estéticamente aceptable y el pensamiento asociativo (la sexualidad, la naturaleza y la autenticidad del producto, por ejemplo). Pero la variación de imágenes y representaciones dentro de los sectores de la comunicación, del ocio y del turismo es enorme, y forma un campo enormemente problemático pero influyente dentro del cual los conocimientos geográficos se modelan y remodelan de múltiples maneras. No es difícil ver de qué maneras se

proporciona una información errónea en este campo, ni tampoco que en él, sobre todo, desempeñan una función vital los principios geográficos que fomentan una capacidad amplia y popular de evaluación y juicio sobre la naturaleza de los conocimientos geográficos que se elaboran y presentan.

Instituciones educativas y de investigación

Generan mucha información geográfica específica de su disciplina. Economistas, sociólogos, antropólogos y especialistas en ciencias políticas producen y modifican información de contenido geográfico y a menudo adaptan ese contenido a los fines de su propia disciplina. Quienes trabajan en modelos de circulación general de la atmósfera, turbulencia en estuarios, biodiversidad, historia medioambiental, difusión de enfermedades, epidemiología, asistencia sanitaria, la interpretación de novelas, o la historia de la etnicidad o de las formas culturales necesitan recopilar conocimientos geográficos de un tipo específico, al que los geógrafos pueden apelar o contribuir. Los conocimientos geográficos se encuentran en todo el sistema educativo e investigador, resultando pertinente que dichos conocimientos se difundan ampliamente en lugar de circunscribirse a un marco disciplinario unificado. Esto se puede percibir en la disciplina de la Geografía bien como amenaza o bien como una maravillosa oportunidad para entablar un diálogo constructivo sobre el uso adecuado de conocimientos geográficos sensatos en muchas esferas de trabajo específicas.

Los conocimientos geográficos institucionalizados como los que he mencionado son especialmente importantes para la Geografía en cuanto disciplina académica. Pero hay tipos mucho más amplios y generales de conocimiento geográfico integrados en el lenguaje, los modos de vida locales, la simbiosis local alcanzada entre naturaleza, economía y cultura, las mitologías locales y las diversas prácticas y formas culturales, las prescripciones de sentido común y las tradiciones sociolingüísticas dinámicas. Abundan los conocimientos geográficos especializados (desde el conocimiento urbano del taxista hasta el conocimiento particular del ornitólogo aficionado o de los anticuarios locales). Los conocimientos locales, por ejemplo, equivalen con frecuencia a descripciones geográficas relativamente completas, aunque estructuradas desde una cierta perspectiva localista. Las identidades locales y regionales, por el contrario, se construyen (como el Estado-nación) en torno a la formación y la articulación de ciertos tipos de interpretaciones geográficas (a menudo fuertemente teñidas de sentimientos ecologistas). Los geógrafos (junto con los antropólogos) han prestado tradicionalmente mucha atención a estas «estructuras de sentimiento» y a estos modos de vida localizados y, al hacerlo, han ayudado con frecuencia a poner de manifiesto el conflicto entre los conocimientos instituciona-

lizados dirigidos a la gobernabilidad y los conocimientos localizados que guían las lealtades afectivas y las identidades socio-ambientales. Si presto poca atención aquí a estas formas tradicionales de conocimiento geográfico no se debe en absoluto a falta de respeto hacia ellas o hacia su importancia. Tradicionalmente han proporcionado, y siguen proporcionado, la espina dorsal del argumento a favor de una disciplina de una geografía (humana) auténticamente independiente. Pero insistir en estas perspectivas y conocimientos como base excluyente sobre la que ejercer el juicio geográfico es aislar la disciplina de sus potencialidades mucho más amplias.

¿Qué conclusiones se pueden sacar, entonces? Ante todo, me parece extraño que diversos análisis sobre la naturaleza de la geografía presten tan escasa atención crítica o reflexiva a las formas en que los diferentes conocimientos geográficos generados en una gama tan amplia de bases institucionales fluyen por nuestra propia estructura disciplinaria. Hace años que Foucault nos enseñó que el conocimiento/el poder/las instituciones se encierran en modos determinados de gubernamentalidad, pero pocos se han preocupado de dirigir ese foco a la disciplina de la Geografía. No han tenido en cuenta la otra observación clave de Foucault sobre la importancia de la disciplina, la vigilancia y el castigo para el funcionamiento de todas las instituciones (desde la cárcel y la fábrica hasta el Banco Mundial, la universidad e incluso disciplinas –el doble significado de esta palabra debería alertarnos sobre el problema– individuales). Hay excepciones a este comentario. La relación entre el conocimiento geográfico y el imperio ha sido un importante tema de investigación en años recientes, pero las relaciones con la construcción del Estado, el aparato militar, las operaciones secretas, las estrategias multinacionales e incluso instituciones que constituyen un blanco fácil, como el Banco Mundial y el World Wildlife Fund, se pasan en general por alto como tema de análisis crítico y de comentario, incluso a pesar de que algunos grupos de interés o determinados individuos dentro de la disciplina de la Geografía buscan ávidamente relacionarse con estas instituciones y a veces colaboran estrechamente con ellas.

Además, es interesante examinar la posibilidad de articular los conflictos como conflictos entre interpretaciones geográficas. Cuando, por ejemplo, Greenpeace ataca los proyectos de empresas multinacionales o del Banco Mundial, lo hace a menudo proporcionando descripciones geográficas totalmente distintas (resaltando las comunidades bióticas, las historias y las herencias culturales, los modos de vida específicos) a las especificaciones técnicas establecidas, pongamos, en los informes del Banco Mundial o de las empresas. De manera similar, cuando Oxfam criticó la política del Departamento de Estado estadounidense en Centroamérica en la década de 1980, lo hizo en parte describiendo una situación geográfica socio-ambiental muy distinta de las gruesas líneas geopolíticas ofrecidas por el Departamento de Estado. A menudo, se persuade políticamente al público mediante la educación geográfica.

Pero los estudios particulares sobre estos temas, por útiles que puedan ser, no surten efecto. Porque lo que tenemos que reconocer es que la Geografía en cuanto disciplina está situada en la confluencia de una amplia gama de discursos geográficos, elaborados en ámbitos institucionales muy diferentes, con normas de funcionamiento a menudo aparentemente incomparables (y algunos dirían que incomplicables). Buena parte de la confusión respecto a qué podría ser la Geografía en general descansa en las diferentes lealtades que los individuos o grupos que la practican pueden tener hacia las instituciones externas, sus culturas y sus modos de pensamiento dominantes (el aparato estatal, las ONG, la «comunidad científica», etcétera). La incapacidad para encontrar un lenguaje común mediante el cual comunicarse entre los innumerables subgrupos que normalmente comprenden un departamento de geografía (en el que las «dos culturas» de la ciencia y las humanidades forman una importante divisoria), se origina en parte en estas lealtades múltiples. De ahí, sospecho, la renuencia a contemplar la idea de que la geografía puede tener una «naturaleza», una «esencia» o una misión básica en cuanto disciplina, y la reducción de la mayor parte de la historiografía sobre la disciplina en años recientes a un relato de tendencias divergentes y diferentes escuelas de pensamiento (en el que la idea poco convincente de David Livingstone de mantener «conversaciones» continuadas es el tema unificador más intrépido avanzado hasta la fecha).

Deberíamos, creo, contemplar la confluencia de estos discursos divergentes dentro de la disciplina de la Geografía como una oportunidad y una ventaja, y no como una fuente de desconcierto y confusión. ¿Dónde podría ser más fácil afrontar directamente la existencia, por ejemplo, de las «dos culturas» de la ciencia y las humanidades, y en qué otro ámbito sería tan fácil no sólo establecer conversaciones significativas sino también explorar cómo traducir entre conocimientos aparentemente incompatibles o radicalmente divergentes, e incluso cómo integrarlos? No sostengo que sea un trabajo fácil, porque sería generar falsas ilusiones. Pero es una zona de trabajo interesante que por derecho propio vale la pena abordar, no en busca del santo grial de un campo unificado de la Geografía (con una «esencia» bien definida) sino como medio para explorar la manera de establecer unidades (principios y argumentos generales) sin violentar las diferencias que la dividen.

Además, la presencia extraordinariamente difusa de los conocimientos geográficos a través de las diferentes disciplinas y su dispersión por muchas instituciones importantes proporcionan una red ya dispuesta para la difusión de «sólidas» ideas geográficas, elaboradas dentro de la disciplina. En lugar de que la Geografía refracte débilmente los discursos institucionalizados (más o menos como sierva de instituciones dominantes o superiores, incluidas otras disciplinas de estudio a las que con demasiada facilidad nos sentimos inferiores), seguramente será posible imaginar la Geografía como una disciplina que envía a los estudiosos y a múltiples

ámbitos institucionales firmes impulsos innovadores basados en el trabajo colectivo que producen los geógrafos.

Esto nos deja una misión más clara. La geografía no sobrevivirá como disciplina, y tampoco pienso que debiera sobrevivir, a no ser que desarrolle sólidas ideas geográficas que expresen algunas de las unidades que encontramos en los discursos altamente diferenciados que convergen en nuestro marco disciplinario. Las ideas sólidas serán escuchadas y suscitarán respeto en otras partes. Y esas ideas sólidas deben nacer de la experiencia obtenida mediante el posicionamiento específico de nuestra disciplina como punto convergente de múltiples conocimientos geográficos. ¿Cómo podemos, entonces, reflexionar sobre los conocimientos geográficos que poseemos para identificar tales ideas sólidas? Además, en el esquema cósmico de las cosas, ¿serán tales ideas sólidas útiles y productivas para guiar los cambios socio-ecológicos, de manera que contribuyan a que los humanos se emancipen de las carencias, la necesidad, el sufrimiento y las diversas formas de alienación y represión que en la actualidad nos rodean? Éstas son las grandes preguntas a las que necesitamos encontrar respuesta.

Las estructuras de los conocimientos geográficos

Considérense ahora los componentes estructurales comunes de los conocimientos geográficos. Esto quizá no revele automáticamente las ideas sólidas, pero puede ayudar a identificar las unidades (si las hay) que subyacen a conocimientos geográficos enormemente diversos, y sugerir focos en torno a los cuales pueden agruparse las ideas sólidas. Sobresalen cuatro elementos estructurales.

Identificaciones cartográficas

La confección de mapas y la cartografía han constituido elementos fundamentales en la historia de la Geografía. Los mapas también han sido, y siguen siendo, creados y usados en una gama extraordinariamente amplia de ámbitos institucionales y disciplinarios y para diversos fines. En la era burguesa, por ejemplo, la preocupación por la precisión en la navegación y por la definición de los derechos territoriales (tanto privados como colectivos) hizo que la confección de mapas y la investigación catastral se convirtieran en herramientas básicas para conjugar el arte del geógrafo con el ejercicio del poder político y económico. El ejercicio del poder militar y la confección de mapas han ido de la mano. En la era imperialista, se sentaron las bases cartográficas para la imposición de las formas capitalistas de derechos territoriales en áreas del mundo (África, América, Australasia y buena parte de

Asia) que previamente habían carecido de ellos. Las definiciones cartográficas de soberanía (formación de Estados), ayudaron a la formación de Estados y al ejercicio de las competencias estatales. La cartografía sentó las bases jurídicas para los privilegios clasistas de propiedad de la tierra y el derecho a la apropiación de los frutos tanto de la naturaleza como del trabajo dentro de espacios bien definidos. También abrió la posibilidad de organizar «racionalmente» el espacio para la acumulación de capital, de dividir el espacio con fines de administración eficiente o con el objetivo de mejorar la salud y el bienestar de la población (el sueño de la Ilustración incorporado a la planificación racional del bienestar humano).

La cartografía trata de localizar, identificar y delimitar fenómenos y, por consiguiente, de situar acontecimientos, procesos y objetos dentro de un marco espacial coherente. Impone orden espacial a los fenómenos. En su manifestación contemporánea, depende fuertemente de la lógica cartesiana en la que se supone que la *res extensa* es muy distinta del ámbito de la mente y el pensamiento, y susceptible de una descripción plena dentro de un conjunto de coordenadas (una red o retícula). La innovación de mapas temáticos, sinópticos e icónicos amplió la gama de lo que se podía representar cartográficamente en aspectos importantes (los gráficos sinópticos en meteorología y climatología se convierten en herramientas de análisis básicas, por ejemplo). Se pueden encontrar operaciones cartográficas en todos los ámbitos de estudio, al mismo tiempo que son fundamentales para el trabajo de muchas instituciones (el Estado, el ejército, el sistema jurídico, etc.). A menudo ahora la información se almacena digitalmente y los SIG (sistemas de información geográfica) constituyen una poderosa herramienta de almacenamiento automatizado, análisis y presentación instantánea de datos e información en una forma espacial ordenada.

Hay, por supuesto, una extensa bibliografía sobre las limitaciones de las operaciones cartográficas y muchos materiales evaluativos sobre los usos y abusos de los mapas, los SIG, y similares. Su despliegue con fines propagandísticos es bien conocido, y su función como herramientas de gobernación, poder y dominación se ha retratado muy bien en diferentes escenarios (en especial, el de la administración imperial). La historia de la cartografía se está escribiendo también ahora desde una amplia perspectiva comparativa, revelando mucho sobre las diferencias culturales y temporales en la interpretación de la posición humana en el mundo. La evaluación y la historiografía de las formas cartográficas están muy avanzadas por los geógrafos, los historiadores, los antropólogos y una amplia gama de expertos en otras disciplinas.

La cartografía es, sencillamente, uno de los pilares estructurales de todas las formas de conocimiento geográfico. Dado su papel fundamental en la Geografía así como en otros escenarios institucionales, proporciona un punto de convergencia temática desde el cual derivar ideas «sólidas» sobre la función de los conocimientos geográficos.

Pero hay mucho más que decir respecto a este tema. La localización, el posicionamiento, la individualización, la identificación y la delimitación son operaciones que influyen de manera clave en la formación de subjetividades personales y políticas. El concepto que tenemos de nosotros mismos (tanto individual como colectivamente) está ampliamente definido por nuestra posición en la sociedad y en el mundo. Este posicionamiento se da con o sin un mapa formal del tipo generalmente aceptado. Hay mapas mentales o cognitivos (quizá incluso sistemas cartográficos completos) integrados en nuestra conciencia, los cuales no se prestan con facilidad a ser representados en una red o retícula cartesiana. Los mapas mentales de los niños, de los hombres y de las mujeres, de los dementes, de los seguidores de diferentes culturas o religiones, de las clases sociales o de toda la población, varían como es lógico enormemente. La intersección de procedimientos formales de creación de mapas con este sentido de quiénes somos y cómo podemos situarnos a nosotros mismos dista mucho de ser inocente. Las huellas de una nueva conciencia cartográfica son patentes en la poesía (por ejemplo Shakespeare y los denominados «poetas metafísicos» despliegan con gran eficacia el imaginario cartográfico) y en la literatura (incluso antes de que Daniel Defoe y otros autores concedieran a la exploración cartográfica un posición central en sus estructuras narrativas). El efecto de leer tal literatura es el de vernos a nosotros mismos en una posición diferente, dentro de un mapa del mundo distinto. La bibliografía sobre esta «conciencia cartográfica» de los mapas «mentales» y «cognitivos» está ahora creciendo a pasos agigantados, lo que sugiere un campo de investigación emergente que relaciona la temática de la geografía con buena parte de la teoría cultural y literaria (así como con la antropología y la psicología). Cómo se experimenta y se practica, por ejemplo, la vida urbana es algo muy relacionado con cómo formamos y reformamos los mapas mentales de la ciudad.

Claramente las dificultades de comunicación entre estas modalidades cartográficas diferentes son considerables, si imaginamos situar a un experto en técnicas de SIG junto a un crítico literario interesado por la conciencia geográfica desplegada por Beowulf o Rabelais. La cartografía en cuanto apoyo estructural básico de todas las formas de conocimiento geográfico se compone de muchos hilos entretreídos. Investigar sus intersecciones no sólo proporciona interesantes retos, sino también importantes claves sobre el modo en el que las subjetividades políticas, personales y psicológicas son sensibles a los esfuerzos cartográficos, y sobre cómo el cambio del mapa del mundo no sólo puede variar nuestro modo de pensar sobre éste sino también nuestros comportamientos sociales y nuestro sentido del bienestar (al igual que a menudo se ha dicho que la representación de la Tierra como una esfera vista desde el espacio exterior afecta a nuestra manera de pensar sobre los problemas del planeta e incluso sobre la propia globalización). En algunas de estas manifestacio-

nes, o en todas, la cartografía proporciona un pilar central para la totalidad de las formas de conocimiento geográfico, y como tal merece una extensa consideración.

La medida del espacio-tiempo

Tradicionalmente los mapas han adoptado la forma de representaciones espaciales bidimensionales. Descansan, por lo tanto, sobre una cierta concepción del espacio y sobre la capacidad para ordenar y localizar posiciones, objetos y acontecimientos en ese espacio a través de mediciones precisas. Las matemáticas de las proyecciones cartográficas (que representan una esfera en una superficie plana) tienen en sí una historia interesante. Primeramente se idearon en este contexto nuevas formas de geometría (Gauss inventó una geometría esférica mientras realizaba una investigación cartográfica en Hanover, proporcionando casualmente el primer cálculo fundamentado de la circunferencia de la Tierra).

Las formas de representar, entender y modelar el espacio aparecen como un elemento común de todas las formas de conocimiento geográfico. También a este respecto encontramos un elemento común, una unidad, dentro de la cual existe todo un mundo de diferencia. ¿Cómo conceptúan, interpretan y representan el espacio los diferentes conocimientos geográficos que convergen en nosotros?

Muchos geógrafos afirman ahora que el «espacio» es el concepto fundamental, privilegiado e incluso definitorio de su disciplina. Esta afirmación me parece exagerada y potencialmente engañosa. La mayoría de las ciencias físicas (la física y la cosmología en particular) y de ingeniería tienen una larga historia de tratamiento del concepto de espacio (y de espacio-tiempo) y éste ha sido igualmente objeto de reflexión extensa en la filosofía, la literatura, la antropología y muchas de las ciencias sociales. Por lo tanto, si bien el concepto de espacio puede ser fundamental en la disciplina de la Geografía, se recibe en parte, como la cartografía, a modo de vectores de múltiples discursos sobre el espacio, muchos de los cuales manan de otra parte, a pesar de converger en la disciplina. Decir esto no implica que no haya nada nuevo que descubrir o pensar sobre el espacio (o el espacio-tiempo) dentro de la Geografía, o que no haya una tradición autóctona a la que podamos apelar. De hecho, la convergencia reciente de múltiples discursos sobre el espacio y el espacio-tiempo dentro de la Geografía la convierte en un punto clave a partir del cual han surgido ideas «sólidas». A este respecto, está claro que la disciplina hace algo más que simplemente refractar y reflejar lo que ha obtenido de manera derivada de otras partes.

En la medida en la que el tiempo, el espacio y la materia (o el proceso) son categorías ontológicas fundamentales para nuestra comprensión del mundo, la Geografía interioriza dentro de sí la misma problemática que otras disciplinas. Se plan-

tean cuestiones sobre las concepciones absolutas, relativas y relacionales del espacio (y del tiempo), al igual que la cuestión de si el tiempo puede o no separarse significativamente del espacio. En mi opinión, el «espacio-tiempo» o la «espacio-temporalidad» es la categoría pertinente. Esto implica bastante adecuadamente que «toda la geografía es geografía histórica», con independencia de dónde se busque. La importancia de esta concepción dinámica del ordenamiento espacial y de la forma espacial quedará clara en breve. Sin ella, los conocimientos geográficos tienden a convertirse en estructuras de pensamiento e interpretación muertas e inamovibles, cuando su manifestación más interesante surge invariablemente de observarlas (o incluso ponerlas) en movimiento.

Las estructuras espaciales pueden, desde luego, desglosarse en nodos, redes, superficies y flujos, y es posible apelar a los poderes de las representaciones geométricas como medios eficaces de modelar esas estructuras. La colaboración que desde hace tiempo mantiene Chorley y Haggett entre las ciencias sociales y las ciencias físicas ilustra la fuerza del pensamiento analógico con respecto a las formas espaciales. Y sigue existiendo una enorme cantidad de problemas comunes (tanto técnicos como representativos) interesantes. Por ejemplo, la cuestión de integrar una interpretación de procesos que operan en escalas muy diferentes (tanto temporales como espaciales) es un dilema frecuente en la investigación en muchas áreas. La cuestión de cómo interpretar la escala es tan importante para crear modelos sobre cambio climático y análisis ecológico como para interpretar la economía política del desarrollo geográfico desigual. El elemento común en este problema es llamativo, y sorprende encontrar tan poco trabajo de colaboración respecto a cómo manejarlo.

Armados con la caja de herramientas adecuada, podemos establecer marcos descriptivos comunes y procedimientos de creación de modelos para observar todo tipo de flujos en el espacio, ya sean de mercancías, bienes, ideas, energía, o *inputs* ecológicos. La difusión de formas culturales, enfermedades, biotas, ideas, hábitos de consumo, modas; las redes de comunicaciones, transferencias de energía, flujos hidrológicos, relaciones sociales, contactos académicos; los nodos de poder centralizado, de sistemas urbanos, de innovación y de toma de decisiones; las superficies de temperatura, el potencial de evapotranspiración, de población y potencial de renta; todos estos elementos de estructura espacial se convierten en parte integrante de nuestra comprensión de cómo se distribuyen los fenómenos y cómo funcionan los procesos a través del espacio y a lo largo del tiempo.

Pero en todo ello se da una tendencia a interpretar que los procesos (no importa que sean físicos, ecológicos, sociales o político-económicos) se verifican dentro de un marco espacial fijo (espacio absoluto). Es igualmente importante considerar el propio marco espacial como algo maleable y variable (relativo y relacional), un campo de ordenamiento espacial activamente producido que cambia a veces de mane-

ra rápida y a veces muy lenta a lo largo del tiempo. El espacio debe considerarse dinámico y en movimiento, un momento activo (no un marco pasivo) en la constitución de la vida física, ecológica, social y político-económica.

El espacio, como la cartografía, es tanto un constructo mental como material. Esto no sólo en el sentido de que los sistemas de medición y los constructos matemáticos (geometría y cálculo) que se usan para representar la especialidad son producto del pensamiento humano. El imaginario espacial y temporal, la construcción de mundos alternativos posibles (por usar la famosa formulación de Leibniz) y las percepciones del espacio y del tiempo que recorren la conciencia y que se presentan en obras de arte, poesía, novelas, películas y formas multimedia, todos ellos proporcionan una enorme gama de significados metafóricos con los que es posible explorar conectividades y analogías ocultas. Los denominados espacio y tiempo «mentales» o «imaginarios» son terrenos ricos en los que trabajar para entender las subjetividades personales y políticas, y sus consecuencias cuando se materializan en forma de acción humana en el espacio y en el tiempo.

Los intentos de abordar estos aspectos dinámicos de la espacialidad —en general bajo la rúbrica de la «construcción social» o la «producción» de espacio— son ahora legión. Toda la historia de la acumulación de capital que, como hace tiempo observó Marx, ha integrado en sí una tendencia histórica al aniquilamiento del espacio mediante el tiempo, señala un proceso evolutivo en el que la metrología y las medidas pertinentes del espacio y del tiempo han cambiado significativamente. La aceleración del tiempo de rotación y las reducciones de la fricción de la distancia han supuesto que ahora la espaciotemporalidad deba comprenderse de manera completamente distinta a como operaba, por ejemplo, en la Grecia clásica, la China de la dinastía Ming o la Europa medieval. Cualquier búsqueda de alternativa a la globalización neoliberal debe buscar un tipo distinto de espaciotemporalidad.

También aquí encontramos un campo que exige reflexión general tanto dentro como fuera de la disciplina de la Geografía. Es éste un campo de trabajo geográfico específico en el que se generan ideas «sólidas», aunque se difundan relativamente mal a muchas otras disciplinas y a una variedad de ámbitos institucionales de producción de conocimiento.

Lugar/región/territorio

La «región» es posiblemente el concepto geográfico más atrincherado. Dentro de la disciplina ha resultado ser el menos flexible, principalmente por su función central en las definiciones esencialistas del tema, que se basan exclusivamente en el estudio de la corología o de la diferenciación regional. Términos como «localidad»,

«territorio» y sobre todo «lugar» han sustituido a menudo al de «región» en los discursos geográficos, tanto dentro como fuera de la disciplina. Las extensas bibliografías sobre «lo local y lo planetario», sobre «desterritorialización y reterritorialización», y sobre el significado cambiante del término «lugar» bajo condiciones de hipermovilidad por el espacio, atestiguan la energía del tema y la diversidad de aparatos conceptuales con la que se enfoca.

La idea fundamental es que hay un espacio contiguo que posee el carácter de una «entidad» definida por cualidades especiales. A veces los límites están claramente demarcados (como ocurre en los territorios administrativos), pero en otros casos se mantienen ambiguos o incluso se dejan sin considerar (muchas ideas de «lugar» no abordan en absoluto la actividad de delimitar dónde empieza y termina un lugar). A veces la región se define en función de cualidades homogéneas (por ejemplo, uso de la tierra, composición de los suelos, formas geológicas) y a veces en función de relaciones coherentes entre elementos diversos (por ejemplo, regiones funcionales urbanas). A veces la región se define desde una perspectiva completamente materialista (cualidades físicas del terreno, régimen climatológico, entornos construidos, límites tangibles), pero otras depende de ideas, lealtades, un sentimiento de pertenencia, estructuras de sentimiento, modos de vida, recuerdos e historia, comunidad imaginada y similares. En ambos casos es importante reconocer que las regiones se «hacen» o «construyen» tanto en la imaginación como de forma material, y que aun siendo como entidades, las regiones cristalizan como forma distintiva de una mezcla de procesos materiales, sociales y mentales. Los enfoques de lugar/regionalidad/territorio son enormemente diversos, con independencia de dónde se encuentren.

El problema de la escala también entra en liza, exteriorizando a menudo una jerarquía de clasificaciones que empieza con el vecindario, la localidad y el lugar y continúa con la región, el territorio, el Estado-nación y el planeta. La región se convierte, por lo tanto, en territorialización en una determinada escala geográfica. La escala no es un problema específico del aspecto social del tema. La delimitación de los ecosistemas, su integración en sistemas de orden mayor (jerarquías de sistemas) y los modos en que procesos importantes en una escala ceden su lugar a otros en otra, hacen que toda la cuestión de la definición territorial «apropiada» sea tan crucial dentro de la investigación ecológica como en otros ámbitos.

Sea cual sea el procedimiento o la metodología, en cuanto el espacio continuo se divide en regiones distintivas de cualquier tipo, las imágenes que nos formamos de la información geográfica y las operaciones que se nos permite realizar sobre la misma se multiplican enormemente. Los estudios comparativos sobre la diferenciación geográfica y el desarrollo geográfico desigual se vuelven mucho más factibles.

Además, como las poblaciones humanas se organizan con frecuencia territorialmente, la regionalidad se convierte en un elemento tan fundamental para la forma-

ción de conciencia e identidad y para la subjetividad política como la imaginación cartográfica y la percepción del espacio-tiempo. Aparte de los casos obvios de formación de los Estados-nación y de los movimientos a favor de la autonomía regional (muy destacados en años recientes a pesar de las fuerzas de la globalización, o quizá debido a ellas), los procesos generales de articulación política que surgen por doquier, desde la potenciación de la comunidad a la política de «no en mi patio trasero», transforman el mundo en complejas diferenciaciones regionales, relaciones interregionales y rivalidades.

Las luchas geopolíticas entre territorios y regiones han sido, por lo tanto, de considerable importancia en las interpretaciones geográficas. La división del mundo en esferas de influencia específicas por parte de las principales potencias capitalistas a finales del siglo XIX, por ejemplo, suscitó serios problemas geopolíticos. La lucha por controlar el acceso a las materias primas, al suministro de mano de obra y a los mercados fue una lucha por el control del territorio. Geógrafos como Friedrich Ratzel y sir Halford Mackinder afrontaron directamente la cuestión del ordenamiento político del espacio y sus consecuencias, pero lo hicieron desde el punto de vista de la supervivencia, el control y el dominio. Pretendían definir estrategias geográficas útiles en el contexto de las luchas políticas, económicas y geográficas entre las principales potencias capitalistas, o contra los pueblos que se resistían a las incursiones del imperio o de la dominación neocolonial. Esta línea de trabajo alcanzó su nadir con Karl Haushofer, el geopolítico alemán, que respaldó activamente y ayudó a dar forma a las pretensiones expansionistas nazis. Pero el pensamiento geopolítico sigue siendo fundamental en la era contemporánea, en especial en los pentágonos de poder militar y entre quienes se dedican a la política exterior. Por la fuerza de las circunstancias históricas, todos los movimientos de liberación nacional deben definirse también geopolíticamente si quieren tener éxito, convirtiendo la geografía de la liberación en luchas geopolíticas.

Pero no son sólo las interacciones entre entidades geográficas las que hay que tratar de manera dinámica. Los procesos de formación de regiones fluyen perpetuamente a medida que los procesos sociales y naturales reconfiguran la superficie de la Tierra y sus cualidades espacialmente distribuidas. Nuevas regiones urbanas se forman rápidamente a medida que el crecimiento urbano se acelera, el cambio climático modifica las condiciones bióticas, los regímenes hidrológicos, etcétera. Las poblaciones cambian sus percepciones y sus lealtades, reinventan tradiciones y declaran nuevas formaciones regionales o transforman radicalmente los antiguos atributos cualitativos. Al igual que sucede con el espacio-tiempo y la imaginación cartográfica, las dinámicas del proceso son con mucho las más interesantes.

La regionalidad, la dinámica del lugar y del espacio, la relación entre lo local y lo planetario fluyen, convirtiendo el desarrollo geográfico desigual de las condicio-

nes físicas, bióticas, sociales, culturales y político-económicas del planeta en el pilar clave de todas las formas de conocimiento geográfico.

Las cualidades medioambientales y la relación con la naturaleza

Todas las sociedades desarrollan medios para evaluar, apreciar, representar y vivir dentro del entorno (tanto natural como de construcción humana, teniendo en cuenta que las distinciones entre esos dos aspectos son decididamente porosas, si no cada vez más insignificantes) que las rodea. Los conocimientos locales referentes a los usos de diversos procesos y objetos, la apreciación de las cualidades de la fauna y la flora locales (conocimientos indígenas de los recursos), de las cambiantes condiciones meteorológicas y climáticas, de los tipos de suelo, de los riesgos naturales, la construcción de significados simbólicos y el desarrollo de capacidades para representar y «leer» el paisaje y sus signos adecuadamente; estos conocimientos han sido fundamentales para la supervivencia humana desde tiempos inmemoriales. La naturaleza de tales conocimientos varía enormemente, dependiendo de las tecnologías, las formas sociales, las creencias y las prácticas culturales, todas las cuales constituyen ejemplos de cierta visión de la relación de la vida humana con la vida y la naturaleza en general.

La cuestión de cómo entienden y cómo deberían entender las gentes la relación con el entorno y la naturaleza forma el cuarto pilar de todas las formas de conocimiento geográfico. Pero, como sucede con los demás apoyos estructurales, el tema no es específico de la Geografía, sino que tiene una amplia presencia en todo tipo de ámbitos institucionales. La interpretación que se le ha dado en el seno de la Geografía ha estado fuertemente influida por estas necesidades institucionales externas.

En la era burguesa, por ejemplo, la creación del mercado mundial supuso «la exploración de la Tierra en todas direcciones» para descubrir las «nuevas cualidades útiles de las cosas» y la promoción del «intercambio universal de los productos de todos los climas y territorios ajenos» (Marx, 1973, p. 409). El mundo se entendió, en consecuencia, como un conjunto espacialmente diversificado de recursos «naturales» que esperan ser descubiertos, explotados y transformados en sistemas de producción de diversos tipos. La geografía comercial reflejaba esta tendencia. Trabajando en la tradición de la filosofía natural pero con las empresas comerciales omnipresentes como telón de fondo de su obra, geógrafos como Alexander von Humboldt se dispusieron a dar una descripción sistemática de la superficie terrestre como depositaria de valores de uso, como el campo dinámico dentro del cual se daban los procesos naturales que podían aprovecharse para la acción humana. La descripción precisa de entornos físicos y bióticos, de regímenes climáticos, edafo-

lógicos e hidrológicos, de complejos de recursos y posibilidades, en gran medida con fines utilitarios, ha sido un elemento central del esfuerzo geográfico desde entonces. Este tipo de geografía siempre ha sido profundamente materialista, pero a menudo de manera insensata y ahistórica.

Una observación atenta de las variaciones geográficas del estilo de vida, de las formas de economía y de la reproducción social también ha formado parte de la práctica del geógrafo desde que el capitalismo mercantil empezó a considerar dicho conocimiento esencial para sus prácticas. Esta tradición degeneró (particularmente en la geografía comercial de finales del siglo XIX) en la mera recopilación de «recursos humanos» abiertos a una explotación rentable mediante el intercambio desigual o forzoso, la imposición de sistemas de trabajo asalariados, la redistribución de la oferta de mano de obra mediante la migración forzosa (por ejemplo, el trabajo de aprendizaje), y la manipulación sutil de las economías y de las estructuras de poder autóctonas para extraer excedentes. Los conocimientos geográficos se vieron profundamente afectados por las prácticas imperiales y coloniales, unidas a la exploración de las oportunidades comerciales y de los mercados. La objetificación y la explotación de la naturaleza bajo el capitalismo fueron unidas a la objetificación y la explotación de los pueblos. Muchas formas de conocimiento geográfico fueron cómplices de esa política.

La dialéctica del cambio socio-ambiental puede, sin embargo, experimentar muchos cambios y entenderse desde una variedad de perspectivas. La larga historia del determinismo medioambiental, una doctrina que periódicamente retorna bajo una variedad de formas (como por ejemplo en la obra reciente de economistas como Jeffrey Sachs y una amplia gama de autores populares como David Landes y Jared Diamond), proporciona un ángulo de pensamiento que se enfrenta al humanismo triunfalista que subyace en las denominadas doctrinas «posibilistas» del desarrollo económico y el cambio. La resurrección de los discursos ambientalistas, incluso dentro de los confines de una gran institución como el Banco Mundial (en el que la cuestión de si «la geografía es destino» se ha debatido seriamente en años recientes) plantea interesantes retos, ya que es un estilo de pensamiento hace tiempo suprimido o abandonado dentro de la Geografía como disciplina. No haría falta mucho para resucitar el argumento e invocar como prueba en el debate la experiencia histórica de la Geografía al respecto.

La postura más favorecida dentro de la Geografía atañe a las influencias antropogénicas en «el cambio de la faz de la Tierra» (por usar uno de los títulos preferidos), reconociendo la extensa influencia del asentamiento y la acción de los humanos en todos los aspectos, desde la morfología del paisaje y la transformación del hábitat hasta el cambio climático. En lugar de ver a la humanidad como un mero «objeto» de las fuerzas evolutivas, se ha tendido a considerarnos «sujetos» que

transformamos activamente los entornos en los que vivimos, con todo tipo de consecuencias esperadas e inesperadas (para nosotros así como para el entorno biótico y el físico).

Deberíamos disponernos a meditar sobre este tema de modo mucho más dialéctico, considerando arbitraria la distinción sujeto-objeto, y entendiendo que al cambiar el mundo nos cambiamos a nosotros mismos, y que no podemos cambiarlos o cambiar nuestra sociedad sin transformar nuestra condición medioambiental, a veces de manera drástica y radical. Los proyectos sociales y políticos siempre son ecológicos y medioambientales. La fluidez de esa idea está restringida, sin embargo, por las formas en las que cristalizan rasgos relativamente permanentes que sirven de barreras a nuevos cambios. El capitalismo, por ejemplo, crea en cierto momento de la historia un entorno físico y social relativamente fijo y adaptado a sus necesidades, sólo para tener que afrontar la dura tarea de eliminar esas condiciones medioambientales (por ejemplo los patrones de extracción de recursos, las redes de transporte y la forma de las ciudades) en un momento posterior para dar espacio a una nueva acumulación de capital. Por el contrario, las transformaciones medioambientales (ya se llegue a ellas mediante la acción humana o se produzcan debido a las fuerzas dinámicas que siempre están en funcionamiento dentro del entorno en general) limitan las transformaciones socioeconómicas (por ejemplo, las centrales nucleares, una vez construidas, exigen cierto tipo de ciencia y organización para ser gestionadas a lo largo del horizonte temporal de su existencia, de la misma forma que los riesgos medioambientales exigen enormes formas organizativas para evitar sus consecuencias destructivas).

La cuestión medioambiental (al igual que la del espacio y la de la región) adquiere mucho más interés cuando se reconoce como proceso dinámico y se trata como un problema dialéctico y no puramente analítico. Los geógrafos ya han contribuido mucho a un asunto que impregna el pensamiento y las prácticas en una amplia gama de escenarios institucionales distintos.

La geografía entre las disciplinas

Los cuatro elementos estructurales que se encuentran en todas las formas de conocimiento geográfico componen apoyos estructurales para un campo de actividad metodológicamente unificado que se llama «Geografía». Se pueden plantear diversos argumentos respecto al posicionamiento de este campo dentro de las disciplinas.

El trabajo en este campo no se limita a la disciplina de la Geografía. Un especialista en teoría literaria que estudie, pongamos, las obras de Wordsworth, podría examinar su poesía sobre un fondo cartográfico de la divisoria ciudad-campo, podría

prestar una atención pormenorizada a las conceptualizaciones del espacio y del tiempo que simbolizan un modo distintivo de vida, de pensamiento y de subjetividad personal, podría observar de cerca las cualidades medioambientales y el retrato de la relación con la naturaleza y, por último, podría examinar de qué modo la poesía ayudó a producir la idea de «los Lagos» como región específica elidida en la creación de un sector turístico (basado en los escritos de la «Guía de Viajes» de Wordsworth) que a su vez ayudó a producir una regionalidad específica en esa área.

Es posible imaginar a los paleoecólogos, los geomorfólogos, los sedimentólogos, los geógrafos económicos, los historiadores culturales y los sociólogos rurales dando pasos similares en el diseño de su investigación. «Pensar como un geógrafo» supone, pues, entender, en cada una de estas operaciones, cómo se pueden utilizar y entretrejer los cuatro pilares estructurales de los conocimientos geográficos en ejemplos y escenarios específicos para producir conocimientos que profundicen en las condiciones y en los procesos de cambio socioecológicos. Hay profundas similitudes y elementos comunes en cómo se estructuran conocimientos geográficos aparentemente dispares, y seguramente vale la pena examinar con más cuidado cómo funciona dicha estructura.

Pero lo que dicho examen precisa es un modo de «pensar como geógrafo» profundamente distinto de algunos de los intereses tradicionales manifestados dentro de la Geografía como disciplina, ya que el problema de ésta ha sido su búsqueda de una «esencia» y de una «naturaleza» exclusivamente definidas que la aparten claramente de todas las demás disciplinas de las ciencias sociales y naturales. Dando por sentadas definiciones esencialistas de otras materias como la biología y la economía, lo mejor que la Geografía puede hacer es reivindicar una categoría «híbrida», para mantenerse como un modelo de síntesis de orden más elevado (una esperanza que parece fútil) o apartarse y caer en reivindicaciones «excepcionalistas». Éstas se pueden basar en las peculiaridades de pensamiento que derivan de la contemplación profunda de regiones y relaciones espaciales, prestando especial atención a la aparente resistencia de la información geográfica a la teoría general (*ergo* la idea de que las leyes generales y las declaraciones universales son imposibles en geografía).

Pero hay un modo de pensamiento completamente distinto, que evita las definiciones y los significados esencialistas y que parece mucho más adecuado para nuestras actuales circunstancias. El razonamiento analógico busca conexiones e interrelaciones, propone metáforas y unidades subyacentes dentro de fenómenos aparentemente dispares, busca analogías que iluminen los fenómenos en un área mediante el examen de otra. Sobre todo, busca traducciones entre diferentes modos de pensamiento (que a menudo emanan de instituciones muy distintas). Es profundamente abierto y evita todas las guerras territoriales y las exclusiones que tipifican un mundo dominado por categorías esencialistas y puristas. El momento en la historia de

la geografía que fue especialmente fértil a este respecto fue el dirigido por la colaboración de R. Chorley y P. Haggett para producir obras colectivas como *Models in Geography*. En el fondo de esa empresa radica la razón analógica opuesta a las definiciones esencialistas antes buscadas, por ejemplo, por Hartshorne en *The Nature of Geography*. Lo impresionante de la actual situación es la incidencia generalizada de la razón analógica. Los temas espaciales, por ejemplo, impregnan la teoría literaria y social. Por supuesto, hay todo tipo de peligros vinculados al uso más descontrolado de analogías, metáforas y traducciones. Las analogías orgánicas del Estado-nación en la obra de Ratzel conectaban con el expansionismo nazi entendido como una lucha cuasidarwiniana por el «espacio vital» para la nación. Algunas de las metáforas espaciales y cartográficas desplegadas hoy en la teoría literaria son desenfrenadamente inadecuadas. Parte de nuestra tarea especializada es situar tales transferencias de pensamiento y sentimiento en terreno razonablemente sólido.

Sin embargo ahora parece el momento en el que los geógrafos están fenomenalmente situados para constituirse en una fuerza rectora fundamental dentro de las redes de conocimiento que se están creando mediante el llamamiento generalizado a la razón analógica en todas las esferas de actividad académica. Mas para que los geógrafos aprovechen este posicionamiento, es necesario que abandonen actitudes esencialistas (cuyos efectos negativos se observan con demasiada claridad en otras esferas de conocimiento como el multiculturalismo, los nacionalismos o los estudios de género). No hay, insisto, una «naturaleza» de la Geografía que se deba encontrar. La búsqueda de dicha esencia está profundamente equivocada o es incluso contraproducente (en especial cuando los individuos o grupos piensan que la han encontrado). Pero el «pensar como geógrafo» está en todas partes. Aprender a pensar «con sensatez» y «adecuadamente» como geógrafo es un atributo profundamente importante del mundo actual. Aquí es donde debe funcionar el campo metodológico unificado de la geografía. Como el ejemplo del cosmopolitismo de Kant y su lóbrega tradición muestran fácilmente, no aprender «a pensar adecuadamente como geógrafo», a entretrejer los cuatro pilares estructurales de los conocimientos geográficos en un sistema de sabiduría geográfica, tiene efectos negativos duraderos sobre las perspectivas colectivas de cambio socio-ecológico emancipador.

Los proyectos políticos

Hasta el científico más objetivista y de aspecto más neutral reconocerá que el contexto amplio de la actividad científica y del aprendizaje está más relacionado con la emancipación humana de las carencias y las necesidades; y que la mejora del entendimiento humano es una condición necesaria para mejorar la sociedad (ya sea

de manera material o inmaterial). La reivindicación de objetividad y neutralidad siempre es una reivindicación circunscrita (perteneciente a ciertos aspectos limitados y cuidadosamente definidos de la empresa general del aprendizaje).

La supuesta neutralidad de los conocimientos geográficos ha demostrado en el mejor de los casos ser una ficción engañosa, y en el peor un completo fraude. Los conocimientos geográficos siempre tienen un fuerte contenido ideológico interiorizado. En sus formas científicas (y predominantemente positivistas), los fenómenos naturales y sociales se presentan objetivamente como cosas, sujetas a manipulación, gestión y explotación por parte de las fuerzas dominantes del capital y del Estado. En sus encarnaciones más artísticas, humanistas y estéticas, los conocimientos geográficos proyectan y articulan esperanzas y temores individuales y colectivos, al tiempo que se proponen representar las condiciones materiales y las relaciones sociales con la veracidad histórica que merecen. Aunque aspira a la interpretación universal de la diversidad de la vida sobre la Tierra, la Geografía ha cultivado a menudo perspectivas localistas y etnocéntricas de esa diversidad. Con frecuencia ha estado, y sigue estando, cautiva de intereses especiales y, por lo tanto, ha constituido un arma formidable, aunque a menudo encubierta, en la lucha política y social. Ha sido un vehículo activo para la transmisión de doctrinas de superioridad racial, cultural, sexual o nacional. La retórica de la Guerra Fría, los temores al «orientalismo» o a cualquier «otro» demoníaco que amenaza el orden existente han sido generalizados y persuasivos en relación con la acción política. La información geográfica se puede presentar de tal modo que aproveche los temores y alimente la hostilidad (el abuso de la cartografía merece especial atención a este respecto). Las «realidades» que la geografía presentaba como «realidades de la naturaleza» se han usado para justificar el imperialismo, el neocolonialismo, el expansionismo y las estrategias de dominio geopolítico.

Muchas formas de conocimiento geográfico se han contaminado por su relación con los fines instrumentales para los que fueron diseñadas y los marcos institucionales ante los que tenían que rendir responsabilidades. Pero esto no quiere decir que sean inútiles o carentes de importancia, ni que estén demasiado contaminadas como para acercarse a ellas (no en mayor medida que podríamos rechazar los usos de tecnologías específicas porque fueron inventadas con propósitos de dominio militar y destrucción). El problema, tanto dentro como fuera de la Geografía, es tomar estas formas de conocimiento variadas, apreciar las circunstancias de su origen, evaluarlas por lo que son y, en lo posible, transformarlas o traducirlas (con la ayuda de la razón analógica) a códigos diferentes, en los que pudieran desempeñar funciones muy distintas.

Los conocimientos geográficos se pueden movilizar con fines humanistas. Las preocupaciones por el uso inadecuado de los recursos naturales y humanos, las degradaciones medioambientales y las distribuciones espaciales ineficaces o injustas

(de población, industria, servicios de transporte, complejos ecológicos, y demás) han llevado a muchos a considerar la cuestión de las configuraciones «racionales» de las distribuciones y de las formas geográficas. Este aspecto de la práctica geográfica, que emergió con las primeras investigaciones geológicas, edafológicas y de uso del territorio, ha aumentado notablemente en los pasados cincuenta años, a medida que el Estado se veía obligado a intervenir de manera más activa en los asuntos humanos. Incluso el Estado neoliberal ha mantenido dichas prácticas, aunque a menudo con diferentes fines en perspectiva. El conocimiento positivo de las distribuciones reales (la recopilación, la codificación y la presentación de información) y las teorías normativas de localización y optimización han resultado útiles en la gestión medioambiental y en el planeamiento urbano y regional. Estas técnicas suponían la aceptación de una definición de racionalidad específicamente capitalista, conectada con la acumulación de capital y el control social. Pero dicho modo de pensamiento también ha abierto la posibilidad de planificar la utilización eficiente de los entornos y del espacio de acuerdo con definiciones de racionalidad alternativas y múltiples.

Los conocimientos geográficos poseen una *potencialidad* no realizada de expresar esperanzas y aspiraciones además de temores, de buscar interpretaciones universales basadas en el respeto y el interés mutuos, y de articular bases más firmes para la cooperación humana en un mundo marcado por fuertes diferencias geográficas. La construcción de conocimientos geográficos con un espíritu de libertad y respeto por los demás como, por ejemplo, en la destacable obra de Reclus, abre la posibilidad de crear formas alternativas de práctica geográfica, vinculadas a los principios de respeto y ventaja mutuos y no a la política de la explotación. Los conocimientos geográficos pueden convertirse en vehículos para expresar visiones utópicas y planes prácticos para la creación de geografías alternativas. Pueden infundir en los proyectos cosmopolitas, basados en ideas de justicia, tolerancia y razón, interpretaciones geográficas que no nieguen automáticamente dichas afirmaciones universales valiosas. Pueden servir de vehículo para articular las aspiraciones legítimas y con frecuencia opuestas de poblaciones diversas, y de esa manera integrarse en políticas alternativas, ya sea mediante ONG, partidos políticos o movimientos sociales. Pueden proporcionar medios eficaces de movilizar el conocimiento del mundo para esos fines emancipadores a los que tradicionalmente ha aspirado todo aprendizaje y toda la ciencia.

Los conocimientos geográficos ocupan una posición central en todas las formas de acción y lucha política. Su fuerza aumenta por el hecho de ser considerados tan obvios y banales como para ser indignos de consideración explícita, y mucho menos de una atención cuidadosa. El error contrario a la ignorancia geográfica de la que Nussbaum, por ejemplo, se queja es insistir en que deberíamos saberlo todo

sobre todas partes, que cada uno de nosotros puede convertirse en un diccionario geográfico ambulante. Esa imposibilidad conduce rápidamente a la conclusión de que no hay más solución al problema que la que ya existe. Pero una geografía crítica busca una senda alternativa. Busca los principios y los mecanismos de la producción de conocimiento geográfico, y se esfuerza por entender cómo se constituyen los conocimientos geográficos y cómo se utilizan en la acción política. Usa esta comprensión para preguntar cómo y cuándo se despliegan diferentes formas de conocimiento geográfico y en qué tipo de acción política. Reconoce, en resumen, las conexiones dinámicas entre los poderes políticos y los conocimientos geográficos de diferentes tipos. Al entender que a menudo hay algo maligno en los detalles geográficos, ofrece un mejor medio para contrarrestar a los poderes dominantes (del modo que Greenpeace, por ejemplo, se enfrenta al Banco Mundial ofreciendo una interpretación geográfica completamente distinta de lo que significa, pongamos, la inserción de una gran presa en un entorno determinado). Pero aparte de eso, una geografía crítica también reconoce que la política emancipadora depende crucialmente de la capacidad para articular en la teoría y en la práctica alternativas geográficas. La Geografía tal y como la conocemos fue el hijo bastardo del pensamiento ilustrado. Se mantuvo oculta o, como en el caso de Kant, se convirtió en el lado oscuro de lo que supuestamente debía ser la Ilustración. Es hora de sacarla activamente a la luz del día, legitimarla y volver a captar sus posibilidades emancipadoras. Ésa es, seguramente, la más sólida de las «ideas sólidas» que la geografía crítica puede articular en este momento difícil de nuestra historia.

SEGUNDA PARTE

La producción capitalista de espacio

De la gestión al empresarialismo: la transformación de la gobernanza urbana en el capitalismo tardío*

Un elemento central de mi interés académico en estas dos décadas ha sido descubrir la importancia de la urbanización en el cambio social, especialmente bajo condiciones de acumulación y relaciones sociales capitalistas (Harvey, 1973; 1982; 1985a; 1985b; 1989a). Este proyecto ha necesitado una investigación más profunda sobre la manera en que el capitalismo produce una geografía histórica específica. Cuando el paisaje físico y social de la urbanización se modela de acuerdo con criterios específicamente capitalistas, se ponen restricciones a futuras sendas de desarrollo capitalista. Esto supone que, aunque estén modelados por la lógica de la circulación y la acumulación del capital, los procesos urbanos bajo el capitalismo modelan a su vez las condiciones y las circunstancias de la acumulación del capital en puntos posteriores del tiempo y del espacio. Dicho de otra forma, los capitalistas, como todos los demás, pueden luchar por hacer su propia geografía histórica pero, también como todos los demás, no lo hacen bajo circunstancias históricas y geográficas de su propia elección individual, ni siquiera aunque hayan desempeñado una función colectiva tan importante e incluso determinante en la conformación de dichas circunstancias. Esta doble relación de reciprocidad y dominio (en la que los capitalistas, como los trabajadores, se encuentran dominados y constreñidos por sus propias creaciones) puede captarse mejor teóricamente utilizando métodos dialécticos. Desde este punto de vista intento comprender mejor ese proceso de formación de ciudades que es a un tiempo producto y condición de los continuos procesos sociales de transformación en la fase más reciente del desarrollo capitalista.

* Publicado por primera vez en *Geografiska Annaler*, 1989.

El análisis del papel que la urbanización desempeña en la dinámica social no es, por supuesto, nada nuevo. Periódicamente, el tema se convierte en centro de importantes debates, aunque con frecuencia referentes a circunstancias históricas determinadas en las que, por una razón u otra, la importancia de la urbanización y de las ciudades parece especialmente destacada. Desde hace tiempo se discute la influencia de la formación de ciudades en el ascenso de la civilización, al igual que la función de la ciudad en la Grecia y la Roma clásicas. La importancia de las ciudades para la transición del feudalismo al capitalismo es un campo de continua controversia, que ha provocado bibliografía notable y reveladora a lo largo de los años. De igual manera, ahora se puede aportar una amplia gama de pruebas relacionadas con la importancia de la urbanización para el desarrollo industrial, cultural y político del siglo XIX, así como para la posterior expansión de las relaciones sociales capitalistas a países menos desarrollados (que ahora soportan algunas de las ciudades con mayor crecimiento del mundo).

Con demasiada frecuencia, sin embargo, el estudio de la urbanización se separa del estudio del cambio social y del desarrollo económico, como si de alguna manera se pudiera considerar una escena secundaria o un subproducto pasivo de cambios sociales más importantes y fundamentales. Las sucesivas revoluciones de la tecnología, las relaciones espaciales, las relaciones sociales, los hábitos de los consumidores, los estilos de vida y demás que han caracterizado la historia capitalista pueden, se sugiere a veces, entenderse sin investigar en profundidad las raíces y la naturaleza del proceso urbano. Ciertamente que este juicio se hace en general tácitamente, por medio de pecados de omisión más que de comisión, pero el sesgo antiurbano en los estudios sobre el cambio macroeconómico y macrosocial es suficientemente persistente como para producir incomodidad. Por eso parece importante investigar la influencia que el proceso urbano podría tener en la reestructuración completamente radical que se da en las distribuciones geográficas de la actividad humana y en la dinámica político-económica del desarrollo geográfico desigual en tiempos más recientes.

El cambio al empresarialismo en la gobernanza urbana

El coloquio organizado en Orleans en 1985 reunió a académicos, empresarios y políticos de ocho grandes ciudades pertenecientes a siete países capitalistas avanzados (Bouinot, 1987), los cuales tenían por tarea explorar las líneas de acción abiertas a los gobiernos urbanos ante la extendida erosión de la base económica y presupuestaria de muchas grandes ciudades del mundo capitalista avanzado. El coloquio mostró un fuerte consenso: que los gobiernos urbanos tenían que ser mucho más innova-

dores y emprendedores, dispuestos a explorar todo tipo de sendas mediante las cuales aliviar sus estrecheces y así garantizar un mejor futuro para sus poblaciones. El único ámbito de desacuerdo fue cuál sería el mejor modo de lograrlo. ¿Debían los gobiernos urbanos apoyar la creación de nuevas empresas, o incluso participar directamente en dicha creación? Siendo así, ¿de qué tipo? ¿Debían luchar por preservar o incluso absorber las fuentes de empleo amenazadas? Siendo así, ¿cuáles? ¿O deberían limitarse simplemente a proporcionar infraestructuras, espacios, reclamos fiscales y atracciones culturales y sociales que apuntalaran las antiguas formas de actividad económica y atrajeran a otras nuevas?

Cito este caso porque es sintomático de una reorientación de las actitudes hacia la gobernanza urbana que ha tenido lugar durante las pasadas dos décadas en los países capitalistas avanzados. Dicho de manera sencilla, el enfoque «gestor» tan típico de la década de 1960 ha ido dando lugar a formas de acción emprendedoras y «empresarialistas» en las décadas de 1970 y 1980. En años recientes en particular, parece haber emergido en todo el mundo capitalista avanzado el consenso general en que para las ciudades será ventajoso adoptar una actitud empresarial respecto al desarrollo económico. Lo notable es que dicho consenso parece superar fronteras nacionales e incluso ideologías y partidos políticos.

Tanto Boddy (1984) como Cochrane (1987) concuerdan, por ejemplo, en que desde comienzos de la década de 1970 las autoridades locales británicas «se han implicado cada vez más directamente en una actividad de desarrollo económico relacionada con la producción y la inversión», mientras que Rees y Lambert (1985, p. 179) muestran que «el crecimiento de las iniciativas de gobierno locales en el campo económico fue positivamente fomentado por sucesivas Administraciones centrales durante la década de 1970» para complementar los intentos efectuados por el gobierno central de mejorar la eficacia, las capacidades competitivas y la rentabilidad de la industria británica. David Blunkett, líder del Consejo Laborista de Sheffield desde hace varios años, ha puesto recientemente el sello de aprobación a cierto tipo de empresarialismo urbano:

Desde comienzos de la década de 1970, a medida que el pleno empleo dejaba de ser una de las principales prioridades del gobierno, los ayuntamientos empezaron a asumir el reto. Apoyaron a las pequeñas empresas; establecieron vínculos más estrechos entre el sector público y el privado; promovieron las áreas locales para atraer nuevas líneas de actividad empresarial. Estaban adaptando la función económica tradicional del gobierno local británico, que ofrecía incentivos en forma de subvenciones, préstamos sin interés, e infraestructura públicamente subvencionada, y no pedía una implicación recíproca con la comunidad, para atraer empresas industriales y comerciales que buscaran sitios adecuados para invertir y comerciar [...] Hoy, como en el pasado, el gobierno local pue-

de ofrecer su propia marca de empresarialidad y de empresa al afrontar el enorme cambio económico y social provocado por la tecnología y la reestructuración industrial (Blunkett y Jackson, 1987, pp. 108-142).

En Estados Unidos, donde la promoción de la ciudad y el empresarialismo son desde hace tiempo una de las principales características de los sistemas urbanos (véase Elkin, 1987), la reducción del flujo de las transferencias federales y de los ingresos fiscales locales después de 1972 (año en que Nixon declaró terminada la crisis urbana, señalando que el gobierno federal ya no tenía recursos presupuestarios para contribuir a su solución) llevó al renacimiento de la autopromoción [*boosterism*], hasta el punto de que Robert Goodman (1979) llegó a aclamar a los gobiernos de los Estados y locales como «los últimos empresarios». En la actualidad una extensa bibliografía hace referencia a que el nuevo empresarialismo urbano se ha convertido en el centro de la formulación política urbana y de las estrategias de crecimiento urbano en Estados Unidos (véase Judd y Ready, 1986; Peterson, 1981; Leitner, 1989).

El cambio al empresarialismo no ha sido en absoluto completo. Muchos gobiernos locales británicos no han respondido a las nuevas presiones y posibilidades, al menos hasta hace relativamente poco, mientras que ciudades como Nueva Orleans en Estados Unidos siguen protegidas por el gobierno federal y dependen fundamentalmente de las políticas de redistribución para su supervivencia. La historia de sus resultados, que todavía ha de ser adecuadamente contada, está obviamente trufada de tantos éxitos como fracasos y rodeada de no poca controversia respecto a qué puede considerarse realmente un «éxito» (una cuestión sobre la que volveré más adelante). No obstante, bajo toda esta diversidad, el cambio de la dirección urbana en pos de algún tipo de empresarialismo sigue siendo un tema persistente y recurrente desde comienzos de la década de 1970. Tanto las razones como las consecuencias de dicho cambio merecen cierta atención.

Se acepta en general, por supuesto, que el cambio tiene algo que ver con las dificultades que han acuciado a las economías capitalistas desde la recesión de 1973. La desindustrialización, el desempleo generalizado y aparentemente «estructural», la austeridad presupuestaria tanto a escala nacional como local, todo ello unido a una creciente marea de neoconservadurismo y a una apelación mucho más fuerte (aunque a menudo más en teoría que en la práctica) a la racionalidad del mercado y a la privatización, proporcionan el telón de fondo para entender por qué tantos gobiernos urbanos, a menudo de tendencias políticas muy distintas y armados de competencias jurídicas y políticas muy diferentes, han tomado en general una dirección similar. El mayor hincapié en la acción local para combatir estos males también parece estar relacionado con la decreciente capacidad del Estado-nación para

controlar los flujos multinacionales de dinero, de modo que la inversión adopta cada vez más la forma de una negociación entre el capital financiero internacional y poderes locales que hacen lo posible por maximizar el atractivo del espacio local como cebo para el desarrollo capitalista. De igual modo, el ascenso del empresarismo urbano puede haber influido de manera importante en la transición general de la dinámica capitalista desde un régimen de acumulación de capital fordista-keynesiano a un régimen de «acumulación flexible» (Gertler, 1988; Harvey, 1989b; Sayer, 1989; Schoenberger, 1988; Scott, 1988; Swyngedouw, 1986, ofrecen una elaboración y una reflexión crítica sobre este concepto controvertido). La transformación de la gobernanza urbana durante estas dos últimas décadas ha tenido, en mi opinión, orígenes y consecuencias sustancialmente macroeconómicos. Y, aunque Jane Jacobs (1984) tenga razón sólo a medias cuando afirma que la ciudad es una unidad importante para entender cómo se crea la riqueza de las naciones, el cambio de la gestión urbana al empresarismo urbano podría tener consecuencias de gran alcance para las futuras perspectivas de crecimiento.

Si, por ejemplo, el empresarismo urbano (en el sentido más amplio) está integrado en un marco de competencia interurbana de suma cero por los recursos, los puestos de trabajo y el capital, hasta los socialistas municipales más resueltos y vanguardistas se verán, al final, aceptando el juego capitalista y actuando de agentes disciplinarios para los mismos procesos a los que intentan resistirse. Éste es exactamente el problema que ha perseguido a los municipios laboristas británicos (véase el excelente estudio de Rees y Lambert, 1985), que tenían que desarrollar, por una parte, proyectos que pudieran «producir resultados directamente relacionados con las necesidades de los trabajadores de forma que aumenten las cualificaciones del trabajo en lugar de descualificarlo» (Murray, 1983), mientras que, por otra, debían reconocer que en buena medida ese esfuerzo se perdería si la región urbana no garantizaba unas ventajas competitivas relativas. Dadas las circunstancias adecuadas, sin embargo, el empresarismo urbano e incluso la competencia interurbana pueden abrir el camino a un patrón de desarrollo que no sea de suma cero. Este tipo de actividad ha influido realmente mucho en el desarrollo capitalista del pasado. Y no se sabe aún si podría conducir a transiciones progresistas y socialistas en el futuro.

Cuestiones conceptuales

En esta investigación no hay dificultades conceptuales dignas de una mención inicial. Ante todo, la combinación de la reificación de las ciudades con un lenguaje que considera el proceso urbano como un aspecto activo, no pasivo, del desarrollo político-económico supone agudos peligros, ya que sugiere que las «ciudades» son

agentes activos cuando, en realidad, son meras cosas. La urbanización debería considerarse, por el contrario, un proceso social de base espacial en el que una amplia gama de actores diferentes, con objetivos y programas completamente distintos, se interrelacionan mediante una configuración determinada de prácticas espaciales entrelazadas. En una sociedad clasista como el capitalismo, estas prácticas espaciales adquieren un firme contenido de clase, lo cual no quiere decir que todas las prácticas espaciales puedan interpretarse de este modo. De hecho, como han demostrado muchos investigadores, las prácticas espaciales pueden adquirir y adquieren contenidos de género, raciales y burocrático-administrativos (por enumerar sólo unas cuantas posibilidades importantes). Pero en el capitalismo el vector hegemónico sigue siendo la amplia gama de prácticas de clase relacionadas con la circulación del capital, con la reproducción de la fuerza de trabajo y de las relaciones de clase, y con la necesidad de controlar la fuerza de trabajo.

Lo difícil es encontrar una forma de proceder capaz de analizar específicamente la relación existente entre *proceso* y *objeto* que no sea ella misma víctima de una reificación innecesaria. El conjunto de procesos sociales espacialmente fundados que yo denomino urbanización produce innumerables dispositivos: una forma construida, espacios producidos y sistemas de recursos de cualidades específicas, organizados en una configuración espacial específica. La posterior acción social debe tener en cuenta estos mecanismos, dado que muchos procesos sociales (tales como el traslado diario al trabajo) acaban físicamente canalizados por ellos. La urbanización también provoca ciertos sistemas políticos y administrativos, disposiciones sociales, formas jurídicas, jerarquías de poder, etc. También éstos dan a una «ciudad» cualidades objetificadas que pueden dominar las prácticas cotidianas y limitar los cursos de acción subsiguientes. Y, por último, la conciencia de los habitantes urbanos se ve afectada por el entorno de experiencia, del que surgen percepciones, interpretaciones simbólicas y aspiraciones. En todos estos aspectos se produce una tensión perpetua entre la forma y el proceso, entre el objeto y el sujeto, entre la actividad y la cosa. Es tan absurdo negar la importancia y el poder de las objetificaciones, la capacidad de las cosas que creamos para volver a nosotros convertidas en otras tantas formas de dominación, como lo es atribuir a tales cosas la capacidad de la acción social.

Dado el dinamismo característico del capitalismo, encontramos que estas «cosas» están siempre en curso de transformación, que las actividades superan constantemente los límites de las formas fijas, que las cualidades objetificadas de lo urbano son crónicamente inestables. Tan universal es esta condición capitalista, que la concepción de lo urbano y de «la ciudad» se vuelve igualmente inestable, no por un fallo conceptual de la definición, sino precisamente porque el concepto tiene en sí mismo que reflejar las relaciones cambiantes entre forma y proceso, entre activi-

dad y cosa, entre sujetos y objetos. Por consiguiente, cuando hablamos de la transición de la gestión urbana al empresarialismo urbano que ha tenido lugar en las pasadas dos décadas, tenemos que tener en cuenta los efectos reflexivos de dicho cambio, mediante los impactos tanto en las instituciones urbanas como en los entornos urbanos construidos.

El ámbito de las prácticas espaciales, desafortunadamente, ha cambiado en años recientes, dificultando aún más cualquier definición firme de lo urbano como ámbito espacial específico. Por una parte, somos testigos de la mayor fragmentación del espacio social urbano en barrios, comunidades y una multitud de microentornos urbanos, mientras que por otra el teletrabajo y el transporte rápido privan de sentido al concepto de ciudad como unidad física firmemente cerrada o incluso como ámbito administrativo coherentemente organizado. La «megalópolis» de la década de 1960 ha experimentado una fragmentación y una dispersión aún mayores, en especial en Estados Unidos, a medida que la desconcentración urbana aumenta de ritmo para producir una forma de «ciudad expandida». Pero la base espacial persiste de alguna forma, con significados y efectos específicos. La producción de nuevos patrones y estructuras ecológicas dentro de una forma de ciudad extendida es importante para el modo de organizar la producción, el intercambio y el consumo, de establecer las relaciones sociales, de ejercer el poder (económico y político) y de alcanzar la integración espacial de la acción social. Me apresuro a añadir que la presentación de la problemática urbana en tales términos ecológicos no presupone de manera alguna explicaciones ecológicas. Simplemente insiste en que los patrones ecológicos son importantes para la organización y la acción sociales. El cambio hacia el empresarialismo en la gobernanza urbana debe examinarse, por lo tanto, en una variedad de escalas espaciales: vecindario y comunidad locales, centro de la ciudad y periferia, región metropolitana, región, Estado-nación y demás unidades espaciales.

Es igualmente importante especificar quién utiliza un método empresarial y respecto a qué. Quiero insistir aquí en que la «gobernanza» urbana hace referencia a mucho más que el «gobierno» urbano. Es desafortunado que buena parte de la bibliografía (en especial británica) se concentre tanto en el segundo, cuando tan a menudo el verdadero poder para reorganizar la vida urbana radica en otra parte, o al menos en una coalición más amplia de fuerzas dentro de las cuales el gobierno y la administración urbanos sólo desempeñan una función facilitadora y de coordinación. El poder para organizar el espacio deriva de todo un complejo de fuerzas movilizadas por diversos agentes sociales. Es un proceso conflictivo, que acentúa este carácter en los espacios ecológicos de densidad social enormemente variada. Dentro de una región metropolitana globalmente considerada, tenemos que observar la formación de políticas de coalición, la formación de alianzas de clase como base

para cualquier tipo de empresarialismo urbano. Por supuesto, la autopromoción de la ciudad ha sido a menudo prerrogativa de la cámara de comercio local, de algunos financieros, industriales y comerciantes cabales de la localidad, o de alguna «mesa redonda» de líderes empresariales y promotores inmobiliarios. Éstos se unen frecuentemente para formar el poder rector en la política de la «maquinaria de crecimiento» (Molotch, 1976). Las instituciones educativas y religiosas, los diferentes agentes de gobierno (desde el ejército hasta las altas esferas de la investigación o de la Administración), las organizaciones laborales locales (los sectores de la construcción en particular) así como los partidos políticos, los movimientos sociales y los aparatos estatales locales (que son múltiples y a menudo bastante heterogéneos) también pueden influir en la promoción local, aunque a menudo con objetivos muy distintos.

La formación de coaliciones y alianzas es una tarea tan delicada y difícil que se abre el camino para que la visión, la tenacidad y la capacidad de una persona (como un alcalde carismático, un administrador municipal inteligente, o un líder empresarial adinerado) pueda dejar su impronta particular en la naturaleza y la dirección del empresarialismo urbano, quizá para modelarlo, incluso, con fines políticos específicos. Mientras que en Baltimore fue una figura pública como el alcalde Schaefer quien desempeñó el papel principal, en ciudades como Halifax o Gateshead en Reino Unido han sido empresarios privados quienes han tomado las riendas de tal. En otros casos, ha sido una mezcla más intrincada de personalidades e instituciones la que ha organizado un proyecto determinado.

No planteo estos problemas porque sean insuperables o insolubles —se resuelven a diario dentro de las prácticas de la urbanización capitalista—, sino porque tenemos que atender a su modo de resolución práctica con un cuidado y una seriedad imprescindibles. Plantearé, sin embargo, tres afirmaciones amplias que sé que son ciertas respecto a una ciudad como Baltimore (el estudio práctico que sustenta buena parte del argumento que presento aquí) y que tal vez sean aplicables más en general.

En primer lugar, el nuevo empresarialismo tiene, como elemento central, la idea de «alianza sector público-sector privado» en la que la promoción local tradicional se integra con el uso de los poderes gubernamentales locales para intentar atraer fuentes de financiación externas, nuevas inversiones directas, o nuevas fuentes de empleo. El coloquio de Orleans (Borinot, 1987) estuvo lleno de referencias a la importancia de la alianza entre lo público y lo privado y fue precisamente, después de todo, el objetivo de las reformas gubernamentales acometidas en Reino Unido durante la década de 1970 el de facilitar su formación (o, al final, superar la resistencia local estableciendo las corporaciones de desarrollo urbano). En Estados Unidos, la tradición de alianzas entre el sector público y el privado, aplicadas localmente y respaldadas por la Administración federal, se desvaneció en la década de 1960,

cuando los gobiernos urbanos lucharon por recuperar el control social de poblaciones agitadas mediante redistribuciones de la renta real (mejora de la vivienda, la educación, la atención sanitaria, etc., todo ello dirigido a los pobres) tras la ola de conflictividad urbana. La función del Estado local como facilitador de los intereses estratégicos del desarrollo capitalista (en lugar de la función de estabilizador de la sociedad capitalista) disminuyó. El mismo desdén hacia el desarrollo capitalista se ha señalado en Reino Unido:

Los primeros años de la década de 1970 fue un periodo de resistencia al cambio: grupos de protesta contra las autopistas, acción comunitaria contra la eliminación de barrios marginados, opositores a la remodelación de los centros urbanos. Se sacrificaron los intereses estratégicos y empresariales ante las presiones comunitarias locales. Se podría pensar, sin embargo, que avanzamos hacia un periodo diferente en el que la fuerza empresarial se hace dominante (Davies, 1980, p. 23; citado en Ball, 1983, pp. 270-271).

En Baltimore se puede fechar con exactitud el punto de transición. Un referendo aprobado por un estrecho margen en 1978, tras una vigorosa y beligerante campaña política, sancionó el uso de terreno municipal para el desarrollo privado que acabó convertido en el espectacular y próspero Harborplace. Desde entonces, la política de alianza entre el sector público y el privado consiguió un mandato popular y una presencia subterránea efectiva en casi todo lo referente a la gobernanza urbana (véase Berkowitz, 1984; Levine, 1987; Lyall, 1982; Stoker, 1986).

En segundo lugar, la actividad de esa alianza sector público-sector privado es empresarial precisamente porque es de ejecución y diseño especulativos y, por lo tanto, está perseguida por las dificultades y los peligros adjuntos al desarrollo especulativo, en contraste con el desarrollo racionalmente planeado y coordinado. En muchos casos, esto significa que el sector público asume el riesgo y el sector privado obtiene los beneficios, aunque hay suficientes ejemplos en los que éste no es el caso (piénsese, por ejemplo, en el riesgo privado asumido en el desarrollo del Metrocentre de Gateshead) como para hacer que la generalización absoluta sea peligrosa. Pero sospecho que es la característica de la absorción de riesgos por parte del sector público local (en lugar de nacional o federal) la que distingue la fase actual del empresarialismo urbano de las fases anteriores de promoción de la ciudad en las que el capital privado parecía en general mucho menos reacio al riesgo.

En tercer lugar, el empresarialismo se centra mucho más de cerca en la economía política del lugar, no del territorio. Por la segunda entiendo el tipo de proyectos económicos (vivienda, educación, etcétera) diseñados principalmente para mejorar las condiciones de vida y de trabajo dentro de una jurisdicción determinada. La construcción de lugar (un nuevo centro cívico, un parque industrial) o la mejo-

ra de las condiciones dentro de un lugar (intervención, por ejemplo, en los mercados de trabajo locales mediante planes de reciclaje profesional o presión a la baja sobre los salarios locales), por otra parte, puede tener impactos mayores o menores que el territorio específico en el que se localizan dichos proyectos. La mejora de la imagen de ciudades como Baltimore, Liverpool, Glasgow o Halifax mediante la construcción de centros culturales, comerciales, de ocio o de oficinas puede proyectar una sombra igualmente beneficiosa sobre toda la región metropolitana. Dichos proyectos pueden adquirir significado en la escala metropolitana de la acción público-privada y permitir la formación de coaliciones que superen los tipos de rivalidades ciudad-periferia que persiguieron a las regiones metropolitanas en la fase de gestión. Por otra parte, un desarrollo inmobiliario similar en la ciudad de Nueva York -Southstreet Seaport- construye un lugar que sólo tiene impactos locales, sin alcanzar ninguna influencia metropolitana, y genera una coalición de fuerzas constituida básicamente por financieros y promotores urbanísticos locales.

La construcción de tales lugares puede, por supuesto, considerarse un medio para aportar beneficios a poblaciones de una jurisdicción determinada, y de hecho ésta es la principal reivindicación hecha en el discurso público organizado para apoyarlos. Pero en su mayor parte su forma es tal que todos los beneficios son indirectos y pueden tener un alcance potencialmente mayor o menor que la jurisdicción en la que se ubican. Este tipo de proyectos específicos para un lugar también suelen convertirse en tal centro de atención pública y política que desvían la preocupación e incluso los recursos de los problemas más amplios que posiblemente afecten a la región o al territorio en su totalidad.

El nuevo empresarialismo urbano descansa normalmente, por tanto, en una alianza entre el sector público y el privado centrada en la inversión y en el desarrollo económico con la construcción especulativa de lugar como objetivo político y económico inmediato (aunque ni mucho menos exclusivo), y no en la mejora de las condiciones dentro de un territorio determinado.

Estrategias alternativas de gobernanza urbana

Hay, como he argumentado en otras partes (Harvey, 1989a: cap. 1), cuatro opciones básicas de empresarialismo urbano. Cada una merece consideración aparte, a pesar de que es la combinación de ellas la que proporciona la clave de los recientes y rápidos cambios que se han producido en el desarrollo desigual de los sistemas urbanos en el mundo capitalista avanzado.

En primer lugar, la competencia dentro de la división internacional del trabajo supone la posibilidad de explotación de determinadas ventajas para la producción de

mercancías y servicios. Algunas ventajas derivan de la base de recursos (el petróleo que permitió a Texas prosperar en la década de 1970) o de la ubicación (por ejemplo, el fácil acceso a la pujanza del comercio con los países de la costa del Pacífico en el caso de las ciudades californianas). Pero otras se crean mediante inversiones públicas y privadas en las infraestructuras físicas y sociales que fortalecen la base económica de la región metropolitana como exportadora de bienes y servicios. Las intervenciones directas para estimular la aplicación de nuevas tecnologías, la creación de nuevos productos, o la aportación de capital riesgo para nuevas empresas (que pueden incluso ser de propiedad o gestión cooperativa) tal vez sean también significativas, mientras que es posible reducir los costes locales mediante subvenciones (deducciones fiscales, crédito barato, aprovisionamiento de espacio). En la actualidad apenas se produce ningún desarrollo urbanístico de gran escala sin que el gobierno local (o la coalición más amplia de las fuerzas que constituyen la gobernanza local) ofrezca un paquete sustancial de ayudas y asistencia como incentivo. La competitividad internacional también depende de la calidad, la cantidad y el coste de la oferta de trabajo local. Los costes locales pueden controlarse fácilmente cuando la negociación colectiva local sustituye a la nacional, y cuando los gobiernos y otras grandes instituciones locales, como hospitales y universidades, abren el camino con reducciones de los salarios reales y las prestaciones (en Baltimore fue típica una serie de luchas por los salarios y las prestaciones en el sector público e institucional durante la década de 1970). La fuerza de trabajo de calidad adecuada, aunque sea cara, puede constituir un potente imán para el nuevo desarrollo económico, de forma que la inversión en fuerzas de trabajo de formación y destrezas elevadas, preparadas para los nuevos procesos de trabajo y las nuevas necesidades gestoras, podría ser bien recompensada. Se da también, por último, un problema de economías de aglomeración en las regiones metropolitanas. A menudo la producción de bienes y servicios no depende de decisiones aisladas de unidades económicas (como la decisión de las grandes multinacionales de instalar una fábrica en una ciudad, a menudo con efectos indirectos locales muy reducidos), sino de que pueden generarse economías reuniendo diversas actividades dentro de un espacio de interacción restringido para facilitar sistemas de producción altamente eficaces e interactivos (véase Scott, 1988). Desde este punto de vista, las grandes regiones metropolitanas como Nueva York, Los Angeles, Londres y Chicago plantean ventajas claras que los costes de la congestión no consiguen eliminar. Pero, como ilustra el caso de Bolonia (véase Gundle, 1986) y la emergencia del nuevo desarrollo industrial en Emilia Romagna, una cuidadosa atención a la mezcla industrial y mercantil respaldada por una fuerte acción estatal local (dirigida por los comunistas en este caso), puede promover un fuerte crecimiento de nuevos distritos y configuraciones industriales, basado en las economías de aglomeración y en la organización eficiente.

En la segunda opción, la región urbana puede también intentar mejorar su posición competitiva con respecto a la división espacial del consumo. No se trata sólo de intentar atraer el dinero a una región urbana mediante el turismo o las atracciones para los jubilados. El estilo consumista de la urbanización después de 1950 promovió una base cada vez más amplia para la participación en el consumo de masas. Aunque la recesión, el desempleo y el elevado coste del crédito han reducido esa posibilidad para importantes capas de la población, existe aún mucho poder de consumo (buena parte fomentado por el crédito). La competencia por dicho consumo se vuelve más frenética a medida que los consumidores que poseen el dinero tienen oportunidad de ser mucho más selectivos. Las inversiones para atraer al dólar consumidor han crecido paradójicamente a buen ritmo como respuesta a la recesión generalizada. Se centran cada vez más en la calidad de vida. La elitización, la innovación cultural y la mejora física del entorno urbano (incluido el cambio a estilos arquitectónicos y de diseño urbano posmodernos), las atracciones para los consumidores (estadios deportivos, centros comerciales y de convenciones, paseos marítimos, restaurantes exóticos) y ocio (la organización de espectáculos urbanos temporales y permanentes), se han convertido en facetas destacadas de las estrategias de regeneración urbana. Sobre todo, la ciudad tiene que parecer un lugar innovador, interesante, creativo y seguro para visitar o en el que vivir, jugar y consumir. Baltimore, con su triste reputación de «sobaco de la costa este» a comienzos de la década de 1970, ha ampliado, por ejemplo, su empleo en el sector turístico que ha pasado de menos de mil a quince mil puestos en menos de dos décadas de masiva remodelación urbana. Más recientemente, trece ciudades industriales británicas con problemas (Leeds, Bradford, Manchester, Liverpool, Newcastle y Stoke-on-Trent entre ellas) han efectuado un esfuerzo de promoción conjunto para captar una mayor porción del negocio turístico del país. He aquí la información que publica *The Guardian* (9 de mayo de 1987) sobre esta empresa afortunada:

Aparte de generar renta y crear puestos de trabajo en áreas de desempleo aparentemente terminal, el turismo también tiene un significativo beneficio indirecto al mejorar el entorno más en general. Los remozamientos y las instalaciones diseñados para atraer más turistas también mejoran la calidad de vida de quienes viven allí, incluso atrayendo nuevas empresas. Aunque los activos específicos de cada una de las ciudades son obviamente variados, todas ellas son capaces de ofrecer una serie de recordatorios estructurales de lo que en un principio las hizo grandes. Comparten, en otras palabras, un ingrediente comercializable denominado herencia industrial y/o marítima.

Festivales y acontecimientos culturales se convierten igualmente en foco de actividades de inversión. «Las artes crean un clima de optimismo –la cultura del “pue-

de hacerse” – necesario para desarrollar la cultura de empresa», dice la introducción de un reciente informe del Consejo de las Artes de Gran Bretaña, añadiendo que las actividades culturales y las artes pueden ayudar a romper la espiral descendente de estancamiento económico en ciudades del interior y ayudar a las personas «a creer en sí mismas y en su comunidad» (véase Bianchini, 1991). El espectáculo y la exhibición se convierten en símbolos de la comunidad dinámica, tanto en Roma o Bolonia controladas por los comunistas como en Baltimore, Glasgow y Liverpool. De esa forma, una región urbana puede esperar aglutinarse y sobrevivir como ámbito de solidaridad comunitaria y al mismo tiempo explorar la opción de explotar el consumo conspicuo en un entorno de recesión cada vez más amplio.

En tercer lugar, el empresarialismo también ha estado fuertemente marcado por una feroz lucha por la adquisición de funciones clave de control y de mando en las altas finanzas, el gobierno o la recopilación y el procesado de información (incluidos los medios de comunicación). Las funciones de este tipo necesitan una aportación de infraestructuras determinada y a menudo cara. La eficacia y la centralidad dentro de una red de comunicaciones mundial son vitales en sectores en los que se necesita una interacción personal entre los principales encargados de la toma de decisiones. Esto supone fuertes inversiones en transporte y comunicaciones (aeropuertos y telepuertos, por ejemplo) y la provisión de un adecuado espacio de oficinas, equipado con los enlaces internos y externos necesarios para minimizar los tiempos y los costes de las transacciones. Reunir una amplia gama de servicios de apoyo, en especial aquellos que permiten reunir y procesar información con rapidez o efectuar una consulta rápida con «expertos», exige otros tipos de inversiones, mientras que las habilidades específicas requeridas por dichas actividades dan preferencia a las regiones metropolitanas con ciertos tipos de enseñanza educativa (escuelas de gestión empresarial y de derecho, sectores de producción de altas tecnologías, conocimientos de los medios de comunicación, y similares). La competencia interurbana en este ámbito es muy cara y especialmente dura, porque se trata de un campo en el que las economías de aglomeración mantienen la supremacía, siendo particularmente difícil de romper el poder de monopolio de los centros establecidos como Nueva York, Chicago, Londres y Los Angeles. Pero dado que las funciones de mando han sido un sector de gran crecimiento en estas dos décadas pasadas (el empleo en el sector financiero y de los seguros se ha duplicado en Reino Unido en menos de una década), intentar alcanzarlas se está convirtiendo cada vez más en la senda dorada a la supervivencia urbana. La consecuencia, por supuesto, es que parezca como si la ciudad del futuro fuera a ser una ciudad de puras funciones de mando y de control, una ciudad de la información, postindustrial, en la que la exportación de servicios (financieros, informativos, de producción de conocimientos) se convierta en la base económica de la supervivencia urbana.

En cuarto lugar, el filo competitivo con respecto a las redistribuciones de excedentes mediante las Administraciones centrales (o, en Estados Unidos, de los Estados) sigue siendo de tremenda importancia, ya que es en cierto modo un mito que las Administraciones centrales no estén redistribuyendo en la medida en que lo hacían. Los canales han cambiado, de modo que tanto en Reino Unido (tómese el caso de Bristol) como en Estados Unidos (tómese el caso de Long Beach-San Diego) son los contratos del ejército y del Departamento de Defensa los que proporcionan el sostén para la prosperidad urbana, en parte debido a la enorme cantidad de dinero que suponen, pero también por el tipo de empleo y los efectos que pueden tener en los denominados sectores de «las altas tecnologías» (Markusen, 1986). E incluso aunque se hayan hecho todos los esfuerzos por reducir el flujo de ayudas de la Administración central a muchas regiones urbanas, hay muchos sectores de la economía (salud y educación, por ejemplo) e incluso economías metropolitanas completas (véase el estudio realizado por Smith y Keller en 1983 sobre Nueva Orleans) en los que dicho recorte ha sido sencillamente imposible. Las alianzas de la clase dominante urbana han tenido muchas oportunidades, por lo tanto, de explotar los mecanismos redistributivos como medio para la supervivencia urbana.

Estas cuatro estrategias no son mutuamente excluyentes y la suerte desigual de las regiones metropolitanas ha dependido de la naturaleza de las coaliciones que han formado, de la mezcla y la oportunidad de las estrategias empresariales, los recursos determinados (naturales, humanos, de ubicación) con los que la región metropolitana puede trabajar, y de la fuerza de la competencia. El crecimiento desigual, no obstante, también es resultado del sinergismo que hace que un tipo de estrategia facilite otro. Por ejemplo, el crecimiento de la megalópolis de Los Angeles-San Diego-Long Beach-Orange County parece haber estado fomentado por los efectos de la interacción que se producen entre las fuertes redistribuciones gubernamentales a los sectores de la defensa y una rápida acumulación de las funciones de mando y control que ha estimulado las actividades relacionadas con el consumo hasta el punto de que se ha producido una considerable recuperación de ciertos tipos de manufacturas. Por otro lado, hay pocos indicios de que el fuerte crecimiento de la actividad relacionada con el consumo en Baltimore haya ayudado mucho al crecimiento de otras funciones excepto, quizá, la proliferación relativamente ligera de servicios bancarios y financieros. Pero hay también indicios de que la red de ciudades y regiones urbanas de, pongamos, los Estados del sur de Estados Unidos y del sur de Inglaterra ha generado un sinergismo colectivo más fuerte del que se ha producido en sus respectivos homólogos del norte. Noyelle y Stanback (1984) sugieren además que la posición y la función dentro de la jerarquía urbana han influido de manera importante en la creación de patrones urbanos de fortuna y desgracia. Los efectos de transmisión entre ciudades y dentro de la jerarquía urbana deben tam-

bién tenerse en cuenta en el patrón urbano de fortuna y desgracia durante la transición de la gestión al empresarialismo en la gobernanza urbana.

El empresarialismo urbano supone, sin embargo, cierto nivel de competencia interurbana. Abordamos aquí una fuerza que pone claras limitaciones a la capacidad de ciertos proyectos específicos para transformar muchas ciudades determinadas. De hecho, en la medida en que gane fuerza, la competencia interurbana funcionará casi con toda seguridad como una «fuerza coercitiva externa» para acercar a determinadas ciudades a la disciplina y la lógica del desarrollo capitalista. Incluso puede obligar a reproducir de manera serial y repetitiva ciertos patrones de desarrollo (como la reproducción en serie de «centros mundiales del comercio» o de nuevos centros culturales y de ocio, de desarrollo costero, de centros comerciales posmodernos, etcétera). Las pruebas de la reproducción en serie de formas similares de remodelación urbana son muy claras, y las razones que la provocan son dignas de señalar.

Con la disminución de los costes de transporte y la consecuente reducción de las barreras espaciales al movimiento de mercancías, personas, dinero e información, la importancia de las cualidades del lugar ha aumentado, y el vigor de la competencia interurbana por el desarrollo capitalista (inversión, puestos de trabajo, turismo, etcétera) se ha fortalecido considerablemente. Considérese, en primer lugar, el tema desde el punto de vista del capital multinacional altamente móvil. Con la reducción de las barreras espaciales, la distancia hasta el mercado o hasta las materias primas ha perdido importancia para las decisiones de ubicación. Los elementos monopolísticos de la competencia espacial, tan esenciales para el funcionamiento de la teoría löschiana, desaparecen. Artículos pesados y baratos (como la cerveza y el agua mineral) que antes se producían localmente se comercializan ahora a distancias tan grandes que conceptos tales como el «alcance de una mercancía» pierden sentido. Por otra parte, la capacidad del capital para elegir la ubicación resalta la importancia de las condiciones de producción determinadas que se dan en un lugar determinado. Pequeñas diferencias en la oferta de trabajo (cantidades y cualidades), de infraestructuras y recursos, de regulación y fiscalidad públicas, adquieren mucha más importancia que cuando los elevados costes del transporte creaban monopolios «naturales» de la producción local en los mercados locales. Por la misma razón, el capital multinacional tiene ahora capacidad para organizar sus respuestas ante las variaciones en el gusto del mercado altamente localizadas, mediante la producción en pequeños lotes y especializada, diseñada para satisfacer los nichos de mercado locales. En un mundo más competitivo —como el que prevalece desde que en 1973 se vino abajo el auge de posguerra— las presiones coercitivas fuerzan al capital multinacional a ser mucho más selectivo y sensible a las pequeñas variaciones existentes entre lugares, en lo que se refiere a las posibilidades de producción y de consumo.

Considérese el tema, en segunda instancia, desde el punto de vista de los lugares que van a mejorar o perder su vitalidad económica si no ofrecen a las empresas las condiciones necesarias para acudir a la ciudad o permanecer en ella. La reducción de las barreras espaciales ha hecho que la competencia entre localidades, países y regiones urbanas por el capital de desarrollo se agudice aún más. La gobernanza urbana se ha orientado así mucho más a proporcionar un «buen clima empresarial» y a crear todo tipo de atractivos para el capital. El aumento del empresarialismo ha sido un resultado parcial de este proceso, desde luego, pero a este respecto observamos el aumento de éste desde otro punto de vista, precisamente porque el intento de procurarse capital de inversión limita la innovación a una senda muy estrecha, construida en torno a un paquete favorable al desarrollo capitalista y todo lo que ello implica. La tarea de la gobernanza urbana es, en resumen, la de atraer a su espacio unos flujos altamente móviles y flexibles de producción, financiación y consumo. Las cualidades especulativas de las inversiones urbanas derivan sencillamente de la incapacidad para predecir exactamente qué paquete tendrá éxito y cuál no en un mundo de considerable inestabilidad y volatilidad económicas.

Es fácil concebir, por lo tanto, todo tipo de espirales ascendentes y descendentes de crecimiento y decadencia urbanos bajo condiciones de fuerte empresarialismo urbano y competencia interurbana. Las respuestas innovadoras y competitivas de muchas alianzas de las clases urbanas dominantes han generado más incertidumbre, no menos, y al final han hecho que el sistema urbano sea más, no menos, vulnerable a las incertidumbres del cambio rápido.

Las implicaciones macroeconómicas de la competencia interurbana

Las implicaciones macroeconómicas y locales del empresarialismo urbano y el aumento de la competencia interurbana merecen cierta atención. Es especialmente útil relacionar estos fenómenos con algunos de los cambios y tendencias generales observados en el funcionamiento de las economías capitalistas desde que la primera gran recesión de posguerra, la de 1973, provocó una variedad de ajustes aparentemente profundos en las sendas del desarrollo capitalista.

Ante todo, la competencia interurbana y el empresarialismo urbano han abierto los espacios urbanos de los países capitalistas avanzados a nuevos patrones de desarrollo de todo tipo, incluso aunque el efecto neto haya sido la reproducción en serie de parques científicos, elitización urbana, centros mundiales del comercio, centros culturales y de ocio, enormes centros comerciales con accesorios posmodernos, y demás desarrollos similares. La enorme atención prestada a la producción de un buen clima empresarial local ha resaltado la importancia de la localidad como ám-

bito de regulación de la aportación de infraestructuras, de las relaciones laborales, de los controles medioambientales e incluso de la política fiscal ante el capital internacional (véase Swyngedouw, 1989). La absorción del riesgo por parte del sector público, y en particular la importancia dada a la participación de éste en la aportación de infraestructuras, ha significado que el coste del cambio de ubicación haya disminuido desde el punto de vista del capital multinacional, haciéndolo geográficamente más móvil, no menos. En cualquier caso, más que disminuirla, el nuevo empresarialismo urbano aumenta la flexibilidad geográfica con la que las empresas multinacionales pueden abordar sus estrategias de localización. En la medida en que la localidad se convierte en ámbito de regulación de las relaciones laborales, también contribuye a aumentar la flexibilidad de las estrategias de gestión en los mercados de trabajo geográficamente segmentados. La negociación local, frente a la nacional, es desde hace tiempo un rasgo de las relaciones laborales en Estados Unidos, pero la tendencia al establecimiento de acuerdos locales ha sido notable en muchos países capitalistas avanzados durante las pasadas dos décadas.

No hay, en resumen, en el empresarialismo urbano nada que se oponga a la tesis de que desde comienzos de la década de 1970 se ha producido un cierto cambio macroeconómico en la forma y el estilo del desarrollo capitalista. De hecho, se puede afirmar convincentemente (véase Harvey, 1989a, cap. 8) que el cambio de la política urbana y el paso al empresarialismo han facilitado de manera importante la transición de los sistemas de producción fordistas respaldados por el Estado del bienestar keynesiano, bastante rígidos en lo que a ubicación se refiere, a una forma de acumulación flexible más basada en el mercado y geográficamente mucho más abierta. Se puede afirmar asimismo (véase Harvey, 1989a y 1989b) que la tendencia del diseño, de las formas culturales y del estilo de vida a alejarse de la modernidad urbana para acercarse a la posmodernidad también está relacionada con el empresarialismo urbano. A continuación ilustraré cómo y por qué podrían surgir dichas conexiones.

Considérense, en primer lugar, las consecuencias distributivas generales del empresarialismo urbano. Buena parte de la cacareada «alianza sector público-sector privado» en Estados Unidos, por ejemplo, equivale a una subvención a consumidores ricos, multinacionales y poderosas elites dirigentes para que permanezcan en la ciudad, a expensas del consumo colectivo local para la clase trabajadora y los pobres. El aumento general de los problemas de empobrecimiento y pérdida de influencia, incluida la producción de una «clase marginada» [*underclass*] (por usar el lenguaje de Wilson, 1987) ha sido indiscutiblemente documentado en muchas de las grandes ciudades estadounidenses. Levine, por ejemplo, proporciona abundantes detalles en el caso de Baltimore, en un escenario en el que se reivindican los beneficios que proporcionará la alianza entre el sector público y el privado. Boddy (1984) informa igualmente de que los planteamientos de la que él denomina «corriente dominante» (fren-

te a la socialista) respecto al desarrollo local en Reino Unido han sido «dirigidos por la propiedad, orientados a las empresas y al mercado, y han presentado un carácter competitivo, teniendo como objetivo principal el desarrollo económico, no el empleo, y dando preferencia a las pequeñas empresas». Dado que el principal objetivo ha sido el de «estimular o atraer a la empresa privada mediante la creación de condiciones previas para la inversión rentable», el gobierno local «ha acabado de hecho apuntalando a la empresa privada, y asumiendo parte de los costes de producción». Por otro lado, como el capital tiende a ser más, no menos, móvil hoy en día, es de creer que probablemente aumentarán las subvenciones locales concedidas a éste, mientras veremos disminuir la aportación local a los más desfavorecidos lo cual producirá una mayor polarización en la distribución social de la renta real.

En muchos casos, los tipos de puestos de trabajo creados militarán igualmente contra cualquier cambio progresista en la distribución de la renta, ya que la relevancia otorgada a las pequeñas empresas y a la subcontratación puede incluso fomentar directamente el «sector informal» como fundamento para la supervivencia urbana. El crecimiento de las actividades de producción informal en muchas ciudades, en especial en Estados Unidos (Sassen-Koob, 1988), ha sido un rasgo marcado de las últimas dos décadas y se considera cada vez más un mal necesario o un sector de crecimiento dinámico capaz de reintroducir cierto grado de actividad industrial en centros urbanos por lo demás decadentes. Por la misma razón, las actividades de servicios y las funciones gestoras que se consolidan en las regiones urbanas tienden a ser puestos de trabajo de salario bajo (a menudo ocupados exclusivamente por mujeres) o cargos muy bien remunerados en el extremo superior del espectro gestor. En consecuencia, el empresarialismo urbano contribuye a aumentar las disparidades de riqueza y renta así como a ese aumento del empobrecimiento urbano que se ha observado incluso en aquellas ciudades (como Nueva York) que han experimentado un fuerte crecimiento. Ha sido, por supuesto, exactamente este resultado el que los municipios laboristas británicos (así como algunos de los gobiernos urbanos más progresistas de Estados Unidos) se han esforzado por evitar, no estando en absoluto claro, sin embargo, que ni siquiera el gobierno urbano más progresista pueda evitar tal resultado, dado que se halla integrado en la lógica del desarrollo espacial capitalista, en virtud de la cual la competencia no parece funcionar como una mano invisible beneficiosa, sino como ley coercitiva externa que provoca el mínimo común denominador de responsabilidad social y aportación social dentro de un sistema urbano competitivamente organizado.

Muchas de las innovaciones y de las inversiones diseñadas para hacer que determinadas ciudades resulten más atractivas como centros culturales y de consumo han sido imitadas rápidamente en otras partes, haciendo así que cualquier ventaja competitiva dentro del sistema de ciudades sea efímera. ¿Cuántos centros de convenciones, estadios

desarrollo espectacular como un «artículo vendido con pérdidas» para atraer otras formas de desarrollo. Parte de lo que hemos visto en estas dos últimas décadas es el intento de construir un imaginario físico y social de las ciudades adecuado a ese fin competitivo. La producción de una imagen urbana de este tipo también tiene consecuencias políticas y sociales internas. Ayuda a contrarrestar el sentimiento de alienación y anomia que Simmel detectó hace tiempo como un rasgo problemático de la vida en la ciudad moderna. Lo hace en especial cuando un terreno urbano está abierto a la exhibición, a la moda y a la «presentación del yo» en un entorno de espectáculo y juego. Si todos, desde artistas punk y raperos hasta los «yuppies» y la alta burguesía, pueden participar en la producción de una imagen urbana mediante su producción de espacio social, todos pueden al menos experimentar cierto sentimiento de pertenencia a ese lugar. La producción orquestada de una imagen urbana también puede ayudar, si tiene éxito, a crear un sentimiento de solidaridad social, orgullo civil y lealtad al lugar, e incluso permitir que la imagen urbana proporcione un refugio mental en un mundo que el capital trata cada vez más como carente de lugares. El empresarialismo urbano (frente a la gestión burocrática, mucho más anónima) se mezcla aquí con la búsqueda de una identidad local y, como tal, abre una gama de mecanismos de control social. Pan y circo era la famosa fórmula romana que ahora se reinventa y revitaliza, mientras que la ideología de la localidad, el lugar y la comunidad se vuelve fundamental para la retórica política de la gobernanza urbana, que se concentra en la idea de unidad en la defensa contra un mundo hostil y amenazador de comercio internacional y competencia creciente.

La reconstrucción radical de la imagen de Baltimore mediante el desarrollo de la línea de costa y del puerto fluvial es un buen ejemplo. La remodelación puso a Baltimore en el mapa de un nuevo modo, le valió a la ciudad el título de «ciudad del renacimiento» y la situó en la portada de la revista *Time*, librándola de su imagen de monotonía y empobrecimiento. Parecía una ciudad dinámica y con empuje, dispuesta a acomodar al capital exterior y a fomentar la afluencia de capital y de la gente «adecuada». No importa que la realidad sea de creciente empobrecimiento y deterioro urbano general; que una profunda investigación local basada en entrevistas a líderes comunitarios, cívicos y empresariales detectara mucha «podredumbre por debajo del brillo» (Szanton, 1986); que un informe efectuado por el Congreso en 1984 describiera a la ciudad como una de las «más necesitadas» de Estados Unidos, y que un profundo estudio efectuado por Levine (1987) sobre el renacimiento demostrara una y otra vez lo parciales y limitadas que eran las ventajas así como que la ciudad en su conjunto estaba acelerando su decadencia en lugar de invertirla. La imagen de prosperidad oculta todo eso, enmascara las dificultades subyacentes y proyecta un imaginario de éxito que se extiende al plano internacional, de modo que el periódico británico *Sunday Times* (29 de noviembre de 1987) pueda informar, sin asomo de crítica, que

Baltimore, a pesar del creciente desempleo, convirtió audazmente su abandonado puerto en una zona de recreo. Los turistas supusieron compras, restaurantes y transportes, esto a su vez supuso construcción, distribución, manufacturas, lo cual produjo más puestos de trabajo, más residentes y más actividad. La decadencia de la vieja Baltimore se hizo más lenta, se paró y después retrocedió. El área del puerto es ahora una de las mayores atracciones turísticas de Estados Unidos, mientras el desempleo urbano disminuye con rapidez.

Pero también está claro que poner a Baltimore en el mapa de este modo, dándole un mayor sentimiento de lugar y de identidad local, ha conseguido consolidar políticamente la capacidad de influencia de la alianza sector público-sector privado que dio ser al proyecto. Ha atraído a Baltimore dinero del desarrollo inmobiliario (aunque es difícil decir si ha traído más del que se ha llevado, dada la absorción del riesgo por parte del sector público). También ha conferido a la población en general un sentimiento de identidad ligada al lugar. El circo tiene éxito aunque falte el pan. El triunfo de la imagen sobre la sustancia es completo.

Perspectivas críticas del giro empresarial en la gobernanza urbana bajo condiciones de competencia interurbana

Recientemente se ha producido un gran debate sobre la «autonomía relativa» del Estado local en relación con la dinámica de la acumulación de capital. El giro al empresarialismo en la gobernanza urbana parece sugerir una considerable autonomía de la acción local. La noción de empresarialismo urbano, como la he presentado aquí, no supone en modo alguno que el Estado local o la alianza de clases más general que constituye la gobernanza urbana sea de manera automática (o incluso en la famosa «última instancia») cautiva en exclusiva de los intereses de clase capitalistas, o que sus decisiones estén prefiguradas directamente en términos que reflejen las exigencias de la acumulación de capital. En la superficie, al menos, esto parece hacer que mi explicación sea incoherente con la versión marxista de la teoría del Estado local avanzada por, pongamos, Cockburn (1977), y realmente distinta de otros escritores no marxistas y neomarxistas como Mollenkopf (1983), Logan y Molotch (1987), Gurr y King (1987) y Smith (1988). La consideración de la competencia interurbana, sin embargo, indica de qué modo el empresarialismo urbano aparentemente autónomo puede reconciliarse con las exigencias contradictorias de la acumulación continua de capital y al mismo tiempo garantizar la reproducción de las relaciones sociales capitalistas en escalas cada vez más amplias y a niveles cada vez más profundos.

Marx avanzó la convincente proposición de que la competencia es inevitablemente la «portadora» de todas las relaciones sociales capitalistas en cualquier so-

ciudad en la que la circulación del capital sea una fuerza hegemónica. Las leyes coercitivas de la competencia fuerzan a los agentes individuales o colectivos (empresas capitalistas, instituciones financieras, Estados, ciudades) a establecer ciertas configuraciones de actividades que en sí mismas constituyen la dinámica capitalista. Pero el «forzamiento» se produce después de la acción, no antes. El desarrollo capitalista siempre es especulativo; de hecho, toda la historia del capitalismo puede interpretarse mejor como una serie completa de estallidos especulativos minúsculos y a veces grandiosos, acumulados unos sobre otros histórica y geográficamente. No existe, por ejemplo, una prefiguración exacta de cómo se adaptarán y comportarán las empresas ante la competencia del mercado. Cada una busca su propio método de supervivencia sin saber de antemano si va a funcionar o no. Sólo después del acontecimiento se afirma la «mano invisible» (expresión de Adam Smith) del mercado como «necesidad *a posteriori* impuesta por la naturaleza, que controla el capricho anárquico de los productores» (Marx, 1967, p. 336).

La gobernanza urbana es, de manera similar y con toda probabilidad, igualmente, si no más, anárquica y caprichosa. Pero se puede esperar también que tal «capricho anárquico» sea regulado a posteriori por la competencia interurbana. La competencia por inversiones y puestos de trabajo, en especial bajo condiciones de desempleo generalizado, reestructuración industrial y en una fase de rápido cambio hacia patrones más flexibles y geográficamente móviles de acumulación de capital, generará presumiblemente todo tipo de fermentos concernientes a cómo captar y estimular mejor el desarrollo bajo determinadas condiciones locales. Cada coalición buscará su versión específica de lo que Jessop (1983) denomina «estrategias de acumulación y proyectos hegemónicos». Desde el punto de vista de la acumulación de capital a largo plazo, es esencial que se exploren diferentes sendas y diferentes conjuntos de esfuerzos políticos, sociales y empresariales. Sólo de esta forma es posible que un sistema social dinámico y revolucionario, como el capitalismo, descubra nuevos modos y formas de regulación social y política adaptados a las nuevas formas y vías de acumulación del capital. Si esto es lo que se entiende por la «autonomía relativa» del Estado local, no hay nada en él que convierta en principio al empresarismo urbano en algo distinto de la «economía relativa» que todas las empresas e instituciones capitalistas poseen al explorar diferentes vías hacia la acumulación de capital. La autonomía relativa entendida de este modo es perfectamente congruente con la teoría general de la acumulación de capital que yo suscribo (Harvey, 1982), y de hecho es parte integrante de ella. La dificultad teórica surge, sin embargo, como en tantas cuestiones de este tipo, porque la teoría marxiana y no marxiana trata el argumento de la autonomía relativa como si se pudiera considerar ajeno a la capacidad de control de las relaciones espaciales y como si la competencia interurbana y espacial fuera inexistente o irrelevante.

A la vista de este argumento, parecería que es la actitud gestora bajo condiciones de competencia interurbana débil la que haría la gobernanza urbana menos coherente con las reglas de la acumulación de capital. La consideración de ese argumento requiere, sin embargo, un análisis más amplio de las relaciones del Estado del bienestar y del keynesianismo nacional (en el que se integra la acción del Estado local) con la acumulación de capital durante las décadas de 1950 y 1960. Éste no es lugar para abordar dicho análisis, pero es importante reconocer que el argumento de la autonomía relativa del Estado local surgió a partir del Estado del bienestar y el compromiso keynesiano. Reconocer esto como interludio particular, sin embargo, ayuda a entender por qué la promoción de la ciudad y el empresarismo urbano son tradiciones tan antiguas y tan demostradas en la geografía histórica del capitalismo (empezando, por supuesto, con la Liga Hanseática y las ciudades Estado italianas). La recuperación y el fortalecimiento de esa tradición y la recuperación de la competencia interurbana en las pasadas dos décadas sugiere que la gobernanza urbana no sólo no se ha alejado de las exigencias desnudas de la acumulación de capital, sino que se ha acercado a ellas. Dicho cambio precisaba una reconstrucción radical de las relaciones entre el Estado central y el local, y que las actividades estatales locales se liberaran del Estado del bienestar y del compromiso keynesiano (ambos objeto de muchos ataques en las pasadas dos décadas). Y no hace falta decir que en muchos países capitalistas avanzados se han dado en años recientes firmes indicios de agitación en este ámbito.

Desde este punto de vista se hace posible construir una perspectiva crítica sobre la versión contemporánea del empresarismo urbano. Ante todo, el análisis debería centrarse en el contraste existente entre el vigor superficial de muchos de los proyectos para regenerar las decadentes economías urbanas y las tendencias subyacentes en la condición urbana. Debería reconocer que tras la máscara de muchos proyectos que obtienen buenos resultados se ocultan algunos problemas sociales y económicos graves, y que en muchas ciudades estos problemas están adoptando una forma geográfica, a modo de ciudad dual, con regeneración del centro urbano y un mar circundante de empobrecimiento creciente. Una perspectiva crítica debería centrarse asimismo en algunas de las consecuencias macroeconómicas peligrosas, muchas de las cuales parecen ineludibles dada la coerción ejercida mediante la competencia interurbana. Esta última incluye impactos regresivos sobre la distribución de la renta, volatilidad dentro de la red urbana, y efimeridad de los beneficios que muchos proyectos proporcionan. La concentración en el espectáculo y la imagen, y no en el fondo de los problemas económicos y sociales, puede también resultar nociva a largo plazo, aunque también se puedan obtener fácilmente beneficios políticos.

Todo esto, sin embargo, también ofrece un lado positivo que merece atención. La idea de la ciudad como corporación colectiva, dentro de la cual puede operar la toma de decisiones democráticas, tiene una larga historia en el panteón de las doctrinas y las

prácticas progresistas (la Comuna de París es, por supuesto, el paradigma en la historia socialista). Ha habido intentos recientes de recuperar dicha visión corporativa tanto en la teoría (véase Frug, 1980) como en la práctica (véase Blunkett y Jackson, 1987). Aunque ciertos tipos de empresarialismo urbano se pueden calificar obviamente de puramente capitalistas en cuanto a su método, intención y resultado, también es útil reconocer que muchos de los problemas de la acción empresarial colectiva no tienen su origen en la autopromoción de la ciudad del tipo que sea, ni siquiera en quién domina, en particular, las alianzas de clase urbanas que se forman o en los proyectos que estas elites diseñan, porque es la competencia interurbana desencadenada en el marco general del desarrollo geográfico capitalista desigual la que parece que posibilita que los «malos» proyectos expulsen a los «buenos», y la que hace que coaliciones de fuerzas de clase bien intencionadas y beneficiosas se vean obligadas a ser suficientemente «realistas» y «pragmáticas» como para que se sientan constreñidas a jugar con las normas de la acumulación capitalista y a dejar de lado los objetivos de cubrir las necesidades locales y maximizar el bienestar social. Pero ni siquiera en este sentido está claro que la mera competencia interurbana sea la contradicción fundamental que debemos abordar. Debería considerarse, por el contrario, una condición que actúa como «portadora» (por usar la expresión de Marx) de las relaciones sociales más generales de cualquier modo de producción dentro del cual se integra esa competencia. El socialismo en una ciudad no es, por supuesto, un proyecto factible ni siquiera bajo las mejores circunstancias, pero las ciudades son importantes bases de poder desde las que trabajar. El problema es diseñar una estrategia geopolítica de relación interurbana que mitigue la competencia interurbana y aleje los horizontes políticos de la localidad para acercarlos a un desafío más generalizable al desarrollo capitalista desigual. Los movimientos obreros, por ejemplo, han demostrado ser históricamente muy capaces de controlar la política de lugar, pero siempre se han mantenido vulnerables a la disciplina de las relaciones espaciales y al control más firme del espacio (tanto militar como económicamente) por una burguesía cada vez más internacionalizada. Bajo tales condiciones, la trayectoria asumida con el ascenso del empresarialismo urbano estos años pasados sirve para sostener y profundizar las relaciones capitalistas de desarrollo geográfico desigual y, por consiguiente, afecta de modo interesante a la trayectoria general del desarrollo capitalista. Sin embargo, una perspectiva crítica del empresarialismo urbano no sólo muestra sus impactos negativos sino también su capacidad de transformación en un corporativismo urbano progresista, armado con una aguda percepción geopolítica de cómo construir alianzas y vínculos interespatiales que mitiguen la dinámica hegemónica de la acumulación capitalista para dominar la geografía histórica de la vida social, o incluso para enfrentarse a dicha dinámica.